

CRISTINA PARDO

**LOS AÑOS
QUE VIVIMOS
PELIGROSAMENTE**



**Todo lo que siempre quisiste saber sobre el PP
y sólo algunos se atreven a preguntar.**



Lectulandia

¿Cuántas versiones regionales existen del himno del PP? Y ¿cuántas puede escuchar un ser humano y mantenerse cuerdo? ¿Es inconveniente servir chorizos en mitad de un escándalo de corrupción? ¿Existe alguien que sepa qué es una indemnización en diferido en forma de simulación? ¿Cuántas veces puede cambiar de opinión un ministro? ¿Cuánta tensión puede soportar el cuerpo humano durante una rueda de prensa? ¿Contiene el diccionario suficientes sinónimos para evitar la palabra «rescate»? ¿Puede el Gobierno terminar la legislatura sin recortar el capote de la Virgen del Rocío?

Los años que vivimos P Peligrosamente es una crónica fresca, ácida, divertida e inteligente de la trastienda política reciente. Un periodo austero, sobre todo en buenas noticias, en el que necesitamos más que nunca la labor de periodistas como Cristina Pardo, capaces de contar, y a veces traducir, lo que sucede a nuestro alrededor. Observación periodística, ingenio y denuncia en un libro que habla abiertamente de política sin dramatizar, y sin perder nunca la sonrisa.

Lectulandia

Cristina Pardo

**Los años que vivimos
Peligrosamente**

ePub r1.0

17ramsor 09.04.14

Título original: *Los años que vivimos Peligrosamente*
Cristina Pardo, 2014

Editor digital: 17ramsor
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

¡Eh, familia! Mirad lo que os he hecho

Prólogo

«Muy buenas noches y saludos cordiales». Por frases como ésta, goles en Las Gaunas y cientos de «abrazafarolas» y «cantamañanas», decidí estudiar Periodismo. Tanto me gustaba José María García, que nunca se me pasó por la cabeza que algún día iba a terminar escribiendo un libro sobre política. Por aquel entonces yo prefería los deportes, de modo que aunque ahora mismo considere que tengo una suerte inmensa, no puedo dejar de sentirme un poco fuera de juego.

«Supergarcía» no se acordará de nada, pero entrevistarle para la universidad me cambió la vida. Gracias a él, me dieron una oportunidad en la Cadena COPE, aunque nunca conseguí hacer Deportes, como era mi deseo, y casi nunca logré salir de la redacción. Mi primera experiencia laboral fue con Antonio Herrero. Viví el asesinato de Miguel Ángel Blanco y la liberación de Ortega Lara al otro lado del cristal del estudio, viendo a Antonio Herrero contarlo. Nunca podré pagar lo que eso supuso para mi formación laboral. Ni los consejos que me dio para cubrir las noticias en la calle, después de mi primera conexión —desastrosa— en un accidente que se había producido en Madrid. «Cuenta lo que ves —me decía—. Sólo eso».

Trabajé con Luis Herrero, con Federico Jiménez Losantos y, después, estuve dos años haciendo los boletines informativos. Entonces, ya con la información política metida en vena, Antonio García Ferreras, recién nombrado director de La Sexta, me dio una oportunidad que nunca olvidaré.

En la tele, gracias a él y a mi director de informativos, César González Antón, tengo el honor de ser la «Karanka» de *Al rojo vivo*, y he descubierto lo que me gusta. He salido a la calle, he podido ver y contar. Porque a pesar de que en La Sexta nunca han pensado en mí para hacer Deportes, creo, al menos puedo decir que he conseguido narrar un partido. Un partido político. El Partido Popular.

Ejercer como periodista sobre el terreno es lo mejor que me ha podido pasar. Me apasiona lo que hago. Sobre todo en este período político y económico tan convulso, donde predomina el juego sucio. Sentada en la grada he visto el mal ambiente en los equipos, las faltas, y cómo algunos pedían para sus propios compañeros penalti y expulsión. También las goleadas que nos han metido con el incumplimiento del programa electoral y los recortes. Seguimos sin clasificarnos para «la Champions League de la economía» que se inventó Zapatero. Hemos pasado meses contemplando alucinados cómo Luis Bárcenas le quitaba el balón al PP y hemos asistido a los encuentros de Mariano Rajoy y Artur Mas con la misma intensidad que si fuera un Madrid-Barça. Los regates del Gobierno a la prensa se han ido multiplicando con el tiempo y los jueces están sacando a los políticos más tarjetas que nunca. En medio de este panorama, creo que más de una vez hemos sentido que nos daban un mecherazo en la cabeza; los ciudadanos y también nosotros, los

periodistas, cuando hemos intentado preguntar por las jugadas más polémicas.

En el Partido Popular ha pasado de todo. Afortunadamente, tanto en la tele como en este libro he podido contarlo con mis cinco sentidos: sentido del humor, sentido crítico, sentido común, sentido contrario y doble sentido. Supongo que trabajar en La Sexta y cubrir la información del PP hace que algunos me consideren una jugadora correosa. Es difícil, hay que sudar mucho la camiseta, pero es muy emocionante. Así, y con episodios que en su mayoría he vivido en primera persona, es como he intentado reflejar aquí todos estos años que ustedes y yo estamos viviendo PPeligrosamente.

1

Presidente, no le voy a preguntar nada



A Mariano Rajoy no le entusiasman los periodistas. Pero hace tiempo, cuando empecé a cubrir la información del Partido Popular, yo tenía una sensación distinta. Yo llevaba en la tele un año escaso y por aquel entonces me mandaban con cierta regularidad a los actos de Zapatero. Después de nueve años sentada en los estudios de la COPE, todo era tan nuevo para mí que vivía cada día fuera de la redacción con mucha emoción. Se acercaban las elecciones generales de 2008 y en mi empresa, La Sexta, me comunicaron que iba a ser la encargada de cubrir la campaña del PP. Hice la maleta y empezó la aventura. Adiós, Zapatero. Hola, Rajoy.

Los periodistas recorrimos España durante dos semanas detrás del candidato. Creo que no exagero nada si digo que escuchamos el himno del PP un millón o dos millones de veces. Por fortuna, se apiadaban de nosotros y tenían preparadas varias versiones: lenta desde dos horas antes de que empezara el mitin, versión discoteca de Ibiza al principio y al final del mitin, versión gaita en Galicia, con toques de sevillanas si el destino era andaluz... En resumen, chunda-chunda a todas horas. Como se trataba de mi primera campaña, a mí me alucinaban cosas que otros compañeros más veteranos habían visto cien veces; por ejemplo, la llegada de Rajoy a los mítines. La gente se volvía loca, oiga. Menuda inyección de autoestima para los candidatos. En lugar de un político, parecía que llegase un artista que hubiera vendido quince millones de discos en dos días. Empezaba a sonar el himno a todo trapo, como si no hubiera un mañana, y las señoras se le tiraban encima mientras miles de personas querían tocarle. El objetivo del candidato sólo podía ser uno: llegar ileso a la tribuna. Una vez allí, intentaba hablar. Entonces se producía otro de esos momentos que tanto me divertían. Aquellas mujeres tan entregadas le interrumpían y le gritaban: «¡Guapo!», y Rajoy, con esa socarronería tan suya, contestaba: «Su generosidad no tiene límites».

Todo era tan fascinante para mí, tan extraño, que quise vivir eso, un día de campaña con Rajoy. La Sexta pidió permiso al PP para pegarse al candidato en uno de los mítines, y nos tocó Santander. Álvaro (el cámara) y yo nos presentamos en el aeropuerto a esperarle. Ninguno de los dos sabíamos muy bien qué estábamos haciendo ni cómo iba a salir aquello, cuando aterrizó Rajoy. Estábamos a principios de 2008 y todavía no había caso Gürtel, no conocíamos a Luis Bárcenas y la crisis económica aún no era percibida en toda su crudeza. Tampoco yo tenía la experiencia profesional que tengo ahora, de modo que Rajoy llegó, Álvaro se puso a grabar y yo pregunté al candidato «¿Qué tal?» y poco más. ¡Qué tal! Hum, pregunta incisiva donde las haya... Y, claro, a ésa sí me contestó.

Esa pregunta habría sido más apropiada al final del mitin para comprobar si había sobrevivido a las señoras exaltadas. ¡Ay, qué entrada! ¡Qué momentos pasamos Álvaro y yo, que esperábamos a Rajoy en la puerta del recinto! Llegó, empezó a sonar el himno a un volumen inhumano, nos introdujeron dentro del círculo que

formaban los escoltas y entramos. Creo que toqué con los pies en el suelo unas dos veces desde la puerta hasta el atril. Recuerdo que nos ayudaba Santi, uno de los responsables de prensa del PP. Y lo sé porque, de vez en cuando, entre brazos, piernas, espaldas, empujones y pellizcos, le veía. Los arañazos están a la orden del día. Digo brutal y me quedo corta.

Pero esas entradas no son exclusivas de Rajoy. En 2011, en la plaza de toros de Valencia, un militante muy efusivo le retorció el brazo a Rita Barberá, de tal modo que arrastró la lesión durante varios días. El plano que pudimos ver en televisión mostraba a la alcaldesa de Valencia extendiendo un brazo, que pasó a ser de goma cuando entró en contacto con la masa, mientras ella abría la boca y hacía un gesto de dolor. Al presidente José Luis Rodríguez Zapatero también le dislocaron un hombro en un acto, y en otra ocasión, perdió la alianza de un manotazo. Por suerte, un escolta la recuperó. Intentaron robarle el reloj varias veces y le rompieron más de una chaqueta. Pero eso no es todo: otro día, en un mitin, una señora se acercó a besarle con tanta emoción que, cuando se aproximaba al moflete de Zapatero, se le cayó la dentadura. Supongo que ante semejantes muestras de fervor e idolatría, es normal que los políticos se vayan a casa convencidos de que toda España les va a votar. Y también de que, para el mitin del día siguiente, es mejor que lleven el reloj barato.

Terminó la campaña de las generales de 2008, y en esas dos semanas que pasamos acompañando al Partido Popular por toda España, los periodistas tuvimos un par de oportunidades de hablar con Rajoy sin cámaras. Entonces no lo sabía, pero es más o menos lo habitual en su caso. Ahora me parecería poco. Llegaron las elecciones y la famosa «niña de Rajoy» no obró el milagro. El PP volvió a perder, esta vez por apenas novecientos mil votos. La Sexta estaba arrancando, llevaba un año emitiendo y no tenía ni de lejos la influencia que tiene hoy. Y eso, a la hora de cubrir la información del PP, pesaba bastante. Recuerdo que, a veces, cuando me acercaba a algún dirigente para pedirle información o una entrevista, me decían «¡Pero si La Sexta no la ve nadie!». A lo que yo contestaba orgullosa: «Si os hubieran votado todos los que ven La Sexta, ya estaríais en Moncloa». Este tipo de comentarios, que a mí me daban mucha rabia, fueron disminuyendo con el tiempo, en parte porque La Sexta fue ganando espectadores e influencia, pero también porque en cuanto te conviertes en periodista habitual de los actos del PP, la confianza y el trato personal cuentan.

Algunos meses más tarde nos cayó encima la crisis económica y al PP le estalló el caso Gürtel. Y se acabó lo que se daba. Silencio. Comparecencias sin preguntas. «Esto no es una trama del PP, sino una trama contra el PP», decía Rajoy. Y ganó las elecciones. Sólo una o dos ruedas de prensa al año en España sin límite de preguntas. Discursos enlatados. Silencio. Francisco Camps. Silencio. Luis Bárcenas. Silencio. Dos preguntas. Silencio. Plasma. Silencio.

Ya he mencionado que durante aquella campaña de 2008 no tuve la sensación de que Rajoy no atendiera a la prensa, pero esta opinión cambió cuando Garzón empezó a instruir el llamado caso Gürtel. Para mí hubo un antes y un después. Y no sólo en el trato que nos daba —o mejor dicho, que no nos daba— el líder del PP. Su estrategia, su forma de gestionar los asuntos espinosos, su manera de entender la comunicación, basada fundamentalmente en la incomunicación, se extendió poco a poco a muchos miembros del partido. Es posible que nosotros, los periodistas, nunca estemos satisfechos y siempre queramos más. Pero es incontestable que cada vez teníamos menos.

Como apenas había ruedas de prensa ni posibilidad de hacerle preguntas a Rajoy, la expectación informativa cada vez que anunciaba su asistencia a un acto del PP era máxima. Esto provocaba que los reporteros nos situásemos en la puerta y cuando veíamos que se acercaba algún político, parecíamos soldados a los que acabaran de gritar: «¡Ira y fuego!». Se trata de los llamados «canutazos», y en alguna ocasión han terminado con los cámaras por los suelos.

El silencio de los responsables políticos actúa como gasolina para esta práctica infernal. Se recomienda ser cinturón negro de judo para poder llevarla a término. Mi otro yo, mi maestra en estas batallas, es Teresa Fernández-Cuesta, de Telecinco. Con ella perdí una vez un zapato, en Valencia. Y también me he dejado por el camino algún pendiente. Hemos llegado a parar a políticos en medio de un paso de cebra. ¡No les dejábamos ni cruzar la calzada! Y en esa batalla campal, en la que todo el mundo necesita un plano o una declaración, puede pasar cualquier cosa. Hay políticos que han visto cómo los micrófonos se empotraban directamente en su cara. Que se lo pregunten, por ejemplo, a Alberto Ruiz-Gallardón. Por no hablar de aquellos Comités Ejecutivos a los que asistía Manuel Fraga. Siempre hablaba y acostumbraba a cuestionar a la dirección del PP. Como estaba delicado de salud, los periodistas esperábamos pacíficamente a que bajara del coche. Lo que ocurre es que éramos tantos los que le rodeábamos, que contestaba a nuestras preguntas y cuando le parecía oportuno, daba por finalizado el canutazo y tenía que sortear a la marabunta casi a ciegas para alcanzar la puerta de Génova. Iba siempre con un chico joven que le ayudaba y, por suerte, nunca se cayó o le tiramos. Pero más de una vez faltó poco. En una ocasión, al repasar las declaraciones en cámaras y grabadoras, se escuchaban, solapados con las palabras de Fraga, los gritos desesperados de Itziar, responsable de prensa del PP, diciendo: «¡Cuidado! ¡El bolardo, el bolardo!».

Parece claro que esta práctica es muy incómoda para todos: para los políticos, porque quedan sepultados bajo una horda de personas nerviosísimas haciendo quince preguntas a la vez, y para nosotros, porque es muy ingrato trabajar así. Y eso que, afortunadamente, los periodistas nos ayudamos mucho antes, durante y después de la batalla campal. Es decir, que si consigues situarte en primera línea, terminas

sosteniendo tres o cuatro micrófonos o grabadoras de otros compañeros que se han quedado atrás.

Uno de los momentos más salvajes que recuerdo se produjo cuando Francisco Camps ya había sido abandonado a su suerte por Rajoy. Era marzo de 2011 y acababa de ser confirmado como candidato a la presidencia de la Generalitat valenciana, pero sin cariño. Estábamos en una convención del PP en Palma de Mallorca. Terminó la jornada inaugural y Esteban González Pons, junto a algunos miembros del PP, se fue al hall del hotel a esperar a Rajoy, que acababa de aterrizar procedente de Madrid. El interés de esa escena se cuadruplicó cuando apareció Camps y decidió apostarse allí para conseguir un saludo del líder, un gesto de afecto, una mirada, un algo; ese algo tan importante para la supervivencia en la vida política. Apareció Rajoy, se acercó a Camps y los cámaras, los fotógrafos, los redactores y todos nos apelonamos unos encima de otros para inmortalizar el saludo. Gélido. En ese momento, un cámara tropezó y volcó una mesa, el jarrón que había encima salió volando, se hizo añicos y el estruendo fue extraordinario. Los responsables de prensa del PP, asustados, fueron despejando la zona y se acabó la foto. Para mí hay una frase que resume bien lo que ocurre en estas ocasiones. Se la escuché a un turista aragonés que estaba de vacaciones en Gandía y se encontró con que en su hotel se celebraba la Escuela de Verano del PP. Estaba el hombre tranquilamente sentado delante de un ordenador en el hall cuando llegó Cospedal para pronunciar un discurso. El revuelo fue de tal calibre, que el pobre señor, pensando que nadie le oía, dijo sobresaltado: «La madre que me parió. Parece que está entrando el espíritu santo». Igual me equivoco, pero tengo la impresión de que las cosas podrían ser mucho más terrenales. Quizá si hubiera más ruedas de prensa, más comparencias, más respuestas, no tendríamos que matarnos por conseguir una declaración de veinte segundos.

Iremos entrando en detalles, pero quiero contar alguna anécdota más que refleja bien cómo nos ve Rajoy y también algunos de sus más estrechos colaboradores. Con nosotros derrocha tanta simpatía como indiferencia.

Una tarde de octubre de 2012 me tocó cubrir en el Círculo de Bellas Artes la entrega de un premio que la Fundación FAES le otorgaba a Mario Vargas Llosa. Asistían José María Aznar y el presidente del Gobierno. En aquel momento tampoco es que su relación fuera óptima, pero todo parece indicar que era algo mejor que ahora. A la salida me encontré con Rajoy. Habíamos recogido ya todo el material de la tele y yo no llevaba el micrófono, así que en un tono distendido, mantuvimos la siguiente conversación:

- No se preocupe, presidente, que no le voy a hacer ninguna pregunta.
- El problema no es tanto tu pregunta, como lo que yo te responda.
- Bueno, veo más problemático lo que yo interprete —añadí, entre risas.
- O lo que tú intuyas... —zanjó irónicamente Rajoy.

Pues eso. Que ya no es lo que le preguntes, sino todo lo que, en su opinión, pasa después.

Rajoy se jacta ante la prensa de no filtrar nunca información. De hecho, creo que es el único presidente del Gobierno que ha conseguido mantener en secreto el nombre de los ministros que formarían su gobierno. No se supo nada de nada hasta que compareció en La Moncloa para anunciarlo ante la prensa. Alguna vez ha comentado ante un corrillo de periodistas: «Yo es que no os voy a contar nada... Nunca». En la tradicional copa de Navidad que La Moncloa ofrece a los periodistas, en 2013, los que habitualmente le seguimos mantuvimos una conversación informal con él sobre su relación con la prensa. Rajoy vino a decirnos que temía hacer declaraciones porque, si no tenía mucho cuidado, decía cosas que se sacaban de contexto o se malinterpretaban. Le afeamos su escaso trato hacia los periodistas y contestó: «Yo no lo hago por molestar». En ese momento, intervine y le pregunté:

—Presidente, ¿qué es más difícil: tratar con Angela Merkel o con la prensa?

—Ésa es una muy buena pregunta —respondió Rajoy.

Tan buena, que debió de quedarse sin palabras, porque no añadió nada más.

La noche en que el COI descartó a Madrid como organizadora de los Juegos Olímpicos de 2020 y nos tiró por encima la *relaxing cup of café con leche* y la *romantic dinner*, la delegación española se reunió en Buenos Aires. Era un encuentro o una fiesta prevista de antemano para celebrar la victoria o digerir la derrota. Nada más llegar, el presidente del Gobierno se puso a hablar durante bastante rato con los corresponsales españoles en Argentina, mientras los periodistas de Madrid que habitualmente le siguen, esperaban. Y esperaban. Y esperaban. Ante el hartazgo general, nuestro compañero Antonio Montilla, de la agencia Colpisa, tremendamente simpático, para intentar forzar el encuentro se dirigió a Rajoy y, señalando al resto de la prensa española, le dijo socarrón: «Presidente, la prensa de Montevideo quiere saludarle». A lo que él contestó, entre risas: «No tenéis ningún respeto a los derechos humanos».

2

Los chorizos de Rajoy



Sitúense. Año 2009, tsunami político: el juez Garzón destapa la existencia de una trama de corrupción que salpica al PP, el ya mencionado caso Gürtel. En el mes de febrero, envía a prisión a Francisco Correa, presunto cabecilla. La Fiscalía Anticorrupción implica a Francisco Camps y a Ricardo Costa, máximos responsables del PP en la Comunidad Valenciana. Les acusa de recibir regalos en forma de trajes. Ellos lo niegan, pero no aportan facturas. Se publican conversaciones telefónicas que dejan a ambos a los pies de los caballos. Camps había negado conocer a Álvaro Pérez, «El Bigotes», responsable de una de las empresas de la trama, pero sale a la luz una grabación en la que el *president* le dice: «Amiguito del alma, te quiero un huevo». O sea, no le conocía, pero le quería. Un huevo, ni más ni menos. A medida que avanza la investigación, la mancha se extiende al PP de Madrid, donde salpica a varios dirigentes, incluidos alcaldes de municipios importantes y un consejero de Esperanza Aguirre. El juez implica a concejales, diputados, europarlamentarios y al senador y tesorero del PP, Luis Bárcenas, que por aquel entonces era prácticamente un desconocido para casi todos los periodistas que estamos en Génova. Se habla de cohecho, fraude fiscal, tráfico de influencias, blanqueo de capitales, falsedad documental... Surgen acusaciones contra Rita Barberá por aceptar regalos de bolsos caros. Bárcenas declara en el Tribunal Supremo y presenta su dimisión, se apunta a la presunta financiación ilegal del PP valenciano, Camps destituye a Ricardo Costa como secretario general ante la presión de la dirección nacional para ofrecer una cabeza de turco, y Rajoy se ve obligado a comparecer para defender al presidente de la Generalitat valenciana. En definitiva, hay un problema de corrupción, con diferentes ramificaciones, que está haciendo mucho daño al PP, que va engordando con el transcurso de los meses y que, de nuevo, pone el foco de atención periodística en la reacción de Rajoy: esperar a que escampe y trasladar la sensación de que las cosas están bajo control, que son casos puntuales y que hay tranquilidad en el frente.

Y en este ambiente enrarecido, llegamos a diciembre de 2009. Es Navidad y la crisis que empezó en 2008 se visualiza con crudeza. En los periódicos aparecen noticias alertando del aumento de la pobreza, destacando las necesidades que tiene Cáritas para atender a personas sin recursos y de las colas en los comedores sociales, que empiezan a estar desbordados. El PP ve una oportunidad clara y propone llevar a Rajoy a un comedor social, en Madrid, para tener una estampa navideña, entrañable, amable. «Vamos a enseñar a un líder de la oposición consciente de la realidad, que está a lo que tiene que estar: pegado a las necesidades y a las verdaderas preocupaciones de la gente. Y ya que es de Santiago de Compostela, vamos a llevarle a servir cocido gallego. Y además, para que todo sea más fácil y ordenado, lo vamos a grabar sólo con nuestra cámara —debieron de pensar en el PP— y luego lo distribuimos al resto de los medios de comunicación. Así tenemos a nuestro mejor Rajoy, bien, favorecido, tranquilo, con el cocido, sonriente, ganador, quita este plano

que no me gusta, pon éste, que parece que le queda mejor el gorro, qué buena pinta los garbanzos, espera que se dé la vuelta con el cucharón. Y el cocido está perfecto, pero el líder todavía más...» Todo iba muy bien, hasta ese momento justo, ese segundo, ese instante exacto, en el que todo salió mal.

Aquel día de finales de diciembre, llegué a la redacción de La Sexta a las once de la mañana. Me senté ante el ordenador, abrí el correo electrónico y vi la previsión del PP: «Rajoy visitará hoy un comedor social. Las imágenes serán distribuidas posteriormente a los medios de comunicación». Es decir, lo grababa el PP y, después, nos lo mandaba. Bueno, pues a esperar, qué remedio. No se puede decir que la actualidad llevara un ritmo trepidante, porque estábamos ahí a mitad de camino entre Nochebuena y Nochevieja. Hacia la una de la tarde, me avisaron los compañeros de Producción: «Está llegando el envío del PP». Y el jefe de Nacional me dijo: «Échale un vistazo, a ver qué hay». Abrí el programa de visionado de imágenes y le di al play.

Y ahí estaba Mariano Rajoy, entre fogones, vestido de blanco. La imagen estaba curiosa. Al menos, no era lo mismo de siempre. Camisa blanca, delantal blanco, gorro de cocina. «Bueno —pensé— igual está bien para emitirlo en el informativo». El líder del PP aparecía entonces entre el personal del comedor social, todos alineados, con pinzas en la mano, poniendo un trocito de cada ingrediente del cocido en las bandejas de las personas que habían acudido a llevarse algo a la boca. A Rajoy le había tocado servir el chorizo, pero yo no había reparado en ello. Era el segundo cocinero, por detrás de la voluntaria que servía los garbanzos. Y seguí pasando las imágenes hasta que de pronto vi que por detrás del presidente del PP aparecía un chico sin traje de cocina que le decía algo a Rajoy, quien de pronto soltó las pinzas y se cambió de sitio para servir otra cosa. Creo que carne. Eso sí me llamó la atención.

Rebobiné. Miré si se podía subir más el volumen de los auriculares. Estaba al máximo. Pulsé play y me los apreté contra las orejas. Rebobiné. Play. No se entendía bien. Rebobiné. Play. Se intuía, pero el sonido era malo. Rebobiné. Play. Rebobiné. Play. Así hasta que creí que lo tenía: «Ten cuidado, que no te saquen con el chorizo». Buenísimo. Me puse en contacto con prensa del PP para preguntar quién era esa persona que llama la atención de Rajoy. «¿Es del PP o es un trabajador del comedor social?», pregunté. «Es asesor, sí. Trabaja aquí en Génova», me respondieron después de comprobar de qué momento les estaba hablando. Colgué y pedí ayuda a varios compañeros, para ver si ellos lo escuchaban también. Y así hasta que lo tuvimos claro. El asesor, en plena explosión del caso Gürtel, para evitar interpretaciones mordaces, se acercaba al líder del PP y le decía: «Ten cuidado, que no te saquen con el chorizo». Y Rajoy respondía: «Ah, también es verdad. Venga, me paso aquí». Y se cambiaba de sitio. Tal cual. Y, sinceramente, a nosotros nos pareció que ahí había una noticia. Anecdótica, sí, pero que reflejaba perfectamente cuál era la situación del partido. A Rajoy le había parecido un buen consejo porque el PP tenía un problema

de corrupción. Y le preocupaba.

El jefe de Nacional habló con el editor del informativo de las 14.00 horas y emitimos lo que se llama unas «colas». Es un texto que lee la presentadora sobre la imagen y que dura aproximadamente unos treinta segundos. El rótulo que se veía en ese momento en la tele era: «Rajoy no quiere chorizos ni en el cocido». Acertadísimo, en mi opinión. Y benevolente, porque venía a decir que el líder del PP estaba intentando apartar a los implicados en el caso Gürtel, a pesar de que dentro de la formación aún quedaba alguno que otro. Terminó el informativo y nos fuimos a comer. A primera hora de la tarde, empezamos a ver que salía ya en algún periódico digital y lo destacaban las radios. Y por la noche, salió en el Telediario de TVE.

Al día siguiente, a media mañana, sonó mi teléfono. Era una persona del entorno de Rajoy que estaba muy enfadada conmigo. Tiene nombre, sí, pero no lo voy a mencionar. Me llamaba para trasladarme que lo que yo había hecho sacando esa secuencia del chorizo era perjudicar a mis compañeros del departamento de prensa del PP. Que ellos eran como yo, trabajadores, y que a partir de ahora les iban a obligar a revisar todas las imágenes que distribuyera el partido a los medios de comunicación. «Hombre —le respondí yo—, ¿resulta que vosotros, sin que entre ninguna cámara más, grabáis a Rajoy en un comedor social, y luego tengo la culpa yo de las imágenes que mandáis?» E insistí: «Era vuestra cámara». Le expliqué que a mí me parecía que, informativamente hablando, el momento que habíamos emitido era interesante y que, obviamente, yo no pretendía perjudicar a las personas que trabajan en el departamento de prensa del PP, quienes, además, en general nos ayudan mucho y bien. Esta persona me culpabilizó de que el resto de los medios lo hubieran contado también y añadió: «Si no lo hubierais sacado vosotros, no lo habrían emitido después en TVE». Claro, la televisión pública llegaba por entonces a mucha más gente que La Sexta. Y eso les había molestado. Y la persona que me llamaba zanjó la conversación: «Que no te extrañe si, a partir de ahora, la gente de prensa del PP te trata de forma diferente. Porque lo que has hecho no está bien». Sonaba amenazante.

En un primer momento, esto último me preocupó. Pensé que mi trabajo, mi día a día, podía complicarse, pero debo decir que no fue así, y que me alegro muchísimo. En general, el departamento de comunicación del PP funciona muy bien. Al César lo que es del César. Y la responsable de todo eso, Marilar de Andrés, es una persona con mucha experiencia, muy competente, muy agradable, divertida y entrañable. Conozco a pocos periodistas de los que cubrimos la información del PP que no tengan de ella la mejor opinión.

Nunca más he vuelto a recibir una llamada como aquella. Pero tampoco puedo negar que este episodio de los chorizos, y algún otro similar, sí tuvo consecuencias. Desde entonces, el partido empezó a mandar muchas de sus imágenes sin sonido, algo que dificulta enormemente su emisión en televisión. La conclusión que saqué de

todo esto es que si algo se puede defender honestamente y con argumentos, hay que hacerlo relativizando ese tira y afloja que se produce entre periodista y partido. Y que los chorizos, ya sea en la cocina o en la política, tienen una digestión muy pesada.

3
«Sí, hombre»



Después del goteo incesante de noticias sobre corrupción asociadas al caso Gürtel, en enero de 2013 estalló la bomba. El artefacto estaba colocado en las páginas del diario *El Mundo*, en su edición del 18 de enero. «Bárcenas pagó sobresueldos en negro durante años a parte de la cúpula del PP», titulaban en portada. Y añadían, citando a «cinco fuentes solventes de las sucesivas direcciones del partido», que el ex tesorero distribuía sobres cada mes a secretarios ejecutivos, cargos públicos y otros miembros del aparato. Era dinero B, afirmaba *El Mundo*, procedente de constructoras y donaciones. Aseguraban que Rajoy nunca había cobrado esos complementos y que en 2009 él mismo le había dado instrucciones a la secretaria general, María Dolores de Cospedal, para cortar el grifo. Para colmo, el periódico revelaba la existencia de un chantaje. O eso parecía: «El ex tesorero amenazó con revelar estos pagos si el partido no le ayudaba a eludir las consecuencias penales del caso Gürtel», escribían Esteban Urreiztieta y Eduardo Inda en dicho periódico.

Con el paso del tiempo, sabríamos que la guerra no había hecho más que empezar, que aún faltaban por salir los «papeles de Bárcenas» y otros muchos titulares escandalosos. Que sólo se habían encontrado veintidós millones de euros del ex tesorero en paraísos fiscales. Sin embargo, en aquel momento, lo que cabía esperar era una reacción del PP. Una explicación convincente. Y tuvimos que ir a buscarla a Almería. Allí se celebraba una reunión intermunicipal; es decir, un encuentro de dos días de la dirección del PP con alcaldes, concejales y militantes.

Aquel viernes me desperté y desayuné una *relaxing cup* de café con «No me consta». No iba a ser la última. La Cadena COPE y Onda Cero entrevistaban por la mañana a María Dolores de Cospedal. Como es natural, le preguntaron por los sobresueldos: «No me consta de ninguna manera que eso se haya producido en mi etapa ni con anterioridad. Se lo puedo decir tajantemente».

«No me consta». No sé qué les sugiere eso a ustedes, pero yo esa expresión la veo cualquier cosa menos tajante. «No me consta» suena a no lo sé, que yo sepa no..., aunque la frase vaya tajantemente acompañada de la palabra «tajantemente».

A media mañana, esperábamos en el Palacio de Exposiciones y Congresos de Almería con muchísima expectación la llegada de María Dolores de Cospedal y de Javier Arenas, ex secretario general del PP y, consecuentemente, según lo publicado por *El Mundo*, conocedor de los sobresueldos e incluso practicante. Creo que aquella fue la primera y última vez que Arenas contestó preguntas sobre Bárcenas. Y creo también que fue ese día cuando empezó la caída libre del vicesecretario de Política Local y Autonómica. Su declaración ante los medios empezó bien: «En el PP no había ninguna remuneración. No era ninguna práctica. Y, además, todo pasaba por la declaración a Hacienda y al Tribunal de Cuentas». Pero entonces, una periodista le preguntó: «¿Cobró usted?». Arenas dudó y evitó dar una respuesta directa y personal: «Tajantemente... tajantemente, no había una práctica de pago en dinero B». A

continuación, llegaron los otros dos vicesecretarios, Carlos Floriano y Esteban González Pons, que negaron directamente haber recibido sobresueldos, pero daba la sensación de que no se pillaban los dedos por sus antecesores. Ambos utilizaron la misma fórmula ante los periodistas: «Por el conocimiento que tengo del partido...» y «No tengo ningún conocimiento de que en el partido...». Es decir, que tajantemente no les constaba. Que, por lo que ellos sabían tajantemente, no había nada de nada.

Y por fin llegó Cospedal. Avalancha de prensa, griterío, tajantes preguntas al aire... y silencio. Tocaba esperar al discurso inaugural. Y a las dudas que suscitaba el «No me consta» se sumaron otras, porque aquella mañana la secretaria general, durante su intervención, nos dejó otra frase para la historia de este culebrón: «En el PP, quien la hace la paga. Que cada uno aguante su vela». ¿Quién había hecho qué? ¿Quién tenía que aguantar su vela? ¿Bárcenas era el único que tenía vela? ¿Renunciaba el partido a proteger a los que la tuvieran? En mi opinión, Cospedal estaba diciendo tajantemente que ella no se iba a manchar por nadie, porque ella estaba limpia.

Aquel viernes en Almería no nos dejó políticamente mucho más, pero sí fue la primera vez que encontré molestos a los militantes de base. Hablé con alcaldes, concejales y cargos públicos de pueblos pequeños que estaban enfadados. Mucho. Por la sospecha de que los que mandaban habían cobrado sobresueldos mientras ellos pasaban penurias en sus municipios, y por la sospecha de que el partido no estaba siendo contundente a la hora de desmarcarse de Bárcenas. Es decir, que ellos también esperaban algo mucho más tajante. Aún faltaban veinticuatro horas para que Rajoy llegara a Almería a clausurar la reunión intermunicipal.

El sábado 19 de enero, cámaras y periodistas nos apostamos enfrente de la puerta, dentro del Palacio de Exposiciones y Congresos. Los responsables de prensa del PP nos pusieron rápidamente una barrera de mesas improvisada, el sospechoso muro de contención que los periodistas odiamos. Unas veces son mesas, otras una cinta y, en ocasiones, una cadena humana de escoltas y trabajadores del PP. Es una práctica cada vez más habitual. Y la llamo sospechosa porque, con la excusa del orden, de que es mejor para nosotros a la hora de grabar, nos mandan al quinto pino y consiguen que los políticos tengan una cómoda entrada. Un paseo sin preguntas molestas. Y eso es exactamente lo que querían que pasara aquel día en Almería: que cuando Rajoy llegara, nos viéramos obligados a gritar las preguntas desde tan lejos, que nos quedásemos sin respuesta alguna.

Pero empezó a llover, cada vez más. Y la lluvia obligó al PP a descartar la entrada del presidente por la puerta principal, ya que había demasiada distancia entre ese acceso y la zona en la que paraban los coches. Improvisaron un plan B: Rajoy entraría por la puerta de atrás, subiría por unas escaleras mecánicas y recorrería el pasillo hasta el plenario. La organización dividió a los periodistas en dos grupos;

unos podían quedarse en la barandilla de la escalera mecánica y otros, en la puerta de la sala en la que iba a tener lugar el discurso. Isco era el cámara que me acompañaba ese día. Un gran compañero, divertido y muy avisado. Decidimos quedarnos en la barandilla. Era un muro de contención endeble e íbamos a tener a Rajoy suficientemente cerca para preguntarle. Además, los compañeros habíamos pactado que luego compartiríamos el material: lo que pasara en la escalera era para todos y lo que pasara en la puerta de entrada al plenario, también. Las escaleras mecánicas empezaron a moverse y Rajoy, rodeado por los principales dirigentes del PP, puso el pie en el primer escalón. Los periodistas le esperábamos a su izquierda.

Asomadas a la barandilla, viendo esa escena, estábamos juntas Sonsoles Ónega, de Telecinco, y yo.

—Venga, le pregunto por los sobresueldos —dije.

—Vale, pero espera que esté más cerca. Que esté como por aquí —me contestó Sonsoles, señalando la mitad de la escalera.

—Voy, ¿eh? Voy ya.

Y entonces, grité:

—Señor Rajoy, ¿hubo sobresueldos en el Partido Popular?

El presidente, que acababa de saludar sonriente a un militante, sólo me miró el tiempo que duró la pregunta. Tres segundos. Cuando acabé, y con la sonrisa congelada, desvió la mirada al frente y respondió irónico entre dientes: «Sí, hombre».

¡Sí, hombre! Sonsoles y yo nos miramos. Me volví a Isco y le dije: «Dime que lo tienes. ¡Ha dicho “Sí, hombre”! ¡Dime que se oye!». Rebobinó y ahí estaba. La primera reacción de Rajoy era «Sí, hombre». Increíble, pero cierto. ¿Qué significaba eso? ¿Era una forma de decir que no? ¿Era una forma de decir no tengo mejor cosa que hacer que contárselo a la prensa en una escalera mecánica? ¿Era un intento por rebajar la importancia del asunto? ¿Qué era? Era cualquier cosa menos una respuesta tajante. Y, claro, eso la convirtió tajantemente en un titular.

Dos días después de aquel suceso, Federico Jiménez Losantos publicó una columna en el diario *El Mundo* titulada precisamente «Sí, hombre». En ella arremetía contra la inconcreción de Rajoy y, de paso, contra la persona que había hecho la pregunta. Me llamaba «recluta del comando Rubalcaba». Me sorprendió, porque Federico me conoce bien. Yo también le conozco a él y, personalmente, le tengo aprecio. Fue mi jefe durante un año en la Cadena COPE, cuando sustituyó a Luis Herrero como director de *La Mañana*. Nunca he pertenecido a ningún comando, tampoco cuando trabajamos juntos. El caso es que no le gustó la interpelación que luego le dio pie a escribir su columna. Y la verdad es que, aunque Jiménez Losantos crea que hace falta un comando para elaborarla, la pregunta era de sentido común. Lo extraordinario fue la respuesta.

4

«No es cierto, salvo alguna cosa»



Tenía catorce años cuando fumé por primera vez. Mi madre, que es pediatra, me oía toser y empezó a sospechar. Ella me preguntaba si le daba al tabaco y yo le decía muy seria que no. Supongo que no colaba, pero era su palabra contra la mía. No lo podía demostrar. Si me pillaba un paquete de cigarrillos, yo salía con el clásico «Es de mi amiga Maite». Si me encontraba un mechero, lo mismo. Y así fui tirando con la trola, hasta que un día se asomó a la ventana y me vio echando el humo, tan campante. Y entonces cambié el discurso: «Tú también fumas —le decía yo—. Y, además, fumo poco». Pero era ya un hecho incontestable: los cigarrillos eran evidentemente míos. Mi madre ya no me creía y estoy segura de que pensaba que no fumaba poco, sino más bien que, en cuanto salía de casa, fumaba todo lo que podía. Pues bien, ahora imagínense que un periódico acusa a los dirigentes de un partido de cobrar sobresueldos en dinero negro, pero no tiene las pruebas. Probablemente, ellos no pueden contestar que los sobresueldos son de su amiga Maite, pero sí pueden alegar que suyos no son y que todo es mentira. Y pongamos por caso que un día el periódico publica ciertos papeles en los que se lee que esos mismos dirigentes han cobrado tal cantidad, tal día. Entonces, tienen un problema. Pueden hacer como yo, recurrir al «Y tú más» y explicar que la realidad tampoco es tan negra como la pintan en portada. Pero el problema está ahí. Con la suerte, eso sí, de que no tienen que enfrentarse a mi madre.

El País publicó los famosos papeles de Bárcenas el 31 de enero de 2013. La confusión en aquel momento era máxima. No sólo por el «Sí, hombre» de Rajoy, sino porque el ex tesorero acababa de dejar en evidencia al ministro de Hacienda. Su abogado reveló que Bárcenas se había acogido a la controvertida amnistía fiscal del Gobierno, Cristóbal Montoro lo negó, y a los pocos días se encontró con que el letrado aportaba en el juzgado de la Audiencia Nacional los documentos que lo demostraban. En estas circunstancias, nos levantábamos cada mañana con la mosca detrás de la oreja y preguntándonos cuál iba a ser la siguiente bomba. Ya teníamos la acusación de que en el PP se pagaban sobresueldos, y ahora salían también los papeles en los que se basaba esa afirmación. En ellos aparecían los principales dirigentes del PP de los últimos años, Mariano Rajoy incluido.

Aquel jueves 31 de enero, María Dolores de Cospedal convocó a los medios de comunicación. En mi opinión, acertadamente. Esa rapidez en la reacción del Partido Popular era loable y excepcional. Creo que estaban nerviosos. De hecho, ese día ocurrió algo que yo no he vuelto a ver nunca más: al llegar a su sede en la calle Génova, nos pidieron a todos los periodistas el carnet para poder acceder. De repente, personas que llevábamos años y años yendo regularmente al edificio del PP, teníamos que guardar una fila interminable para asistir a una rueda de prensa. Sorprendente. Y todo esto, ¿para qué? ¿Qué hizo el partido en aquella comparecencia? Decir que eso que se publicaba no era suyo. Que ésa no era su contabilidad. Que dicho documento

era falso y que estaba manipulado, que eran «unas fotocopias de unas fotocopias de unas fotocopias», según sentenció Cospedal.

Así pues, tendríamos que preguntar al presidente del Gobierno por esos papeles en los que había nombres, cantidades y fechas. Aquellos días había una cumbre en Alemania, donde estaba prevista una rueda de prensa conjunta de Mariano Rajoy con la canciller Angela Merkel.

El 4 de febrero nos despertamos en Berlín. La prensa del país publicaba ese día referencias a la visita de Rajoy. Casi todos los titulares aludían a la corrupción e incluían la palabra «escándalo». La comparecencia fue al mediodía. Como siempre en estos casos, sólo había posibilidad de hacer cuatro preguntas. Dos a cargo de la prensa local, dos para la española. Por nuestra parte, los elegidos fueron Carmen del Riego, de *La Vanguardia*, y Carlos E. Cué, de *El País*, el periódico que acababa de sacar los papeles de Bárcenas. Y como suele ser habitual en estas circunstancias, pactamos entre todos las preguntas que queríamos hacer. Las nuestras fueron sobre el ex tesorero y sobre el desgaste que estaba sufriendo en esos momentos el PP ante la opinión pública. También la prensa germana utilizó uno de sus turnos de palabra para este escándalo, lo que da una idea de lo delicada que era la situación. Era la primera vez, desde que se destapara el asunto de la contabilidad B, que íbamos a poder preguntarle al presidente directamente, sin gritos ni canutazos ni otras prácticas periodísticas imposibles. Creo que estaba intranquilo. No es más que una impresión personal, pero cuando vi que nada más empezar la comparecencia, el boli que Rajoy hacía girar entre sus manos con intensidad salía disparado por encima de Merkel para terminar en el suelo, me reafirmé en ella. Ese gesto de retorcer algo mientras habla es propio del líder del PP en sus comparecencias ante la prensa. La mayoría de las veces lleva un clip que va deshaciendo hasta convertirlo en un alambre deforme, que abandona en el atril tan pronto pronuncia su última frase.

Aquel día en Berlín, cuando llegaron las preguntas, Rajoy había perdido el boli y ya no tenía en la mano nada que estrujar. Desconozco si ardía en deseos de retorcer los cuellos de los dirigentes del PP que acababan de reconocer que ellos sí habían recibido exactamente el dinero que se les atribuía en los papeles de *El País*. Me refiero, por ejemplo, a Jaime Ignacio del Burgo o a Pío García Escudero, quienes con sus declaraciones habían alimentado la tesis de que no estábamos ante «unas fotocopias de unas fotocopias de unas fotocopias».

Y entonces, la prensa española cogió el micrófono y preguntó:

—Presidente, ¿cómo explica que algunas partidas de esos papeles sí coincidan con la realidad?

—Todo lo que se refiere a mí y a mis compañeros no es cierto, salvo alguna cosa... que es la que han publicado algunos medios de comunicación —dijo Rajoy.

Es decir, que el PP, que en un primer momento no fumaba, ahora parecía decir

que sí fumaba, pero poco. Supongo que a muchos ciudadanos les pasó como a mi madre conmigo: que necesitó bastante tiempo para volver a creer en cualquier cosa que yo le dijera después de aquello.

Presidente, no pierda la esperanza, al final lo conseguí. Aunque, en mi humilde opinión, del mismo modo que yo no gestioné bien la situación con mi madre, considero que no resulta muy convincente utilizar expresiones como «Sí, hombre» y «No es cierto, salvo alguna cosa». O aquella otra expresión que nos dejó en Bruselas.

El 28 de junio de 2013 el Consejo Europeo celebraba una cumbre, centrada en el plan de empleo juvenil. En estas reuniones de jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea, las ruedas de prensa no tienen límite de preguntas fijado de antemano, aunque el formato permite entre seis y ocho, siendo generosos. El 27, es decir, el día anterior, el juez Ruz había decretado prisión incondicional y sin fianza para Luis Bárcenas, por lo que las primeras preguntas para el presidente fueron sobre el ex tesorero, sin demasiado éxito para nosotros. Hasta que le tocó el turno a María Carou, de RNE, que tiene la habilidad de ser concisa y muy directa:

—Presidente, después de las últimas polémicas o complicaciones que ha tenido el ministro de Educación con su reforma y la nota para las becas, quería saber si usted sigue manteniendo su apoyo a Wert. Y también quería preguntarle si le parece una noticia positiva para los ciudadanos la entrada en prisión de Luis Bárcenas. Gracias.

—Eh... La segunda ya tal y en relación a la primera... —continuó Rajoy.

En la sala de prensa se escucharon risas. En sólo unos minutos, «La segunda ya tal» se convirtió en *trending topic* en Twitter. El presidente pretendía dar a entender que la segunda pregunta la daba por contestada tras las intervenciones anteriores de otros periodistas. Sonó insuficiente. Bárcenas llevaba pocas horas encerrado en Soto del Real. Acabábamos de saber que no ocultaba veintidós millones de euros en Suiza, sino que había llegado a tener casi cincuenta. Y el juez barajaba llamar a declarar como testigo a María Dolores de Cospedal. La sensación era, de nuevo, que Rajoy no se desgañitaba desmarcándose del ex tesorero y rechazando con contundencia todas las acusaciones que pesaban sobre el PP.

Entiendo que hay expertos en comunicación que saben más que yo y aconsejan hablar poco de un asunto para que escampe y quede en el olvido. Pero frente a la teoría de esos expertos, mi opinión y la de muchos otros es bastante clara: no es cierto, salvo alguna cosa.

5

Hablando en plasma



Puede parecer surrealista, pero aparecerse a los periodistas desde un plasma es una práctica habitual entre los grandes partidos. Funciona más o menos así: organizan una reunión en su sede, convocan a los medios de comunicación y habilitan la sala de prensa para que los periodistas puedan seguir los discursos a través de una pantalla de plasma. La explicación oficial, en parte comprensible y razonable, es que el espacio en el que se reúnen es reducido y no cabemos todos. Y, como digo, creo que a veces puede estar justificado: no todas las convocatorias son igual de interesantes ni por sus participantes ni por el momento político en el que se producen. El problema surge cuando el partido elige ese formato pocos días después de que salga a la luz que su ex tesorero oculta una fortuna en Suiza, que los dirigentes de la formación han cobrado sobresueldos en negro y cuando, además, están circulando unos papeles que apuntan a que durante años se ha manejado dinero B procedente de donaciones irregulares. Eso es exactamente lo que pasó en la sede del PP, en la calle Génova, el 2 de febrero de 2013.

Ese día se celebró un Comité Ejecutivo Nacional extraordinario. Extraordinario, porque se convocaba de forma urgente y porque no se celebraba un lunes, como es habitual, sino un sábado. Lo normal es que la prensa grabe las entradas de los miembros de este órgano en la puerta de la sede. Después, los cámaras suben a la sala a tomar imágenes de todos los dirigentes, ya sentados, durante dos o tres minutos y, a partir de ahí, se abren dos posibilidades: o bien una comparecencia con preguntas después de la reunión (generalmente, de María Dolores de Cospedal), o bien una intervención de Rajoy ante los suyos que nosotros seguimos desde la sala de prensa. Para el Comité Ejecutivo urgente del 2 de febrero, el PP eligió la segunda opción.

Cualquiera que esté pendiente de las redes sociales sabe que, en las horas previas a la reunión, mucha gente nos pidió que nos plantásemos, que no fuéramos a cubrir el discurso sin preguntas de Rajoy. Lo que yo dije aquel día, y siempre repito, es que soy partidaria de estar. No quiero que nadie me cuente las cosas, prefiero verlas. Y creo, además, que en las crónicas que hacemos luego para nuestros medios de comunicación podemos denunciarlo. En todo caso, también he dicho siempre que, si en algún momento mis compañeros decidieran unánimemente no ir, lo apoyaría.

A pesar de que era sábado, la sala de prensa estaba a rebosar. Rajoy, muy serio, aseguró desde el plasma que era «falso» que hubiera recibido dinero negro. Anunció que revelaría sus declaraciones de la renta y explicó que no estaba en política por dinero, ya que hubiera ganado más como registrador de la propiedad. Aquel día el líder del PP aprovechó para hacer públicos los resultados provisionales de la auditoría interna que habían puesto en marcha. Como era de esperar, no hubo ninguna sorpresa. La conclusión era que había una contabilidad única y que todo estaba limpio como una patena. Después repartieron un dossier entre los periodistas y ahí pudimos comprobar que la investigación de las cuentas arrancaba en 1995. El PP aseguraba

que no tenía datos de años anteriores, aunque meses después sí remitieron a la Audiencia Nacional algún documento antiguo por requerimiento del juez. Según esa auditoría interna, dirigida por la tesorera Carmen Navarro, el PP había hecho todos los pagos mediante transferencia bancaria. Nada de sobres. Se nos dijo que los dirigentes habían firmado una declaración jurada en la que prometían que habían actuado siempre conforme a la ley, y así acabó el Comité Ejecutivo.

El PP había anunciado a bombo y platillo que se sometería también a una auditoría externa, que nunca llegó. El motivo, según nos explicó Cospedal, es que ninguna empresa la quiso llevar a cabo. En fin, si fue así, ya es mala suerte. También es verdad que los técnicos de Hacienda, según contaron en el programa *Al rojo vivo* de La Sexta, se ofrecieron para llevar a cabo esa auditoría y nunca nadie les respondió... A mí el discurso de Rajoy, aquel 2 de febrero, no me pareció malo en absoluto. Me refiero al contenido. Precisamente por eso me cuesta entender que eligiera el plasma, porque transmitía la sensación de que temía enfrentarse a las preguntas. Que él había venido a hablar de su libro y punto.

Lo peor es que el presidente no volvió a dar explicaciones largas, más o menos detalladas, hasta el 1 de agosto. Sí, sí. Han leído bien. Casi medio año después, cuando compareció en el Parlamento con la amenaza de una moción de censura por parte del PSOE y con duras críticas hacia él en el *Financial Times* y otras publicaciones internacionales. De hecho, durante esos meses que pasaron de febrero a agosto, el PP se remitía continuamente al discurso del plasma. Si tan importante era, si tan crucial y recurrente iba a ser después, ¿por qué no se eligió otro formato más abierto y valiente? No lo sabemos, pero creo que dejaron demasiado espacio para la imaginación.

El plasma, a pesar de ser un recurso habitual de los partidos, tomó una dimensión diferente a partir de aquel momento. La gente lo percibe como un parapeto, un instrumento descarado para huir de todas las preguntas incómodas, que además se ha convertido en un símbolo recurrente para desgracia del PP. Recuerdo que días después del Comité Ejecutivo, Rajoy se reunía con Merkel y las redes sociales difundieron una foto manipulada de la comparecencia conjunta: en ella aparecía la canciller delante de su atril y a su lado, en el atril que correspondía a Rajoy, un televisor. También se hicieron otros montajes en los que aparecía el plasma con la cara del presidente en la tribuna del Congreso y, cuando Rajoy se fue de viaje oficial a Japón, se multiplicaron las mofas a propósito de su visita a un país puntero en la fabricación de plasmas.

Es una broma tan recurrente, que ha calado incluso en sus propias filas. Recientemente estuvo en La Sexta un dirigente del PP para ser entrevistado en directo. Yo me encontraba en una cobertura y me dieron paso en el programa para hacer mi crónica justo antes que a él, que estaba ya preparado en el plató. En ese

momento, me mandó un whatsapp en el que bromeaba así: «Venir a La Sexta y verte por plasma. Como a Rajoy. Todo se pega...». Es decir, que al final con esta comparecencia consiguieron que algo que hace también habitualmente el PSOE esté sirviendo para ridiculizar única y exclusivamente al Partido Popular. Los responsables de comunicación del presidente sabrán qué ventaja tuvo aquello y, en definitiva, si mereció la pena. Entiendo que asumir este desgaste era para ellos el mal menor. A saber cuál era el mal mayor...

Lo cierto es que si notas huidizo a cualquier dirigente político, de cualquier partido inmerso en una polémica, tiendes a preguntarte, casi sin querer, qué es lo que pasa. Qué oculta. Qué hay detrás de una actitud así. Por lo que se refiere a Rajoy, podemos decir que estamos casi ante una imagen costumbrista. Recuerdo otro episodio ocurrido en el Senado, la tarde del 12 de abril de 2012, que también dio mucho que hablar. El presidente llevaba dos semanas sin contestar ninguna pregunta, mientras el país estaba al borde del rescate. Veníamos de una huelga general, de la presentación de los Presupuestos Generales del Estado más duros de la democracia y del anuncio de nuevos recortes por diez mil millones de euros. El tijeretazo se había anunciado a través de una nota de prensa y estaba camuflado en los últimos párrafos. La prima de riesgo alcanzó aquel día los 430 puntos básicos y la Bolsa de Madrid caía un 3 %. Rajoy tenía que contestar a varios portavoces de la oposición en la sesión de control al Gobierno en la Cámara alta. A la salida, los periodistas le preguntamos en el pasillo si quería aprovechar para lanzar algún mensaje de tranquilidad a los ciudadanos, que teníamos en ese momento los pelos como escarpas debido a la delicada situación económica. El presidente iba acompañado de sus colaboradores y del equipo de seguridad. Había tantos medios de comunicación, que no tuvo más remedio que pararse. Pero no dijo ni mú. Y como vio que no podía pasar de largo, nos dio la espalda y se fue. Salió del Senado por la puerta de atrás, por el garaje. Y ésa fue la imagen que vieron aquella noche por televisión millones de españoles.

Aquel día optó por darse la vuelta y buscar otra salida. Otras veces, pasa de largo mientras sus escoltas, a empujones, nos impiden acercarnos e incluso ver al presidente entre semejante cordón de seguridad. Hay excepciones, sí. Por ejemplo, los días en que ha salido un buen dato de paro o las horas previas de la enésima operación de cadera del rey. De todos modos, habla mientras camina a paso ligero, sabiendo lo complicado que eso resulta para nosotros. Alrededor de Rajoy, en lo que dura ese recorrido, hay tal barullo de cables, piernas, brazos, manos, cámaras, grabadoras, cabezas y troncos, que la estampa parece inspirada en un cuadro de El Bosco.

Siempre que presencio estas huidas y silencios, o cuando noto que la reacción de los dirigentes políticos es desmedida frente a preguntas sencillas como las que

hacemos, no puedo evitar acordarme de una frase que leí en *Héroes*, el libro de Ray Loriga: «Cuando bajó a desayunar, su madre le preguntó qué tal había dormido y pensó que aquello era como preguntarle a Kennedy qué tal le había ido por Dallas».

6

La parte contratante de la primera parte



Decía Napoleón que «a veces una batalla lo decide todo y, a veces, la cosa más insignificante decide la suerte de una batalla». Mi impresión es que el 25 de febrero de 2013 empezó a truncarse la hasta entonces victoriosa trayectoria de María Dolores de Cospedal. Vaya por delante que no me alegro en absoluto de que así fuera, ya que a pesar de que no nos trata con excesiva calidez, y personalmente creo que no le despierto demasiadas simpatías, no tengo ningún reparo en admitir su valentía para dar la cara. Algo bastante inusual entre sus compañeros.

Desde que empezaron los problemas del PP con la trama Gürtel, muy pocos niegan que la secretaria general ha sido la bestia negra de Bárcenas. Ella sí que lo ha sido. Y casi nadie duda de que, desde el principio, no quiso darle ni agua. Y, sin embargo, Cospedal cometió un error que se llevó por delante gran parte de su autoridad, apenas cuestionada hasta entonces. La perdió ante la opinión pública y, seguramente, ante muchos de los suyos. Y ya sabemos que en política, como en tantas otras facetas de la vida, hay compañeros y, sin embargo, enemigos.

María Dolores de Cospedal llevaba semanas tragándose el sapo de comparecer ante la prensa para hablar de Bárcenas. Y había salido airosa del trance hasta aquel fatídico día de febrero en que algo cambió. La actualidad informativa del caso era máxima: unos días antes, Bárcenas había declarado ante la Fiscalía Anticorrupción, nos había regalado una peineta al aterrizar en el aeropuerto de Barajas procedente de Canadá y, por si esto fuera poco, no dejaba de aflorar más y más dinero en paraísos fiscales mientras se publicaban nuevos papeles de la supuesta contabilidad B del partido. Por su parte, Cospedal había interpuesto una querrela contra el ex tesorero y, por primera vez desde que estallara el escándalo, se percibía que en Génova estaban poniendo cierto empeño por desmarcarse de él.

Hasta que, de pronto, el asunto dio un giro que iba a destrozarse políticamente al PP: *El País* reveló que Bárcenas había estado recibiendo dinero del partido hasta diciembre de 2012; es decir, casi dos años después de haber abandonado todos sus cargos e incluso su carnet de militante, según nos habían dicho. Las preguntas eran evidentes: ¿por qué? ¿Por qué, si le habían echado, seguían pagándole? ¿Por qué, si estaba acusado de tan graves delitos, el PP le mantenía en nómina? Y ¿por qué intentaban desmarcarse de él públicamente pero seguían pagándole un sueldo en privado? ¿A qué se debía un trato tan favorable por parte del partido? ¿Acaso estaba el PP comprando el silencio de Bárcenas? ¿Estaba el presidente del Gobierno siendo víctima de un chantaje? A la hora de responder a estas preguntas fue cuando el PP se hizo un lío tremendo y acabó parodiando a Marx. A Groucho, por supuesto.

Como casi todos los lunes, la mañana del 25 de febrero se reunió el Comité de Dirección del PP y, posteriormente, compareció María Dolores de Cospedal en rueda de prensa. Todos los periodistas queríamos que nos aclarara de viva voz cuándo y cómo se había desvinculado Bárcenas de su formación política. A las primeras

preguntas, ella afirmó que el ex tesorero había dejado de prestar servicios al PP en 2010. Creo que fue en la tercera o la cuarta cuestión relativa a este asunto cuando el tono de su respuesta sonó al mítico: «Verá usted, aquí tengo el contrato. Haga usted el favor de poner su atención en la primera cláusula, porque es muy importante. Dice que... la parte contratante de la primera parte será considerada como la parte contratante de la primera parte. ¿Qué tal? Está muy bien, ¿eh?». Si los Hermanos Marx hubieran acudido a aquella comparecencia, es muy probable que hoy pudiéramos disfrutar de nuevas escenas de *Una noche en la ópera*.

—Si Bárcenas se fue en 2010, ¿por qué siguió el PP abonándole la Seguridad Social y su vida laboral demuestra que se aplicaron retenciones del IRPF hasta este mes de enero? —le preguntó Francesco Manetto, del diario *El País*, a Cospedal.

—La indemnización que se pactó —respondió ella— fue una indemnización en diferido. Y como fue una indemnización en... en diferido, en forma efectivamente de simulación, de... simulación o de lo que hubiera sido en diferido en partes de una... de lo que antes era una retribución, tenía que tener la retención a la Seguridad Social —zanjó, dejándonos a todos patidifusos.

Su respuesta quedó tan lejos de disipar nuestras dudas, que los periodistas nos vimos obligados a insistir.

—Cuando hablaba del finiquito de Bárcenas, hablaba de simulación. ¿Qué tipo de simulación? —preguntó Pablo Iglesias, de la agencia Servimedia.

—He contestado ya cuatro o cinco preguntas y me va a perdonar, pero la doy por contestada —respondió Cospedal.

Quizá me equivoque, pero a mí esta explicación me recordó, entre otras cosas, a cuando estudiaba para los exámenes. La mayoría de las veces me lo aprendía todo de memoria, sin pararme siquiera a entender lo que estaba diciendo. Me parecía la forma más rápida y sencilla de quitármelo de encima. Y eso es lo que me pareció ver, que la situación era como si a la secretaria general le acabaran de dar una explicación técnica para salir del paso y ella la estuviera repitiendo de corrido.

En aquella rueda de prensa, le pregunté quién había dado el visto bueno a esa indemnización en diferido. Y ella contestó: «Los servicios jurídicos entendieron que el acuerdo, como era un acuerdo entre partes, era válido». Todos intuimos que un pacto de tal calibre no podían decidirlo a su aire los servicios jurídicos. Ellos lo analizarían, no digo que no, pero el visto bueno para soltar semejante pastizal tenía que venir de más arriba. Es más, según conocimos tiempo después, fueron Rajoy y Arenas los que se reunieron con el ex tesorero para pactar su continuidad. Es lo que declaró la propia Cospedal ante el juez Ruz. Por lo tanto, estaba hablando de algo que parece que no conocía de primera mano y, encima, le iba a perseguir para los restos. Su explicación de la indemnización en diferido dio mucho de sí. Al PSOE le faltó tiempo para entrar a matar. Elena Valenciano salió en rueda de prensa para

reconocerle a Cospedal «su capacidad de innovar en derecho laboral».

Yo no me cansaré nunca de escuchar la explicación de «la indemnización en diferido». Me parece curiosísima. Pero creo que la secretaria general del PP lo pasó muy mal. De hecho, durante más de un mes dejó de comparecer en Génova todos los lunes, como era costumbre. Un dirigente importante del partido me dijo por aquellos días: «Yo creo que debería salir pronto. Cuanto más tiempo espere, peor lo pasará después». Pasadas cinco semanas reapareció y nosotros volvimos a la carga con preguntas como: «¿Se arrepiente de haber utilizado la fórmula de la indemnización en diferido?». Y su respuesta a partir de entonces, para esta y muchas otras preguntas sobre el caso Bárcenas, fue: «Nosotros ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir». Cospedal había escarmentado.

No puedo hablar en nombre de mis compañeros pero, como decía al comienzo de este capítulo, yo sí creo que esa rueda de prensa de febrero marcó un antes y un después. Como consecuencia de las semanas que pasó Cospedal sin comparecer, nos quedamos sin explicaciones oficiales, y los breves encuentros del PP con la prensa se volvieron más fríos y tensos. El espíritu de ese genio que fue Groucho Marx seguía presente entre sus filas, en este caso al estilo «Todavía no sé qué me vas a preguntar, pero me opongo».

Resulta chocante que, aún a día de hoy, no tengamos ni idea de cuál fue la relación laboral de Bárcenas con el PP, que se prolongó hasta enero de 2013. Ni idea. Lo que sí sabemos es que, hasta entonces, percibía catorce pagas de 18.297 euros, con sus correspondientes retenciones legales, y que durante sus últimos años en el PP fue uno de los dirigentes mejor pagados, si no el que más. Pero esto lo supimos gracias a *El Mundo*, no al partido. Es escandaloso, como escandalosa es la falta de explicaciones detalladas y claras sobre un tema tan delicado. Y más todavía si tenemos en cuenta que algunas horas después de aquella rueda de prensa, en una pirueta que nos dejó a todos con la boca abierta, Luis Bárcenas demandó al PP por despido improcedente.

El mejor resumen de lo que sucedió aquellos días lo leí en Twitter. Lo escribió Carlos Langa y decía así: «Maquiavelo, al contemplar el panorama político español, enrolla *El Príncipe* y se lo mete por el culo». No suena muy elegante y la imagen puede llegar a resultar desagradable pero, en mi opinión, era una observación muy atinada. En estos tiempos tan cercanos al surrealismo, más de una vez he tenido la impresión de que las enseñanzas de Maquiavelo siguen vigentes. Y si no, juzguen ustedes mismos a la luz de estas palabras del pensador florentino: «Desde hace un tiempo a esta parte, yo no digo nunca lo que creo, ni creo nunca lo que digo. Y si se me escapa alguna verdad de vez en cuando, la escondo entre tantas mentiras que es difícil reconocerla».

Todavía hoy no he conseguido siquiera que alguien me cuente qué quiso decir

Cospedal, qué es, en definitiva, una indemnización en diferido en forma de simulación. Y mira que lo he intentado veces.

Probé un viernes con la vicepresidenta del Gobierno en la rueda de prensa posterior al Consejo de Ministros. Ella es abogada del Estado y fue asesora jurídica de Rajoy hace muchos años. Pensé que quizá me lo podría explicar.

—Usted es experta en leyes, así que me gustaría que me dijera si sabe qué es una indemnización en diferido en forma de simulación —quise saber.

—No me lo pregunta usted como portavoz de este Gobierno ni como vicepresidenta. Tampoco mi especialidad es el derecho laboral. Ya sabe usted que la Seguridad Social tiene sus propios letrados —respondió sonriente y con agilidad Soraya Sáenz de Santamaría.

Nada.

El segundo intento lo hice con la delegada del Gobierno en Madrid, Cristina Cifuentes. Vino al programa *Al rojo vivo* en verano de 2013. Y le repetí la pregunta:

—Usted, que conoce las leyes, ¿sabe qué es una indemnización en diferido?

—Eso lo tendrá que decidir un juez —contestó Cifuentes entre risas—, pero ésa me parece una pregunta muy perversa.

Nada.

Así que, siguiendo el consejo de Cifuentes, mi tercera tentativa fue con un magistrado, durante el programa *La Sexta Noche* el 7 de septiembre de 2013. El invitado era el juez de la Audiencia Nacional Javier Gómez Bermúdez, que había tenido que ceder a Ruz la instrucción de todo el caso Bárcenas por falta de competencias. En mi último turno de intervención, le abordé con la cuestión de la indemnización.

—Quería preguntarle por un asunto por el que he preguntado en varias ocasiones a dirigentes del PP, que no me han sabido contestar más allá de que es una fórmula legal. Y como usted sabe de leyes, me gustaría que me dijera si sabe qué es una indemnización en diferido en forma de simulación y en qué parte de la ley está eso. Qué es, vamos, en definitiva.

—Yo soy juez penal, eso lo sabrá un juez de lo social o laboral.

—Pero usted algo sabrá.

En ese momento, Gómez Bermúdez levantó las cejas y sonrió. Y entonces, Iñaki López, el presentador del programa, insistió:

—¿Y de su legalidad? Porque se le recriminó a Cospedal que ese tipo de contrato era ilegal...

—Es evidente que yo no voy a emitir una opinión que incida en la vida política —se zafó el juez.

—Una opinión legal —reiteró Iñaki.

—Lo que no puedo evitar es la sonrisa, pero nada más.

Y entonces, volví a intervenir:

—Pero ¿es legal?

—Le aseguro que eso no lo sé —contestó por último el juez—. Si es legal o no, no lo sé. ¿Que suena raro? Pues sí —zanjó.

De modo que a un juez como Gómez Bermúdez le hacía sonreír y le sonaba raro, a la delegada del Gobierno en Madrid le sonaba perverso, y a la vicepresidenta ni siquiera le sonaba. La conclusión es que, más de un año después, seguimos sin entender nada. Y, visto lo visto, me inclino de nuevo por hacer caso a Groucho Marx, pero al auténtico, cuando decía: «Todo el mundo debe creer en algo; yo creo que voy a seguir bebiendo, discúlpenme».

7

«Luis, sé fuerte»



«Luis, sé fuerte. Mañana te llamaré. Un abrazo». Este SMS se mandó en 2013. ¡2013! Recordemos que *El Mundo* ya había denunciado que Luis Bárcenas repartía sobresueldos en el PP y hacía tan sólo 48 horas que se habían destapado las cuentas suizas del ex tesorero. Sin embargo, el presidente del Gobierno no parecía estar enfadado o molesto con él. En lugar de ignorarle o de reprocharle todo lo que estaba ocurriendo, le animaba a ser fuerte, le anunciaba que le llamaría y le mandaba un abrazo.

Este SMS de «cuelga tú. No, cuelga tú» lo destapó el entonces diario de Pedro Jota Ramírez el 14 de julio de 2013. Medio año después, el director de *El Mundo* vinculó en parte su destitución al malestar que habían provocado en el Gobierno esta y otras informaciones del caso Bárcenas. «Maldita la hora en la que se me ocurrió volver a ser reportero», se lamentó Pedro Jota. Ese SMS era un asunto gravísimo y no era un mensaje aislado. En la misma información, en la que se aseguraba que Bárcenas había guardado silencio hasta entonces por el apoyo que le prestaba Rajoy, se incluían mensajes de móvil desde 2011. En el primero, el presidente contestaba a la esposa de Bárcenas, a Rosalía Iglesias. Ella le felicitaba por el resultado de las elecciones locales y autonómicas y él respondía: «Rosalía, gracias. Eres un encanto. Yo siempre estaré ahí [...]». El siguiente SMS databa del 1 de septiembre de 2009, justo horas después de que el Tribunal Superior de Justicia de Madrid archivara provisionalmente la causa contra Bárcenas. «Muchas felicidades, Rosa —escribía Rajoy—. Esperemos todo se confirme. Un abrazo y a Luis, otro. Mariano». También había mensajes de 2012, en los que el presidente le escribía frases como «Traquilidad, eso es lo único que no se puede perder» o «Luis, nada es fácil, pero hacemos lo que podemos. Ánimo». Eran las respuestas de Rajoy a las quejas del ex tesorero, que se sentía abandonado por Génova y vapuleado por los fiscales.

Hasta que en enero de 2013 la situación se complicó y Bárcenas puso su punto de mira directamente en Cospedal: «No tengo credibilidad. Debe salir ella y pedir que *El Mundo* aporte las pruebas. Conmigo puedes contar siempre —añadía el ex tesorero a Rajoy— y sabes que te estoy agradecido por el apoyo que personalmente siempre me has dado. Un abrazo fuerte». Es justo este mensaje el que propició la respuesta del líder del PP, el famoso «Luis, sé fuerte», al que Bárcenas respondió: «Estoy tranquilo y soy fuerte [...] Te ruego me llames como quedaste, para saber dónde estamos».

Y le llamó. ¡Rajoy le llamó! A las 10.08 de la mañana del 6 de marzo de 2013. Bárcenas tenía el teléfono apagado y le devolvió la llamada 42 minutos después, pero ya no dio con él. Que sepamos, no volvieron a hablar por teléfono. Es más, el 14 de marzo, el ex tesorero rompía la baraja: «Mariano, vergonzoso el comportamiento de esta tarde de los abogados del partido. No han permitido que personas que he enviado, verifiquen el contenido de las cajas que había en el despacho que tú me autorizaste». Ojo. Luis Bárcenas, quien según las versiones del PP ya no tenía

relación con el partido, mantenía en este mensaje que seguía conservando despacho en Génova y que Rajoy lo había permitido. «Tú sabrás a lo que estáis jugando —continuaba Bárcenas—, pero quedo liberado de todo compromiso contigo y el partido». Es evidente que este trato complaciente hacia el ex tesorero hizo daño a Rajoy. Mucho. Tanto es así que, cuando salieron a la luz estos mensajes, el PP cambió su discurso público y dejó de llamar a Luis Bárcenas «esa persona a la que usted se refiere» para definirle directamente como «delincuente».

Ese día en que se hicieron públicos los SMS, lo primero que se me ocurrió pensar es cuánta gente en el partido tiene el privilegio de hablar directamente con Rajoy por teléfono. Creo que muy poca. Luego me pregunté cuánto tiempo tardaría el presidente en dar una explicación pública y clara. Yo diría que aún no ha llegado. Ni llegará, como es seguro que pasará con tantos otros puntos oscuros de este caso de corrupción.

Tras la publicación de los mensajes, lo primero que recibimos los periodistas fue una reacción de La Moncloa extraoficial, sin portavoces ni declaraciones. Aseguraban que estábamos ante una estrategia de Bárcenas para desviar la atención de sus problemas con la Justicia. Dichas fuentes gubernamentales añadían que, con la respuesta de Rajoy, quedaba claro que el ex tesorero no consiguió nada de lo que pedía y que no se había cedido a su chantaje. Vaya, esto ya era una novedad: por lo menos ahora admitían que existía un chantaje y añadían, desde La Moncloa, que Bárcenas estaba en la cárcel precisamente porque no había logrado ningún tipo de protección por parte del Gobierno. Este último punto es cierto; tanto, que hubo dirigentes del PP, sobre todo de la vieja guardia, que se molestaron mucho con Alberto Ruiz-Gallardón por no controlar la situación en los tribunales y evitar que el ex tesorero se enfadara y atacara al partido.

Ustedes se habrán dado cuenta de que en la reacción de La Moncloa —insisto, sin portavoces ni declaraciones oficiales— eludían el espinoso asunto de qué demonios hacía el presidente del Gobierno mandando mensajes de ánimo a un tipo imputado y que presuntamente había hecho su fortuna suiza sirviéndose de su poderosa posición en el PP. Parecía evidente que lo que buscaban era tratar de colar el mensaje de que los contactos entre Rajoy y Bárcenas se habían zanjado sin consecuencias favorables para el segundo, lo que demostraba la integridad del primero.

Rajoy tuvo que comparecer ante los medios pocas horas más tarde, obligado por la visita del primer ministro polaco. Y precisamente aquel día, justo ese y no otro, se violó el pacto no escrito que existe entre la prensa desde hace muchos años. Qué casualidad, ¿verdad?

Nunca sabremos con certeza qué pasó, ni quiénes lo gestaron. O por qué. Aparentemente, era un día como cualquier otro. Como de costumbre, los periodistas que siguen la información del Gobierno se reunieron antes de la rueda de prensa para

pactar las dos preguntas que se nos permite hacer cuando son comparencias con mandatarios internacionales. Siempre pactamos hasta la última coma, para asegurarnos de que quedan reflejadas todas las necesidades de los compañeros. Aquel día yo no estaba, porque me faltaban horas para coger el relevo veraniego de Antonio García Ferreras en *Al rojo vivo*. Entre todos los compañeros, decidieron que los encargados de tomar la palabra serían la incisiva Marisa Cruz, del diario *El Mundo*, y el compañero de la Agencia Efe. El protocolo habitual es que, una vez que están decididos los nombres, se le comunican al personal de La Moncloa para que tengan localizados a los elegidos en la sala de prensa y no se demore mucho la cosa al acercarles el micrófono. En cualquier caso, las personas que van a preguntar levantan la mano para facilitar todavía más esa tarea. Y así se hizo también el día 15 de julio, cuando comparecía Rajoy con Donald Tusk. El bochorno llegó cuando empezó el turno de preguntas.

El presidente del Gobierno rompió el sistema establecido entre la prensa y le dio la palabra a Mariano Calleja, del diario *ABC*, que levantó la mano para preguntar causando estupor entre los periodistas españoles. Para mayor vergüenza, Calleja leyó su pregunta y el presidente leyó su respuesta. Marisa Cruz no pudo escucharla porque, cuando vio lo que estaba sucediendo, recogió sus cosas y abandonó la sala en señal de protesta. Al término del acto, los periodistas que quedaban allí hablaron con Calleja y él les explicó que había recibido una llamada de la redacción. En definitiva, que donde hay patrón no manda marinero.

Encuentro que hay varias cosas en este asunto que están mal o muy mal. Vayamos por partes. En primer lugar, considero que es de una torpeza mayúscula por parte del presidente del Gobierno. ¿Qué necesidad hay de elegir al periodista a dedo si en estas ruedas de prensa no se puede repreguntar y, por lo tanto, él puede contestar lo que le dé la gana? Da igual lo incisiva que sea la pregunta. Él puede irse por las ramas, como hace tantas y tantas veces. Fue, por lo tanto, un gesto de desgaste del todo innecesario, que sólo sirvió para evidenciar que el Gobierno estaba muy nervioso. En cuanto a nosotros, los periodistas, desconozco las conversaciones que Calleja pudo tener con sus jefes antes y después de la comparencia, pero también considero innecesario que éstos le pidieran engañar así a los compañeros. Pero, claro, insisto en que desconozco los detalles. Lo que yo hubiera hecho en su lugar (situación en la que nunca me he visto en La Sexta, todo sea dicho) sería, después de intentar negociar con mis jefes, hablar con el resto de los periodistas para pedirles que ese día me dejaran intervenir y colar ahí mi «encargo» junto a las preguntas de los demás. Casi siempre hay alternativas.

En todo caso, lo peor estaba por llegar y fue la lectura que hizo el periódico de lo ocurrido: «*ABC* no quiso participar en un pacto de preguntas entre los informadores y tampoco fue invitado a ello en ningún momento», escribieron. No se necesita

invitación, señores. Ya están todos invitados, por el mero hecho de asistir a la rueda de prensa. ¿O es que *ABC* necesita un trato especial? Además, ¿por qué hasta ese día sí habían querido participar en los pactos? ¿Por qué hasta entonces sí, pero justo ese día no? A lo mejor piensan que a los demás nos encanta tener que pactar y hacer sólo dos preguntas para irnos prontito a casa y viva el vino. Para mayor desfachatez, por aquellos días incluso se llegó a hacer mención desde el *ABC* a «la libertad de expresión», como si los periodistas que pactamos estuviéramos amordazando a algún compañero. Y sí, ya les aseguro yo que tenemos limitaciones en esas ruedas de prensa. ¡Y tanto que las tenemos! Pero no nos las ponemos nosotros, sino que vienen impuestas por La Moncloa. Y en este punto me gustaría decir que ya existían en la época de Zapatero, por cierto. Y en la anterior. Sin embargo, hemos aprendido a ser periodistas y compañeros. Más adelante lo explicaré, pero este episodio, que en un principio pensamos que era algo aislado, dio pie a uno de los mayores atropellos que, en mi opinión, hemos sufrido los periodistas desde que me dedico a cubrir la información del PP.

Pero vayamos al fondo del asunto, que es lo importante. Nosotros queríamos ver la reacción de Rajoy, tras hacerse públicos sus SMS con Bárcenas. La intervención de Mariano Calleja fue la siguiente: «El diario *ABC* ha publicado este fin de semana la historia del chantaje fallido de Bárcenas. Me gustaría saber, presidente, su valoración sobre este intento de chantaje y si usted se ha sentido en algún momento, o se siente ahora, chantajeado. También quería saber, presidente, su valoración de los mensajes de texto que se han publicado estos días, que le afectan a usted directamente y en los que se comprueba que mantuvo contactos con Bárcenas». A lo que Rajoy contestó, o mejor dicho, leyó lo siguiente: «Los SMS ratifican que el Estado de Derecho no se somete a chantajes», añadió que «todas las instituciones actúan con total independencia» y concluyó: «Las instituciones no se someten a chantaje y a las pruebas me remito». ¿Ustedes de verdad creen que para contestar esto hacía falta elegir la pregunta? Daba igual lo incisivo que fuera el planteamiento. El presidente tenía muy medido lo que quería decir: nada.

En los días posteriores a aquella comparecencia, el PP sacó la cara por Rajoy. Dijeron, entre otras cosas, que bueno, que nada, que eran sólo SMS de «cortesía». Tuvimos que esperar hasta el 1 de agosto para escuchar al presidente en el Parlamento. Hay una frase de Steve Jobs que acude a mi memoria en ocasiones como ésta: «Estoy tan orgulloso de lo que no hacemos, como de lo que hacemos». Y la verdad es que me encantaría saber si todos los que dan la cara en Génova podrían suscribirla. Yo pienso que no todos podrían defenderla, al menos con convicción. Hay gente que no está orgullosa en absoluto. Y también los hay muy enfadados con su partido.

En septiembre de 2013, el PP invitó a un acto del partido al director de

Comunicación Corporativa de Coca-Cola. Nunca le he preguntado a Esteban González Pons por qué puso tanto empeño en invitarle, aunque supongo que a él le pareció buena idea que todos los asistentes escucharan a Carlos Chaguaceda decir que «en comunicación, como en política, sólo funciona la verdad».

8
«Fin de la cita»



Es muy probable que el 1 de agosto de 2013 muchos de ustedes se despertaran para ir a la playa, para coger el coche e iniciar sus vacaciones o para subirse en un avión hacia el paraíso. No en vano se trataba de uno de los días clave de la «Operación Salida» de agosto, una de las más numerosas del año y, por eso mismo, casi con toda seguridad la etapa de mayor aletargamiento político y, en consecuencia, ciudadano.

Ese día, mi paraíso, a diferencia del de muchos españoles, no era vacacional sino periodístico: Rajoy había convocado su propia «Operación Salida» y por fin iba a salir a dar explicaciones sobre el caso Bárcenas. Teniendo en cuenta que esta «Operación Salida» se había prolongado durante meses, podemos decir que fue bastante aparatosa. Se trataba de la segunda vez que el presidente nos iba a contar algo después del famoso día del plasma en el mes de febrero. Conociéndole, estoy casi segura de que a él ya le parecían demasiadas.

Puede parecer increíble, y algunos quizá piensen que me lo invento, pero las personas que lo vivimos de cerca podemos confirmar que Mariano Rajoy todavía no había pronunciado el nombre de Bárcenas desde que estallara el escándalo. Nunca. No sabemos a ciencia cierta qué empujó al presidente a comparecer por fin. Hay quien cree que se debió a la amenaza de una moción de censura por parte del PSOE y a la imagen de España que eso podía trasladar fuera del país. Otros sospechan que lo que convenció a Rajoy de que tenía que salir a hablar fue un durísimo editorial del *Financial Times*, publicado a mediados de julio. Se titulaba «El venenoso escándalo de la financiación irregular en España». En él se reprobaba con contundencia la estrategia del jefe de Gobierno, y añadía: «Es imperativo para el primer ministro español comparecer ante el Parlamento y decir la verdad sobre lo que sabe». Opinaba también que la ristra de revelaciones y desmentidos estaba debilitando «la estabilidad política de Rajoy» y, por último, le aconsejaba que, por el bien de España, su presidencia debía ser algo más que «supervivencia política personal y desmentidos tardíos». En definitiva, un editorial tremendo que pudo empujar a Rajoy a subir a la tribuna. Tardó once minutos en nombrar, ¡por fin!, a Bárcenas, que en ese momento seguía el debate desde la cárcel de Soto del Real.

De la comparecencia de aquel día quedarán tres titulares para la hemeroteca y muy pocas conclusiones claras. El primero fue el de asumir un error. Sólo uno. «Me equivoqué —dijo Rajoy— al mantener la confianza en alguien que no lo merecía. Creí en la inocencia de esa persona. Di crédito al señor Bárcenas». En el segundo titular, el presidente aseguraba que el ex tesorero estaba completamente fuera del partido cuando él llegó a La Moncloa en diciembre de 2011 y que no era militante desde el año 2009. Y, por último, Rajoy dijo que había apoyado a Bárcenas hasta que, después de cuatro años de investigaciones, se confirmó la existencia de las cuentas suizas. Sólo hasta ese momento. ¿Cuál es el problema de estas tres afirmaciones? Pues que, a mi entender, no se sostienen. Que no son nada, nada rotundas. Y que, por

lo tanto, no despejaban las dudas que había sobre la mesa. Voy a explicar por qué pienso así.

«Me equivoqué» fue una autocrítica acertada, pero, claro, cabe preguntarse si se equivocó sólo en mantener la confianza en el ex tesorero, como dijo en esta intervención. ¿Acaso no se equivocó también en no dar ninguna explicación durante meses? ¿Ni al mantener en nómina al ex tesorero en diferido, en directo, o como se quiera? ¿No fue un error permitirle que mantuviera ocupada una sala en la sede del PP en la calle Génova? ¿No se equivocó también en mandarle los SMS de apoyo? ¿Nada que decir sobre su sueldo estratosférico, a pesar de que sus problemas con la Justicia ya dejaban poco espacio para la duda? ¿Y su rotunda afirmación, al estallar el caso, de que nadie podría probar que el ex tesorero no era inocente? ¿No fue errónea? Y eso por no hablar del comunicado cargado de elogios para anunciar la salida de Bárcenas de su puesto en el PP. Y para no alargarnos demasiado, sólo haré una pregunta más: ¿no fue el error más gordo de todos nombrar a Bárcenas tesorero, cuando ya había gente del PP que andaba con la mosca detrás de la oreja? Era un tema suficientemente delicado como para no hablarlo abiertamente, ni siquiera entre compañeros de partido. Pero al final es inevitable que se escape algún comentario, aunque sea en voz baja y de manera confidencial. Hay una anécdota que me contaron y que quiero revelar aquí. Años antes de que el escándalo saliera a la luz, un importantísimo dirigente del partido coincidió en un avión con otro dirigente más importante todavía. Este último había estado pasando unos días en Baqueira y había cenado con Bárcenas en su casoplón de la estación de esquí. Ya sentados en el avión, el segundo comentó al primero que le había chocado mucho el lujo del apartamento. Le dijo que aquellas paredes emanaban un poderío que no entendía bien. Es decir, que se sabía. Se sabía en el PP. Se intuía. Se sospechaba. Se olía. Al menos, en algunos sectores. Pero a menudo en los partidos políticos resulta más sencillo hacerse el ingenuo y mirar para otro lado con patatas calientes como ésta.

La segunda afirmación de Rajoy aquel 1 de agosto en el Senado también alberga puntos oscuros. En su intervención, el presidente afirmaba que Bárcenas quedó fuera del partido en el año 2009. Pero, entonces, ¿por qué abonó el ex tesorero la cuota de militante durante todo el año 2011? ¿Y por qué el partido le pagaba tantísimo dinero al mes, y por qué lo hizo hasta enero de 2013? Además, incluso en el caso de que las palabras de Rajoy pudieran ser ciertas, hay una cuestión más inquietante desde mi punto de vista, y es el motivo por el que Luis Bárcenas seguía tan dentro del teléfono móvil del presidente. Y esto entronca directamente con el tercer punto débil de la explicación de Mariano Rajoy aquel día: los SMS.

La explicación que dio en el Senado sobre la relación telefónica entre ambos tampoco se sostiene. En aquella comparecencia afirmó que había dejado de apoyar a Bárcenas cuando se conocieron sus cuentas suizas, pero los célebres mensajes de

ánimo («Luis, sé fuerte») fueron enviados dos días después de que salieran a la luz. ¿Alguien podrá explicarlo algún día? No creo que tengan interés, porque en el PP piensan que si Rajoy ha conseguido sobrevivir a la publicación de los SMS, difícilmente puede suceder nada peor para la imagen de su máximo dirigente.

Aquel día en el Senado, casi todos los grupos de la oposición pidieron la dimisión de Rajoy. Él dijo que no y las Cortes y el Gobierno se cerraron por vacaciones. Para colmo, el presidente utilizó su comparecencia parlamentaria para anular una de las dos miserables ruedas de prensa que da al año sin límite de preguntas. Una suele celebrarse antes de las vacaciones de verano y la otra en Navidad, para hacer balance del año. Se argumentó que si había comparecencia parlamentaria, no había rueda de prensa, lo que nos dejó sin la posibilidad de enfrentarse a Rajoy con los cabos sueltos que había dejado en el Senado.

Esto que voy a decir a continuación léanlo en tono de broma, pero no se engañen: es un humor muy amargo. En otoño de 2013, nuestro presidente del Gobierno se convirtió en el primer líder occidental en visitar Fukushima, donde recordarán que dos años antes se había producido un gravísimo accidente nuclear como consecuencia de un fuerte terremoto en Japón. Rajoy se plantó allí. Estuvo menos de dos horas, pero estuvo. Y ya es mala suerte: mientras él declaraba solemnemente en referencia al terreno que «los temores sobre Fukushima son infundados», la empresa dueña de la central daba cuenta de una nueva fuga que había vertido agua radiactiva al mar. Pero lo ilustrativo del caso es que el presidente del Gobierno dejó claro que prefería ir a Fukushima antes que enfrentarse a una rueda de prensa sin límite de preguntas. Imagínense los niveles de radiactividad que la prensa debe de tener a ojos de los habitantes de La Moncloa... Ni ruedas de prensa, ni entrevistas, ni nada. Puede parecer que me he hecho humorista de repente si les digo que, en dos años de legislatura, Rajoy sólo ha concedido un par de entrevistas en televisión. En enero de 2014, Gloria Lomana le preguntó en Antena 3 por los SMS de Bárcenas. Rajoy dijo que el ex tesorero no le había escrito nunca más y que había roto con él. Y esto es todo, amigos.

Antes he dicho que la intervención de Rajoy en el Senado dejó tres titulares para la hemeroteca, pero lo cierto es que dejó uno más —anecdótico— que sirvió para el choteo general de la prensa española y extranjera. Me refiero al «Fin de la cita», ese recurso enfático, repetido hasta la saciedad, que Rajoy utilizó en su discurso para recordar antiguas declaraciones de Rubalcaba que, según su criterio, servirían para exonerarle de toda responsabilidad en el caso Bárcenas.

Yo no voy a ser menos y también me gustaría concluir este capítulo buceando en la historia del PP, por si acaso a alguien le interesa tomar nota: «Toda mi vida, como es sabido, he dicho verdades sin condón. Y pienso morirme sin ponerme ninguno». Manuel Fraga, presidente fundador del PP. Fin de la cita.

9

Borrón y cuenta nueva



Inspirada por alguien con una mente muy despierta, he estado a punto de dejar este capítulo en blanco. En blanco, como los discos duros de Bárcenas. En blanco, como las explicaciones que los ciudadanos hemos recibido al respecto.

El 14 de agosto de 2013, el día en que María Dolores de Cospedal fue a la Audiencia Nacional en calidad de testigo, el juez Ruz le preguntó si aún conservaban los ordenadores de Luis Bárcenas. Ella dijo que sí y, dos días después, el magistrado pidió al PP que se los entregara. Algunos consideraron que era un poco tarde, porque hacía ya cinco meses que el ex tesorero había denunciado al partido por forzar la puerta de la sala en la que guardaba sus cosas, en la calle Génova. También lo interpretaba de este modo el juez de la Audiencia Nacional, Javier Gómez Bermúdez, que perdió la causa por falta de competencias. Así de tajante fue en *La Sexta Noche*:

—Si usted pide unos discos duros y no se los dan, ¿les acusaría de desobediencia? —le pregunté al magistrado.

—Bueno, yo es que no pido discos duros, yo los cojo —soltó Bermúdez.

Pero Ruz los pidió, en lugar de cogerlos. Y así le fue. El PP envió a la Audiencia Nacional dos ordenadores. Un Mac y un Toshiba antiquísimo, casi una pieza digna de ser expuesta en el Museo Arqueológico Nacional. Los populares explicaron al juez que habían limpiado los discos duros —uno de ellos días después de que Bárcenas entrara en prisión— para que los ordenadores pudieran ser utilizados por otro empleado.

Cualquier informático con el que hables te dirá que ese Toshiba no puede reutilizarse porque, al ser tan viejo, tardarías horas en abrir un solo programa. De hecho, en el PP se burlaban de la versión oficial. «¿Quién va a reutilizar eso?», se preguntaban entre risas. Pero el caso es que el Toshiba llegó al juzgado directamente sin disco duro. Había desaparecido. Y el Mac llevaba uno que, según el PP, había sido cambiado por el propio Bárcenas en 2012. En definitiva, que en esos aparatos no quedaba nada de nada de nada. Ni rastro de la documentación que había manejado durante años el ex tesorero del PP. Y lo que yo me preguntaba en aquellos días es: ¿qué habría dicho el Partido Popular si la juez de los ERE de Andalucía hubiera pedido al PSOE unos ordenadores y los hubieran entregado sin discos duros? ¿Qué habría dicho? Estoy segura de que hubieran salido de Génova sapos y culebras.

De hecho, no estuve desatinada ya que, meses después, la UGT en Andalucía, que estaba sumida en un escándalo mayúsculo por usar dinero de cursos de formación para rebujitos, marisquitos, fiestas en la Feria de Abril, congresos internos y otros fines igualmente escandalosos, admitió que le habían «desaparecido» casi dos mil archivos internos. El sindicato llegó a decir en rueda de prensa: «Como al PP». Al menos, la UGT no tardó en despedir al responsable del borrado. En cambio, a la misma hora, el PP de Madrid aireaba en Twitter la polémica de los archivos informáticos del sindicato. Lástima que no estuvieran tan despiertos a la hora de

tuitear sobre la eliminación de los discos duros de Bárcenas. A ver si, entre unos y otros, encuentran algún día un método para borrar la cara dura.

El 29 de agosto fue el día en que trascendió que los ordenadores que habían llegado a la Audiencia Nacional no contenían nada. Salió a la luz hacia las doce del mediodía. Faltaban veinte minutos para que empezáramos *Al rojo vivo* y, por suerte, teníamos cerrado desde varios días antes a un invitado del PP, el diputado y portavoz de Economía en el Congreso, Vicente Martínez-Pujalte. Fue el único miembro del PP que habló aquel día y la entrevista fue muy tensa. Supongo que no debe de ser grato tener que dar la cara en esas circunstancias cuando, además, no tienes poder de decisión en el partido. El caso es que yo empecé el programa hablando del «escandalazo» que suponía el borrado de los discos duros, y a Vicente Martínez-Pujalte no le gustó. Y me lo hizo saber. Vaya si me lo hizo saber.

—Don Vicente Martínez-Pujalte, ¿qué tal? ¿Qué le parece la noticia del borrado de los discos duros? —comencé.

—Yo no tengo capacidad... No sé si los ordenadores... ¿Hay una ley que exige que, cuando usted se vaya de La Sexta, su ordenador quede intacto en un museo toda la vida?

—Pero usted, ¿qué impresión cree que se llevan los ciudadanos?

—La impresión es que Bárcenas está en la cárcel y lo que se necesita saber es el origen del dinero. Y eso lo sabrá el señor Bárcenas; no lo sabe otro señor que el señor Bárcenas. A lo mejor usted quiere que el escándalo sea del PP y yo no —se revolvió Pujalte.

—Pero, don Vicente, para conocer el origen del dinero, hacían falta los discos duros. Para saber de dónde sacó Bárcenas ese dinero, quién se lo dio, si tiene algo que ver con las donaciones...

—El juez ha determinado que el culpable es el señor Bárcenas. Y a usted a lo mejor le puede parecer que el culpable es el PP, pero el señor Ruz dice que el culpable es el señor Bárcenas.

—A mí no me parece nada —insistí—, pero para saber quién es el culpable, harían falta los discos duros.

—Como usted, en sus informaciones, ya califica los hechos adjudicándoselos a quien quiere, yo le digo que el culpable es el señor Bárcenas —atacó de nuevo Pujalte.

—Le voy a hacer otra pregunta, a ver qué le parece ésta. Ustedes dijeron que iban a colaborar con la Justicia. ¿A usted le parece que entregar unos ordenadores sin discos duros es colaborar con la Justicia?

—Toda la documentación que tiene el PP se la suministra al juez en el momento en que se la tiene que suministrar. No sé. A lo mejor usted lo sabe —respondió el diputado del PP evidenciando que mis preguntas no le gustaban absolutamente nada

—. ¿Hay una ley que diga que el ordenador que usted está usando en La Sexta, cuando usted se vaya, tenga que permanecer inamovible en un museo por si un juez dentro de tres años lo pide?

—Pero, perdóneme, es que el juez, entre las cosas que les ha pedido, estaba el libro de visitas que ustedes dijeron que tampoco lo conservaban, y ahora tampoco conservan los discos duros. Yo no sé si a usted le parece eso normal.

—No lo sé si es normal o no es normal. Le digo que no sé si hay una ley que dice que los ordenadores de un señor, aunque se vaya de la empresa, tienen que permanecer intactos.

Evidentemente, Bárcenas no era un señor cualquiera. Ni su ordenador era equiparable a mi ordenador de La Sexta. Yo no llevaba las cuentas de la tele ni estaba inmersa en una investigación judicial y policial. Y así se lo hice saber a Pujalte.

—Como, según ustedes, no es un señor y es un delincuente —proseguí—, a lo mejor eso les había llevado a conservar los ordenadores.

—Independientemente de que sea un presunto delincuente, los presuntos delincuentes también son señores. Y ese hombre se fue de la empresa y, no sé, a lo mejor hay un protocolo para conservar ordenadores... El PP es el que más interés tiene en que se sepa la verdad. El PSOE y yo creo que usted en su programa cuando lo dirige —me espetó Pujalte— lo que tendrían interés es que el culpable fuera el PP. Pero no, el culpable es el señor Bárcenas.

Reconozco que por un segundo pensé en contestar y rechazar de manera explícita ese ataque personal. Pero decidí seguir, haciendo como que no lo había oído.

—Señor Pujalte, yo le hago preguntas, porque creo que usted sabe más que yo. Le voy a hacer otra, a ver qué le parece ésta. El juez pide los ordenadores de Bárcenas y usted sabe que, para los expertos, hay situaciones en las que es más fácil recuperar esa información y otras en las que es más difícil. Desde luego, la más complicada es cuando no existe el disco duro. Le pregunto si le parece una casualidad.

—¡No lo sé! —reaccionó Pujalte—. Es que no sé quién lo ha destruido, no sé quién lo ha borrado, no sé cuándo se ha borrado, no sé cuándo es el protocolo. Quien más interés tiene en saber el origen del dinero son los militantes y cargos públicos del PP. Los que menos interés tienen son el PSOE y algún programa como el suyo, porque lo que tienen es interés en dañar la imagen del PP.

Y aquí ya me revolví. Con más tranquilidad de la que suele ser habitual en mí, pero contesté.

—Pero usted, ¿qué cree que daña más la imagen del PP: este programa o que ustedes entreguen al juez unos ordenadores sin discos duros? —le pregunté a Pujalte.

—No. Nosotros hemos entregado al juez, cuando nos lo ha pedido, lo que nos ha pedido —reiteró el diputado del PP.

Y así estuvimos durante casi hora y media. A pesar de todo, creo que Martínez-

Pujalte estuvo valiente, aunque sus explicaciones fueran insuficientes. También es verdad que acababa de saberse la noticia y, probablemente, no tenía demasiada información. Pero no terminé de entender por qué estaba tan a la defensiva. ¡Ni que hubiera borrado él los discos duros! ¡O yo!

En cualquier caso, he reproducido aquí los primeros cinco minutos de la entrevista con Pujalte porque me parece que es la explicación más extensa que ha dado el PP sobre este tema. Y ya es decir. A partir de ese momento, cada vez que en las ruedas de prensa con Cospedal preguntábamos por los ordenadores, ella se limitaba a responder: «Sobre ese asunto, ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir». Contamos también con la peculiar versión del vicesecretario Carlos Floriano, responsable de Nuevas Tecnologías en el PP, quien dijo que el ordenador Toshiba no se había podido vaciar porque carecía de puerto USB. Yo, que soy tecnófoba, me lo hubiera creído, pero los que saben de esto aseguran que hay otras formas de volcar la memoria de un ordenador.

El presidente del PP, Mariano Rajoy, ha sido preguntado dos veces por este escándalo. Una, en una entrevista en Bloomberg TV, y otra, meses después, en una entrevista con varios diarios europeos. En ambos casos contestó: «No conozco ese asunto». Si es mentira, como respuesta para un presidente del Gobierno me parece flojísima, una tomadura de pelo. Si es verdad, aunque yo lo dudo, revela que no le interesa en absoluto lo que pasa en su partido, ni siquiera episodios que tanto dañan la imagen de la dirección. Y no sé cuál de las dos posibilidades es peor...

Pues bien, en este ambiente, el 2 de septiembre de 2013 en una comparecencia en Génova, Cospedal tuvo el atrevimiento de presumir de la colaboración del PP con la Justicia. «La mayor de un partido político en toda la historia», dijo. ¿En serio? ¿Lo pensaba de verdad? ¿Un partido que había entregado ordenadores sin discos duros con información «extraordinariamente importante» para la causa, según la defensa de Bárcenas? ¿Un partido que había destruido las agendas de las secretarías de sus ex tesoreros? ¿Un partido que no había aportado al juez los libros de visitas a la sede del PP para ver qué empresarios habían ido a reunirse con los máximos dirigentes? Más aún teniendo en cuenta que, en las declaraciones de dichos empresarios ante el juez, alguno había reconocido un incumplimiento de la ley con donaciones por encima de lo permitido. Qué conveniente todo lo desaparecido.

Algo raro debió de ver también en la «colaboración» del PP el instructor del caso Bárcenas cuando envió el asunto de los discos duros a los juzgados de Plaza de Castilla, en Madrid. Con este gesto dejaba la puerta abierta a un posible delito de destrucción de pruebas u obstrucción a la Justicia.

En aquellos días, un importante dirigente del PP me hizo un comentario que me pareció obsceno: al tiempo que cuestionó con rotundidad la gestión que estaba haciendo Cospedal del escándalo, no ocultó su deseo de que, en el reparto de Plaza de

Castilla, el caso de los discos duros recayera en un juzgado «amable» para el PP. No sé valorar cómo de amable era la jueza que lo archivó. Siempre he defendido que hay que dar por buenas todas las decisiones judiciales. Elijo acatarlas y respetarlas todas. Sin matices. Pero miren, al margen de las sentencias, a mí de lo que no me van a convencer con discursos políticos es de que la colaboración del PP con la Justicia ha sido entusiasta, y la mayor que se ha visto en toda la historia. Entre otras cosas porque les expulsaron como parte personada en la causa. Y recordemos que fue porque el juez consideró que estaban actuando más como abogados defensores de Bárcenas que como acusación.

Con todos estos frentes abiertos, ya pueden imaginar que las ruedas de prensa de María Dolores de Cospedal, la encargada una vez más de dar la cara, estaban alcanzando una tensión, una dureza y una frialdad tremendas. Llegaba siempre a la defensiva, y no sólo con las preguntas sobre el caso Bárcenas. ¡Y eso que no se puede repreguntar!

Por desgracia, nosotros no somos como Tom Cruise y Jack Nicholson en *Algunos hombres buenos*. ¿Se acuerdan de aquella escena en la que Cruise presiona a Nicholson hasta que logra que confiese?

—¿Ordenó usted el código rojo?

—¿Quieres respuestas?

—¡Quiero la verdad!

—Tú no puedes encajar la verdad.

—¿Ordenó usted el código rojo?

—Hice el trabajo que me encargasteis.

—¿Ordenó usted el código rojo?

—¡Por supuesto que lo hice, joder!

Este episodio, trasladado a Génova, habría sido más o menos así:

—¿Ordenó usted el código rojo?

—¿Quieres respuestas?

—¡Quiero la verdad!

—Pues ya he dicho lo que tenía que decir.

—¿Ordenó usted el código rojo?

—Mire, ya le he contestado a su compañero.

—¿Ordenó usted el código rojo?

—¡Por supuesto que no me consta, joder!

10
Letra B



Éste es el último capítulo que dedicaré a hablar del caso Bárcenas. No porque haya dejado de ser noticia, sino porque hace ya mucho tiempo que nadie del PP lo explica ante la prensa. Es muy difícil llegar más allá de la frase talismán: «Sobre ese asunto, ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir». Sin embargo, sí queda algún coletazo que no querría dejar pasar.

El primero se refiere al estupor que provocó en el PP, aunque nadie admita nada públicamente, el juicio de Cospedal contra Bárcenas que se celebró en Toledo el 18 de octubre de 2013. Provocó estupor en sus filas, y con razón, la puesta en escena de la vista oral. El ex tesorero, encerrado en Soto del Real, declaró por videoconferencia desde la cárcel, trajeado y solemne, dejando a la secretaria general en la sala, en una situación más cercana al banquillo de los acusados que a su posición de demandante. La estupefacción fue en aumento al comprobar la contundencia del discurso de Bárcenas diciendo: «Es mi mano la que le entrega el sobre a la señora De Cospedal». Mientras la número dos del PP no podía hacer otra cosa más que rechazar las acusaciones de haber cobrado dinero negro, alimentando de paso las dudas sobre lo que habían hecho los demás: «No sé si otros han recibido sobresueldos; ante mi pregunta, han contestado que no». O sea, que seguía sin poner la mano en el fuego por nadie. Que cada uno aguante su vela, parecía estar diciendo otra vez. Entre la escenificación y el contenido de las declaraciones de ambos, el estupor parece más que justificado.

Es verdad que al menos ella tenía la gallardía de enfrentarse con Bárcenas. Que ya es bastante más de lo que han hecho muchos. Pero, una vez más, su valentía a la hora de encarar los temas espinosos no le ha dado buenos resultados a Cospedal.

No obstante, lo verdaderamente esperpéntico estaba por llegar. Y sucedió el día en que se hizo pública la sentencia. En ella, el juez de Toledo desestimaba la demanda por vulneración del derecho al honor de María Dolores de Cospedal. Era muy duro con Bárcenas, admitía que el ex tesorero odiaba a la secretaria general, pero no había pruebas —a criterio del juez— de que él hubiera filtrado a *El País* los papeles en los que figuraban supuestos pagos en B a la demandante. El texto de la sentencia no impidió que los populares se apresuraran a emitir un comunicado de satisfacción por la misma, a pesar de que, insisto, desestimaba la demanda de Cospedal. Llegaron incluso a enviar a los periodistas un email, elaborado por el Tribunal Superior de Justicia de Castilla-La Mancha, con un resumen de la sentencia. Por si leíamos al juez y no sabíamos sacar conclusiones por nosotros mismos, supongo. Y sí, sí. Se puede envolver como se quiera, pero la demanda fue desestimada. Lo demás es intentar vender como un trofeo el premio de consolación. Y como en todo lo que rodea a Bárcenas no parece haber nada completamente normal, después de haber mostrado su satisfacción por el contenido del auto con todo tipo de alharacas, Cospedal decidió recurrir, alegando que el juez no se había basado

«en las reglas del pensar». O sea, que estaba satisfecha... salvo alguna cosa.

Otro asunto espinoso, peor gestionado aún, es el del recibí de doscientos mil euros que Bárcenas le entregó al juez para intentar demostrar que el PP de Castilla-La Mancha había recibido comisiones ilegales, en este caso de una filial de Sacyr. Dicho recibí estaba firmado por el gerente del PP regional, José Ángel Cañas. Cospedal fue preguntada en una rueda de prensa en Génova y, en un primer momento, admitió haber recibido ese dinero para su campaña electoral. Sin embargo, negó que procediera de una comisión ilegal sino que, según ella, era una asignación normal de Bárcenas a los gerentes regionales del PP cuando tenían que afrontar citas con las urnas. Poco tiempo después, le enmendó la plana el portavoz parlamentario del partido en Castilla-La Mancha, quien dijo que no era para la campaña, sino para la precampaña de las elecciones municipales y autonómicas de 2007. Fuera como fuese, en la contabilidad oficial no aparecía por ningún sitio. El PP salió a dar una nueva versión, a saber: el dinero había sido destinado para diferentes gastos y, por lo tanto, sí que estaba en la contabilidad, pero aparecía desglosado en varias partidas. Y no fue la última, ya que quedaba una más estrambótica todavía. Es la que dio el gerente ante el juez Ruz en la Audiencia Nacional. Cañas le dijo en noviembre que efectivamente firmó el recibí, pero que nunca lo llegó a cobrar. Aseguró que había sido obligado por Bárcenas, en reuniones muy tensas, «para justificar así internamente las ayudas prestadas al PP de Castilla-La Mancha».

Días después, Cospedal compareció en Génova, en la tradicional rueda de prensa de los lunes; actos que yo creo que ya podríamos rebautizar como ruedas de tensa, por el ambiente tan tirante que se respira en ellas. Cuando me dio la palabra, saqué este asunto a colación:

—Ustedes han dado varias versiones sobre el recibí de Castilla-La Mancha. Primero, dijeron que era para la campaña. Luego, que era para la precampaña. Luego, que estaba desglosado en varias partidas. Y, por último, su gerente ha dicho que no lo cobró. Me gustaría saber con qué versión nos quedamos...

—Usted ha dado muchas —me interrumpió Cospedal.

—No, yo no —respondí—. Son las versiones que han dado ustedes.

—Yo no, pero bueno —insistió la secretaria general.

—El Partido Popular —puntalicé yo, mientras trataba de terminar la pregunta—. En todo caso, quería saber con qué versión nos quedamos y si usted tenía conocimiento de que Bárcenas era una persona violenta y coercitiva, como declaró su gerente ante el juez.

—Ya lo explicó él ante el juez. Fue muy claro y no tengo nada que añadir. Yo no comento declaraciones ante el juez —respondió Cospedal.

En definitiva, que no se decantó por ninguna de estas versiones, que les puedo asegurar que no son más. Simplificando mucho, unos dijeron que ese dinero lo

habían recibido, mientras que su gerente, el que lo firmó, lo negaba ante el juez. ¿Ustedes lo entienden? Yo tampoco. ¿Ustedes esperan alguna aclaración? Yo tampoco. Y en todo caso, creo que nunca sabremos por el PP lo que ha pasado con ese recibí. Lo que sí quedó claro es que no han sido capaces de dar una explicación única. A pesar de ello, Cospedal en la rueda de prensa parecía a punto de emular de nuevo al gran Groucho Marx: «¿A quién va usted a creer: a mí o a sus propios ojos?». Y a veces he llegado a creer que ella espera que le digamos: «Pero ¡cómo puede hacerme esa pregunta! Lo tengo clarísimo. A usted, por supuesto».

Tras el auto del juez Ruz el viernes 22 de noviembre de 2013 en el que acusaba al PP de tener una contabilidad B sostenida en el tiempo, los periodistas también hemos padecido la ya habitual falta de explicaciones. La información salió a la luz durante la rueda de prensa del Consejo de Ministros. Allí estaba la vicepresidenta, quien se limitó a comentar que respetaba los procedimientos judiciales y que el Gobierno ya estaba impulsando medidas para mejorar el control en la financiación de los partidos. Es decir, optó por una reflexión genérica, como si el juez no acabara de sembrar dudas gravísimas sobre la formación que sustenta al Ejecutivo.

Al día siguiente, sábado, Esteban González Pons participó en un acto en la Comunidad Valenciana, y en su discurso, que pretendía ser tranquilizador pero sonó inquietante, pronunció la siguiente frase: «El PP es un partido de dirigentes tan honrados como todos». Digo inquietante porque, oiga, si te acaban de acusar de tener una contabilidad B, parece que esté diciendo que todos son iguales y que el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Conociendo un poco a Pons, creo que nunca da puntada sin hilo, la verdad. Y que sus mensajes son algunas veces tan sutiles, que a menudo quieren decir una cosa y la contraria.

Dos días después, el lunes, le tocó el turno a Cospedal, que compareció en rueda de prensa. Y las explicaciones que dio fueron, en mi opinión, tan insuficientes como las anteriores. Insistió en que el PP sólo tenía una contabilidad y que los papeles de algunas personas (en alusión a Bárcenas) son de algunas personas. Llegó incluso a decir que iban a pedir ayuda al fiscal para que se verificara de nuevo la documentación entregada por Génova. Cómo sería de dramática la rueda de prensa, que una periodista le preguntó a Cospedal si lo que estaba queriendo decir es que el juez Ruz había emitido su auto sin entender y comprobar la contabilidad del PP... Y ésta ha sido la explicación más completa, así que fíjense a qué punto hemos llegado.

Seis días después del auto, tuvimos la oportunidad de preguntarle a Rajoy, en una comparecencia ante la prensa en La Moncloa junto al presidente francés, François Hollande. La pregunta, formulada por María Dabán, de la Cadena COPE, fue la siguiente:

—Quería saber qué tiene que decir del auto del juez Ruz que habla de una presunta financiación ilegal en el PP. Y también quería preguntarle si se siente

decepcionado por Carlos Fabra, tras su condena a cuatro años de cárcel por un delito fiscal.

—Con respecto a sus preguntas, tengo poco que decir. Sólo que respeto y acato lo que digan los tribunales de justicia —respondió Rajoy.

¿No merecemos los ciudadanos que nos lancen, aunque sea de vez en cuando, un mensaje de tranquilidad? ¿No es lo suficientemente grave el auto del juez como para que el presidente del Gobierno diga algo más? Pues ya ven que no.

Tampoco nos aclararon nada cuando la Policía registró la sede del PP. La noche del 19 de diciembre de 2013 estuvieron catorce horas en la sexta planta. El juez Ruz justificó su decisión porque, al parecer, el partido acababa de facilitar a la Fiscalía Anticorrupción unos papeles que él les había pedido hacía meses. A mí me parece muy, muy fuerte que se registre la sede del partido en el Gobierno de un país y no pase nada. Tan fuerte, que supuse que alguien, esta vez sí, daría explicaciones. Pero tampoco. Rajoy compareció en Bruselas, al término de un Consejo Europeo, para limitarse a negar que estuviéramos ante un registro y para añadir: «Estamos tranquilos». Y los ciudadanos, ¿qué? Nada. ¿Asunción de responsabilidades ante la gravedad de los hechos? Ninguna. Es alucinante. Se fueron todos de fin de semana y casi de vacaciones de Navidad sin volver a referirse al asunto. Bueno, sí, aún tuvieron el atrevimiento de decir que el registro no era un registro.

Tres semanas después de que entrara la Policía a la sede del PP, y ante el insultante silencio oficial, volví a preguntarle a Cospedal en rueda de prensa.

—Secretaria general, yo quería saber por qué nadie ha explicado el registro de catorce horas que se produjo en la sede del PP. Ni tan siquiera para mandar un mensaje de tranquilidad a los ciudadanos. Quería saber si no lo han hecho porque no lo consideran oportuno, porque creen que no hay nada que explicar...

—Las dos cosas —respondió Cospedal—. Se lo digo así de claro. Las dos cosas.

Existe en Twitter una cuenta de apoyo a Cospedal que alguna vez me ha acusado de «tensionar» las ruedas de prensa. Y desde luego que hay tensión, pero me niego a replegarme o a dejar de preguntar lo que considero importante sólo por relajar la presión ambiental. Tengo claro que la rara no soy yo. Y que la que «tensiona» no soy yo. Hago preguntas, nada más. Un juez ha acusado al partido en el Gobierno de tener una contabilidad B y ha ordenado el registro de su sede. Me parece que es relevante para la ciudadanía que alguien les informe de lo que está pasando. Pero esa actitud suya de eludir siempre las explicaciones como si ellos estuvieran por encima del bien y del mal, señalando que nosotros nos dedicamos a «tensionar» incidiendo en cuestiones menores, es, en mi opinión, un insulto a todos los ciudadanos, les votaran o no. Lo que está sucediendo en los juzgados no es una cuestión menor. Y el PP lo sabe, aunque no lo admita públicamente. Sinceramente, con las respuestas que se han dado en torno al registro, sólo se me ocurre que en el PP estén aplicando a rajatabla

aquel consejo que se le atribuye a Leonardo da Vinci: «Si es posible, se debe hacer reír hasta a los muertos».

Ironías aparte, yo me niego a interiorizar esta actitud como algo normal y aceptable. Que sea habitual no quiere decir que sea normal. No está de más recordar aquí que, cuando salió la sentencia de Estrasburgo que anulaba la doctrina Parot, Rajoy fue preguntado por ello varias veces en el Congreso y tampoco quiso contestar, mientras decenas de etarras y también violadores sin rehabilitar se preparaban para salir a la calle. Cuando ya se marchaba del hemiciclo, la prensa volvió a intentarlo y entonces las cámaras le pillaron diciendo aquello de «Está lloviendo mucho». Y tanto que llovía. Llovía sobre mojado. Sobre todo, si hablamos de la indignación de las víctimas del terrorismo.

Al final, en un ejemplo claro de su indefinición, el presidente pasó de no querer hablar de la polémica a decir que estaba lloviendo mucho. Luego invitó a La Moncloa a las víctimas, a las que había agraviado con su actitud, y al final terminó enviando a medio partido al acto de protesta contra la sentencia. Los dirigentes del PP que se presentaron en la Plaza de Colón en Madrid fueron abucheados e insultados por algunos de los manifestantes. Y Cospedal, dos días después, le puso la puntilla al asunto al asegurar que los que habían increpado a los miembros del Partido Popular demostraban una gran «ignorancia» y una gran «injusticia». Las víctimas exigieron una disculpa, sumidas ya en un malestar y un distanciamiento enorme hacia el Gobierno.

Leí una vez una frase, referida a Rajoy, que me pareció absolutamente genial. No sé quién la creó, supongo que salió de las redes sociales, pero vaya por delante mi felicitación. Es una versión castiza del poema de Neruda y dice así: «Me gustas cuando callas, porque estás como Presidente». Fin de la cita.

11

El dedo de Dios



El 12 de diciembre de 2013 se produjo uno de los mayores atropellos a la libertad de prensa que yo he visto desde que me dedico a esto. Había empezado antes, pero ese día se consumó. He querido contarles esto después de todos los episodios sobre Bárcenas porque, sinceramente, creo que ese escándalo de corrupción es el origen de este mal.

En capítulos anteriores les he explicado que cuando Rajoy se reúne con algún mandatario extranjero, aquí o fuera de España, las ruedas de prensa en casi todos los países están limitadas a dos preguntas. Ya en tiempos de Aznar los periodistas se reunían, hablaban entre ellos y pactaban los temas que se le iban a plantear al presidente en su comparecencia. De esta forma, al hacerlo por consenso, quedaban reflejados los intereses de todos los compañeros. A los periodistas no nos parece un plan excelente, pero dadas las limitaciones del formato, no se nos ha ocurrido hasta el momento ninguna alternativa mejor.

El día que Rajoy, recién publicados sus SMS a Bárcenas, le dio la palabra a *ABC* pisoteando el pacto de la prensa, yo pensé que se trataría de un episodio aislado. Me pareció tan bochornoso, que creí imposible que pudiera ir más allá. Supuse que en La Moncloa habrían comprendido el error y que no lo repetirían. Me equivoqué.

A finales de noviembre, Rajoy recibió al presidente francés en La Moncloa. Y Mariano Calleja, el mismo periodista de *ABC*, volvió a saltarse el pacto, como el día de los SMS, y levantó la mano en el turno de preguntas. Sin embargo, esta vez Rajoy no le dio la palabra e intervinieron los periodistas elegidos entre todos los compañeros.

En las horas que siguieron a aquel comportamiento protagonizado otra vez por *ABC*, algunos de los periodistas habituales reconocieron, en voz baja, que habían recibido órdenes de sus directivos invitándoles a saltarse el pacto. Más de uno afirmaba también que, al parecer, se había producido una llamada de la secretaria de Estado de Comunicación a varios medios para propiciar esa actitud. Evidentemente, no lo sé con seguridad porque no fue mi caso, pero eso es lo que ellos contaban: que La Moncloa estaba jugando claramente al divide y vencerás. Con esta estrategia querían evitar a toda costa las preguntas incómodas, y supongo que intentaban animar a medios considerados afines a tomar la iniciativa en las ruedas de prensa. De hecho, fuentes del entorno del Gobierno sugieren que el origen de todo este escándalo se sitúa en el día en que Rajoy se harta de que la prensa española le pregunte por Bárcenas ante los líderes extranjeros. Parece ser que en ese momento exigió a los miembros de su equipo que hicieran algo. Y vaya si lo hicieron. Era 12 de diciembre, por la tarde, cuando Rajoy comparecía ante la prensa con el presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy. Los periodistas nos juntamos, como siempre, para ver qué dos preguntas se formularían. Lo teníamos bastante claro, porque Artur Mas acababa de hacer públicas las preguntas y la fecha del referéndum en Cataluña. Y en

esas estábamos, cuando apareció un representante de la Secretaría de Estado de Comunicación para decirnos que el sistema había cambiado. Sí, ese sistema de preguntas que llevaba funcionando más de diez años. Esta persona afirmaba que se había tomado esa decisión porque algunos de nosotros no estábamos de acuerdo con el hecho de pactar las preguntas y ellos, muy amablemente, se habían animado a resolver el problema de forma unilateral. Durante la conversación, nos dejó claro que esto no era negociable.

Indignados, exigimos que bajara a hablar con nosotros la secretaria de Estado, Carmen Martínez Castro, que había mandado a sus subalternos a comerse el marrón. No soy capaz de describir la rabia, la frustración, la impotencia y el enfado que sentí en ese momento... O sea que La Moncloa, que había fomentado la división entre nosotros, se presentaba ahora como la salvadora de la prensa. Teníamos un problema, decían, y ellos habían acudido a resolverlo. Oh. Qué heroico.

Conseguimos que Martínez Castro bajara y nos repitió lo mismo, que el sistema de preguntas iba a cambiar para resolver nuestro problema. A partir de ahora, quien quisiera preguntar tendría que apuntarse en una lista. A continuación, ella decidiría a dedo a quién le tocaba. Qué escándalo, madre mía de mi vida.

Después de discutir con ella durante un buen rato, la secretaria de Estado se marchó y los periodistas apenas tuvimos tiempo de hablar entre nosotros antes de que aparecieran Rajoy y Van Rompuy en la sala de prensa. Optamos por una solución de urgencia: levantar la mano todos en señal de protesta, y que alguien se apuntara en la lista para hacer las preguntas pactadas entre la mayoría de los compañeros. En aquel papel se apuntaron cuatro medios: la Agencia Efe, ABC, Telecinco y Antena 3. Los elegidos por la secretaria de Estado de Comunicación fueron los tres últimos. Ese día, excepcionalmente, se admitieron tres preguntas, supongo que para intentar calmar los ánimos entre los periodistas.

Empezó Antena 3, que formuló lo que habíamos pactado la mayoría sobre Cataluña. Después preguntó ABC, también sobre el mismo tema, pero enfocado al simposio que en esos días estaba impulsando la Generalitat, titulado «España contra Cataluña». Rajoy leyó la respuesta. ¿Les suena? Y cuando le llegó el turno a Teresa Fernández-Cuesta, de Telecinco, se había salido de la sala de prensa. No sé muy bien por qué. Al principio, sus jefes le habían pedido que se apuntara en la lista, y parece que más tarde se desdijeron, aunque creo que luego sus informativos no se hicieron eco de esta polémica...

En vista de la situación, me dirigí a una persona de La Moncloa para ver si podía utilizar el turno de Teresa. Mi intención era preguntar a Rajoy por lo que estaba pasando. Que al menos diera una explicación pública sobre el revés que nos estaban colocando a los medios de comunicación. Pero me contestaron que no. Que yo ese día no podía preguntar. No había sido apuntada por el dedo de Dios.

La Moncloa en ese momento estaba atacando al corazón de la profesión. Y nuestra dignidad como periodistas estaba en juego. Ésa es mi opinión. Llamé a mis jefes para ponerles al corriente de lo sucedido y me dijeron: «Tienes pleno respaldo para hacer lo que consideres oportuno». Estaba más que orgullosa de su respuesta. Entré en directo con Mamen Mendizábal en *Más vale tarde*, en pleno follón, y conté todo lo que estaba pasando y todo lo que sabía. Decidí explicar con algunos ejemplos lo que podría significar el nuevo modus operandi. Y puse en duda si el dedo de Dios habría elegido a la compañera de *El Mundo* para preguntarle a Rajoy el día que ese periódico publicó los SMS con Bárcenas. ¿Ustedes qué creen? Yo creo que no. Terminé mi directo diciendo que el Gobierno nos estaba dando «una patada en el culo» a los periodistas. Y Mamen apostilló: «Más bien, una patada en la boca». Sí, lo sé, suena más educado. También lo contamos en el informativo de las 20.00 horas. Es mucho más de lo que hicieron otros.

Mientras tanto, en ese otro universo paralelo que son las redes sociales se había organizado un lío descomunal. La gente nos pedía, a través de Twitter, que saliéramos de la sala de prensa y dejáramos a Rajoy plantado. Nos decían que si no lo hacíamos, seríamos culpables de que nos siguieran tratando así desde el Gobierno. Esto suena muy efectivo, pero es imposible llevarlo a la práctica. Somos muchos los periodistas que estamos habitualmente allí y no todos somos de la misma opinión. Y no es necesario decir que un plante de esas características sólo es operativo si es mayoritario. Yo, en ese momento, y sin apenas margen de maniobra, consideré más efectivo intentar preguntarle a Rajoy por lo que estaba pasando. Pero tampoco eso fue posible, porque ya saben que La Moncloa no me dejó utilizar el turno de intervención de Telecinco.

Puedo decir que, a pesar de que suelo tener un estado de ánimo jovial e incluso intento hacer humor con todos los asuntos, aquel día me fui a casa muy cabreada. Molesta con la secretaria de Estado de Comunicación y con la duda de si los periodistas íbamos a ser capaces de reaccionar con contundencia. Todo parecía indicar que el Gobierno iba a salirse con la suya para los restos.

Al día siguiente había Consejo de Ministros, y seguía pensando lo mismo. Cuando llegamos, los periodistas nos topamos con un artículo sin firma en la web de *ABC* titulado: «Moncloa devuelve la libertad de prensa en las comparencias de Rajoy». Ay, señor. Otra vez el *ABC* defendiendo las libertades ajenas. Aquella mañana pasamos muy buenos ratos a costa de aquel texto, que era sencillamente mentira. También comentamos lo que había pasado con Martínez Castro y unos cuantos decidimos que, si la vicepresidenta nos daba la palabra, preguntaríamos por ello.

Hubo siete turnos de preguntas, cuatro de ellas sobre el atropello a la prensa. Y cada vez que sacábamos el tema, la secretaria de Estado de Comunicación sonreía en

la primera fila de la sala. Me sorprende mucho este comportamiento. Conozco a Carmen desde hace muchos años. Trabajamos juntas en la COPE porque ella era la subdirectora del programa de Luis Herrero; es decir, mi jefa. Y, sinceramente, la opinión que tenía de ella en la radio era la de una persona sumamente competente, muy seria en su trabajo y con un gran criterio profesional. Puedo decir que la aprecio, aunque ahora no la reconozco.

Aquel viernes tras el Consejo de Ministros, le preguntamos a la vicepresidenta por el asunto que tanta gracia le hacía a Martínez Castro. La respuesta de Soraya Sáenz de Santamaría fue que algunos de nuestros compañeros (ninguno sabemos de quién se trata, exceptuando al de *ABC*) se habían quejado «en privado» del sistema establecido y La Moncloa había decidido cambiarlo para ver si el nuevo, el del dedazo, funcionaba mejor. ¿Mejor para quién? Cuando el compañero de *Expansión* le dijo a la vicepresidenta si no le parecía raro que fuera La Moncloa la que decidiera quién preguntaba, ella nos pidió que nos fiáramos de «la buena voluntad» del Gobierno. Lo que nos faltaba.

Al término de la rueda de prensa de Sáenz de Santamaría, los periodistas nos acercamos y, ya fuera de las cámaras, Carlos E. Cué, de *El País*, le dijo que queríamos reunirnos con ella, que la decisión arbitraria que habían tomado era lo suficientemente grave como para sentarnos a hablar. En ese corrillo, yo le pregunté dos cosas a Sáenz de Santamaría. La primera, que por qué había decidido el Gobierno intervenir en la supuesta división entre los periodistas sin permitirnos a nosotros solucionar el problema que, según ellos, existía. La segunda, le pedí a la vicepresidenta que nos aclarara a qué se refería con «la buena voluntad» del Gobierno a la hora de elegir qué periodistas preguntaban en cada comparecencia. Y añadí: «¿Con buena voluntad se refiere a lo que ocurre aquí los viernes? Lo digo porque a mí me ha dado la palabra cuatro veces en dos años». Levantó los hombros en un gesto que no supe descifrar, los periodistas insistimos en que queríamos una reunión, y abandonó la sala.

Aunque mis palabras puedan parecer una exageración fruto del momento, yo no mentía: la vicepresidenta me ha dado la palabra cuatro veces en dos años. Apenas la conozco, más allá de alguna conversación en los pasillos del Congreso. Es decir, no puede existir una animadversión personal. Es más, tengo de ella buena opinión. Me parece muy trabajadora, lista y agradable. Y ambiciosa, algo que no es necesariamente malo. Así que nunca he sabido si me castiga a mí porque sí, porque no le gustan mis preguntas, o si trata de castigar al medio al que represento.

No pretendo utilizar este capítulo para protagonizar una pataleta personal. Entre otras cosas, porque La Sexta no es la única perjudicada por «la buena voluntad» del Gobierno en las ruedas de prensa de los viernes. Pero creo que mi caso puede ser ilustrativo, dentro del drama que supone que no te permitan hacer tu trabajo, vaya

usted a saber por qué.

De las cuatro veces que la vicepresidenta me ha dejado preguntar, una fue por error. O, más bien, por el gesto de picardía y generosidad de un compañero al que admiro mucho y quiero más. Yo siempre me siento enfrente de Sáenz de Santamaría, pero en la última fila para no molestar si tengo que ausentarme y entrar en directo en la tele durante la rueda de prensa. Siempre en el mismo sitio. Y aquel día del error se sentó a mi lado este compañero. Cuando llegó el turno de preguntas, la vicepresidenta le dio la palabra a él. Mientras se acercaba la persona que nos trae el micrófono, y sabiendo las dificultades que tengo para que me den la palabra, mi amigo me dijo entre dientes: «Cógelo tú». Así que extendí la mano para coger el micrófono, pero la señora de La Moncloa no lo soltaba. La bedel y yo dimos unos cuantos tirones un poco aparatosos, hasta que la vicepresidenta no tuvo más remedio que decir: «Da igual, primero que pregunte uno y después, otro». Y así es como lo conseguí.

Las otras tres veces que me ha dado la palabra me han costado sangre, sudor, lágrimas y alguna conversación con uno de sus jefes de prensa, David del Cura. Él trabajaba antes en Onda Cero y a mí me gustaba mucho cómo lo hacía. Por eso, y sabiendo que es un buen profesional, le dije a David que se pusiera en mi lugar. Le pregunté qué habría hecho él si hubiera recibido semejante trato cuando trabajaba en la radio. Creo que habló con la vicepresidenta y poco después me dejaron preguntar. Pasado el tiempo, y viendo que las cosas no cambiaban, volví a hablar con David, pero ya algo más molesta. Protesté por el vacío que me hacían semana tras semana, descarado en mi opinión, y le dije: «Me tratáis como si fuera de Amaiur». Supongo que volvió a hablar con la vicepresidenta, porque al poco me dejaron preguntar de nuevo. Pero es agotador pelear así para que te permitan hacer tu trabajo.

Somos muchos compañeros, lo sé. Y no aspiro a que me dejen preguntar todos los viernes. Hay más periodistas y medios mucho más influyentes que La Sexta. O medios que resultan más interesantes para el Gobierno. Y mis compañeros hacen habitualmente muy buenas preguntas. Pero sí aspiro a un término medio.

Durante mucho tiempo me lo tomé con humor y los viernes, después de la rueda de prensa, yo le trasladaba mis preguntas por Twitter a la vicepresidenta. Evidentemente, sabía que no iba a contestar. Pero era una manera —absurda, si quieren— de no tirar mis preguntas a la basura, semana tras semana. Como decía, no pretendo convertir este capítulo en una pataleta personal. Porque, además, mi caso es extrapolable a otros medios. Podría ser que yo me hubiera vuelto loca y sufriera manía persecutoria, pero por fortuna mis compañeros también lo ven. Fíjense. En las navidades de 2012, decidí hacerme un tatuaje en la muñeca de la mano derecha, la que levanto siempre para preguntar. Llevaba ya tiempo queriendo hacerme un interrogante pequeño, porque para mí simbolizaba la vida misma y también mi profesión. Pues cómo será de palmario que la vicepresidenta me ignora, que mis

propios compañeros se dedicaron a hacer chistes con mi tatuaje. Algunos, el día que lo vieron, me dijeron: «¿Eso qué es, para que te dejen preguntar en La Moncloa?». Ahora, con el paso del tiempo, pienso si no hubiera sido más efectivo hacérmelo en la frente, para probar suerte.

En enero de 2014, y supongo que condicionados por el revuelo que se había armado, la Secretaría de Estado de Comunicación volvió a cambiar el sistema de preguntas en las ruedas de prensa. En esta ocasión, Mariano Rajoy comparecía en La Moncloa con el presidente de la Comisión Europea, Durão Barroso. Poco antes de que comenzara, el Gobierno nos dijo que ya no hacía falta que nos apuntáramos en ninguna lista, que ahora sería el propio Rajoy el que, sobre la marcha, elegiría quién podía preguntar. Nos aseguraron que sería ecuaníme y que, a partir de ahora, en lugar de dos preguntas nos dejarían siempre hacer tres. Imagino que era para compensar nuestro malestar. El caso es que no habíamos avanzado nada. Todo quedaba una vez más en manos de la arbitrariedad, aunque fuera del presidente. La Moncloa seguía teniendo la sartén por el mango y podría elegir a su conveniencia.

Los periodistas nos reunimos y decidimos que íbamos a mantener el sistema de toda la vida: un pacto en los temas y en la formulación de preguntas entre la mayoría de los medios. Y así fue. Aquel día no levantó la mano nadie más y, por lo tanto, preguntamos TV3, *Expansión* y yo en representación de los compañeros, tal y como estaba previsto. Mañana ya veremos. Y pasado mañana, vete tú a saber.

Mi impresión es que La Moncloa se equivoca en su trato a los informadores. No puedo compararlo con otras épocas, porque yo no estaba haciendo periodismo de calle. Sin embargo, los compañeros que sí siguieron a Aznar o a Zapatero aseguran que el trato era un poco mejor. Sólo se me ocurre que en el trasfondo de todo lo que está pasando esté el nerviosismo que siente Rajoy ante la prensa. Un temor infundado, ya que en estas comparecencias tan encorsetadas no hay espacio para sobresaltos. De verdad que no. Hay que tener en cuenta que no se puede repreguntar y que la intervención de los periodistas está limitada a dos o tres turnos. Tan limitada está, que habitualmente metemos en cada turno todos los temas que podemos. De hecho, el día de Durão Barroso, el compañero de TV3, Josep Capella, hizo preguntas tan largas que terminó así:

—Y sólo una pregunta más, presidente, abusando de su paciencia...

—No abusa de mi paciencia. ¡Abusa de mi memoria! —respondió entre risas Rajoy.

Insisto, para mí es una sorpresa que La Moncloa lo haya intentado cambiar, a pesar de que no se me ocurre un sistema más favorable para los intereses del Gobierno. Para ellos es facilísimo: nosotros preguntamos «¿Dónde vas?» y el presidente se da un paseo por los Cerros de Úbeda y, cuando vuelve, tiene un amplísimo margen de libertad para contestar «Manzanas traigo».

12
«Dame un beso»



Confieso que siempre que voy a actos del PP en la Comunidad Valenciana me suelen pasar cosas rarísimas. Muy raras. En serio.

Una de las más sonadas se produjo cuando intenté preguntarle a Carlos Floriano por el caso Bárcenas y me pidió un beso. Supongo que para callarme la boca de una vez. Estábamos en Peñíscola (Castellón), en un acto de dos días del PP autonómico. Creo que era viernes, acabábamos de llegar y me llamaron de la tele para avisarme de que el juez había expulsado al PP como parte personada en el proceso; algo bastante grave, en mi opinión. Floriano era el encargado de inaugurar el acto, que empezaba después de la comida, la sobremesa y tal y tal. En ese primer día, como no estaba Rajoy, no éramos demasiados periodistas. Y eso siempre es una ventaja a la hora de abordar a algún político. Entonces vimos entrar a Floriano, acompañado de Esteban González Pons, y empezó la fiesta:

—¿Qué opina de que hayan sacado al PP como acusación particular del caso Bárcenas? —pregunté.

—Todo dentro lo vamos a decir —respondió Floriano, remitiéndonos a su discurso ante los militantes.

—De eso no va a hablar dentro, seguro —insistí.

—De todo vamos a hablar.

—Pero ¿qué opina de que le hayan sacado como acusación particular? —volví a la carga, a sabiendas de que en su intervención sin preguntas no iba a tocar ni por asomo este asunto.

Y entonces, Floriano se giró hacia mí, sonriendo, y me dijo:

—Dame un beso —mientras acercaba su cara a mi cara.

—¡No, no, no!

Me eché hacia atrás, con risa nerviosa y bastante sorprendida, y seguí preguntando:

—¿Qué opina de que les hayan sacado como acusación particular?

—Luego vamos a hablar —reiteraba Floriano, dándome largas.

—No. Luego no vamos a hablar, don Carlos.

—De todos los temas vamos a hablar.

—Dicen que son ustedes sujetos investigados.

—Vamos a ver...

Y en ese momento, se terminaba el pasillo para continuar preguntando, Pons salió al rescate y se marcharon hacia la sala. Luego Floriano me dijo, en tono de broma: «Espero que saques en la tele que no me has querido dar un beso». Entonces yo no sabía ni qué es lo que había podido grabar mi cámara, pero llamé a La Sexta para avisar de que la única reacción que tenía a la decisión judicial era ésa. Me respondieron que les interesaba y la envié a Madrid. Se emitió en *Más vale tarde*, el programa de Mamen Mendizábal, se emitió en el informativo de la noche y también

en *El intermedio*. En las redes sociales, y en el programa de El Gran Wyoming, dijeron que yo le había hecho «la cobra» a Floriano.

A los pocos días, compareció el vicesecretario de Organización en Génova y, al finalizar la rueda de prensa, me pidió disculpas delante de todos mis compañeros. Dijo que no había estado bien. Y ya está. Yo di el episodio por zanjado. No obstante, sí me gustaría aprovechar para contextualizar lo ocurrido. Floriano y yo nos conocemos de coincidir en los actos del PP. Y, al final, la fuerza de la costumbre se impone y se establecen relaciones personales entre políticos y periodistas, un vínculo más o menos estrecho, dependiendo de muchos factores. No es que políticos y periodistas nos hagamos amigos, pero tampoco hablamos sólo de Bárcenas, ni lo hacemos únicamente durante las ruedas de prensa.

Con Floriano tenía una relación cordial, pero escasa, de hola y adiós, de qué tal y no mucho más. Su reacción al pedirme un beso me extrañó, desde luego, pero quizá no tanto como a las personas que lo vieron por la tele. Más sorprendente para mí ha sido su relación conmigo a raíz de aquel episodio. Bueno, conmigo y con casi todos los periodistas. Creo que desde que es vicesecretario ya no se fía de muchos de nosotros. Meses después, en un acto del PP de Gandía, me dijo: «No te acerques y date por saludada». Respeto que él me trate ahora con más frialdad, pero por su tono parecía que había sido yo la que intentó darle un beso...

Como decía al principio de este capítulo, mi relación con la Comunidad Valenciana se compone de muchos episodios surrealistas, y el de Floriano no fue el único de aquel acto del PP en Peñíscola. Otro de ellos lo protagonizó la alcaldesa de Alicante, Sonia Castedo, imputada por corrupción. Ella acude a los actos del partido con la cabeza muy alta y muy digna, pero no son pocos los dirigentes que la rehúyen para no salir en la foto. Así fue, por ejemplo, en la inauguración del AVE Madrid-Alicante. Se hizo lo posible por impedir que se acercara a Rajoy, y la foto oficial que envió La Moncloa de los asistentes estaba cortada justo donde se situaba Castedo, como si el problema fuera que, al estar en la otra punta del presidente, no entraran todos a lo ancho en la imagen. Bueno, pues aquel día de Peñíscola, como en casi todos los actos del PP valenciano, estaba el lastre de la corrupción. Cuántos imputados iban a aparecer o cuándo terminaría Alberto Fabra de hacer limpieza en el partido eran algunas de las preguntas recurrentes entre la prensa y los asistentes. Nos acercamos a Castedo y le pregunté si se sentía respaldada por el partido. Ella contestó que sí, y añadí:

—¿Usted ha pensado en dimitir?

—¿Yo? ¿Por qué? —respondió ella rápidamente.

—Porque está imputada por corrupción.

—¿Y qué? El término imputado —prosiguió— es un término absolutamente prostituido. Se ha prostituido hasta el punto de que un imputado es una persona

condenada desde el principio.

Acto seguido, añadió: «Creo que no merece la pena seguir hablando de este tema, que no me aporta absolutamente nada». En ese momento pensé que la alcaldesa de Alicante era de esas políticas que no entienden que hoy en día la sociedad exige un plus de rectitud. Que si te han sacado conversaciones con un empresario al que supuestamente has beneficiado en adjudicaciones, y fotos junto a esa misma persona en una fiesta de pijamas, igual debes presentarte ante la gente como alguien más humilde y extenderte en las explicaciones. Y que si estás causando un perjuicio al partido al que dices representar y querer y el propio partido no te echa, pero te trata públicamente como una apestada, quizá debas de dar un paso atrás. Pero esto es sólo una opinión. Nada más.

Hubo algún otro fenómeno en Peñíscola que no me gustaría dejarme en el tintero. Al día siguiente, sábado, venía Rajoy a clausurar la Conferencia Política del PP de la Comunidad Valenciana. Durante el acto se fueron concentrando en el exterior unas treinta personas, con banderas, gritando a favor de «los Países Valencianos», creo recordar. Estaban lejos, detrás de unas vallas y observados por la Policía. Entonces, el personal de seguridad de La Moncloa nos hizo una jugarreta para evitar que las cámaras pudieran grabar la imagen de Rajoy saliendo, con los abucheos. Nos obligaron a todos los medios a quedarnos en la puerta, pero dentro del auditorio. Y el que quisiera salir para tener la imagen del presidente ya en la calle dirigiéndose hacia su coche, tenía que esperar a que saliera él y, después, ir por la puerta de atrás y dar toda la vuelta al edificio. Evidentemente, para cuando completamos todo ese recorrido, Rajoy ya se había marchado. Así que esas imágenes no existen. Nunca entendí tanto esfuerzo de La Moncloa ante una concentración tan poco numerosa. O sí.

Pero el mayor descubrimiento, sin duda, que me han brindado hasta el momento las fértiles tierras valencianas es Arturo Torró. Un tipo curiosísimo. Es el alcalde de Gandía, el primero del PP en democracia, y me consta que en el partido algunos le miran con recelo. Sólo le he visto una vez, pero, para bien o para mal, te atrapa porque es carismático, simpático, dicharachero, hablador y tiene una historia diferente.

Procede de una familia humilde, pero consiguió hacerse multimillonario. Óptico de profesión, fue el creador de la cadena +Visión, entre otras muchas empresas en España y en el extranjero. Cuando yo le conocí, tenía en venta una compañía que se dedicaba a fabricar ataúdes. Él, entre otras cosas, compra y vende empresas. Aunque también diseña rosarios y reparte amuletos. Y ya lo he dicho, es alcalde. Pero no he dicho que lo es sin cobrar.

Sin embargo, lo más llamativo del personaje es que asegura que le pillaron en Bankia con 22,6 millones de euros en preferentes. ¡22,6 millones de euros! Lo han

leído bien. Una barbaridad. La oposición en Gandía le ha acusado en varias ocasiones de corrupción. ¿Y cuál es su reacción? Bajarles el sueldo. Por cada mentira que él considera que cuentan de su vida privada, reducción salarial. El día que yo le vi, en septiembre de 2013, los socialistas le acababan de acusar de un posible soborno porque, al parecer, vivía en el piso de un empresario supuestamente beneficiado por el ayuntamiento.

Torró compareció ante los medios y se defendió así: «¿Ustedes creen que por un alquiler de mierda de mil euros yo me voy a ensuciar? Cuando tengo pisos repartidos por todo... por todo el mundo, por valor de más de 30, 10 millones o 15 millones o lo que sea... ¿Me voy a ensuciar por mil euros?». Fin de la cita, que no fin de la guita.

En aquel viaje a Gandía, le pregunté a Torró por el famoso programa de televisión que se grababa en la ciudad, *Gandía Shore*. Para mucha gente, es considerado un *reality* algo casposo. Reflejaba el día a día de un grupo de chicos y chicas un poco chabacanos, que salían de marcha sin parar. A pesar de las críticas, Torró me dijo que él estaba contento con ese programa. «Ha situado a Gandía en el mapa», me explicó. De todos modos, y por si acaso Gandía no estaba situada del todo, se esforzaron en terminar de ubicarla durante la Feria Internacional del Turismo, en enero de 2014. En el *stand* de Fitur que tenía la ciudad en Madrid, emplearon como reclamo a dos exuberantes mujeres con tacones, embutidas en un bañador, muy al estilo *Gandía Shore*. El follón que se armó fue mayúsculo, y el alcalde emitió un comunicado alegando que no las había puesto el ayuntamiento, que estaban allí para hacer publicidad de una discoteca. Hombre, ya suponemos que no promocionaban los plenos municipales... aún.

Por cierto, ¿saben qué otra confesión me hizo Torró después de que nos vieran hablando en la Escuela de Verano de Gandía? Que alguien del PP le había dicho que tuviera cuidado conmigo, que tengo mucho peligro. Qué curioso, pensé. Y ustedes, ¿qué piensan? ¿Quién creen que tiene más peligro para el PP, Cristina Pardo o Arturo Torró?

13

Sé lo que hicisteis



Ya les adelantaba en el capítulo anterior que mi experiencia profesional en la Comunidad Valenciana ha sido una de la que más sorpresas me ha dado. De todo tipo: buenas y no tan buenas, pero, sobre todo, peculiares.

Conocí a Ricardo Costa pocos días después de que se saliera de la carretera a bordo de su Infiniti. La oposición le exigía que aclarase cómo había adquirido un coche valorado en más de 60.000 euros, si acababa de hacer pública su relación de bienes y tenía un saldo negativo en las cuentas. Costa explicó que lo había pagado con lo que había sacado vendiendo el coche anterior, con ahorros y gracias a un préstamo de sus padres.

El día que yo le vi por primera vez, el 24 de mayo de 2009, aún llevaba el brazo vendado. Hacía cuatro o cinco días que Costa y Francisco Camps habían declarado como imputados ante el Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad Valenciana por su presunta relación con la trama Gürtel. Y Rajoy, que por aquel entonces aún apoyaba a la cúpula del PPCV de forma entusiasta, se fue a un acto político en Alicante a respaldar a Camps. Y bien que lo hizo. Llegó a decir que la historia de Camps sería «una historia feliz» para disgusto de «los inquisidores del siglo XXI». Sí, muy feliz todo, menos la hemeroteca. Y le dijo más cosas: «Creo en ti y en lo que haces. Te he visto actuar. Siempre estaré detrás de ti o delante o a un lado. Gracias, Paco». De nada. De eso le sirvió a Paco.

Aquel día, los líderes políticos, además de celebrar el mitin, se dieron un paseo por el Museo Arqueológico, donde se exponía *El Discóbolo*, una famosa escultura griega que muestra un cuerpo masculino en máxima tensión. Y ahí, junto al Discóbolo, hablé por primera vez con Costa. Creo recordar que la conversación fue totalmente intrascendente, pero agradable. Y entonces decidí que quería entrevistarle para La Sexta. Imaginé que no iba a ser fácil, pero lo conseguí. Me costó varios meses... y algo más. Bastante inesperado, pero teniendo en cuenta mis experiencias valencianas, tendría que estar curada de espanto.

Por aquel entonces aún se emitía *Sé lo que hicisteis*, donde se hacían bromas con Ricardo Costa casi a diario. En una muestra del sentido del humor que tiene, me prometió que me daría esa entrevista a cambio de un autógrafo de Patricia Conde. Y cumplió. El departamento de Producción de informativos llamó a Globomedia. Les dijimos que necesitábamos una foto de Conde dedicada «Para Ricardo», sin dar más detalles. Nos la enviaron y allí me presenté con ella a cobrarme mi entrevista. La gente de *Sé lo que hicisteis* no sabía lo que hice... hasta hoy. Espero que no me lo tengan en cuenta.

En aquella entrevista, Costa dio algún titular. Le pregunté si se pagaba sus trajes o se los habían pagado los de la Gürtel, como sospechaba el juez. Y me dijo: «¿Lo dice porque no le gustan o porque no los pagué? Sí, los pagué. Y no solamente eso, sino que los pago y pienso seguir pagándolos». Otra de mis preguntas fue: «Usted, ¿a

quién le haría un traje?». Costa me espetó: «Yo no me dedico a eso, pero si tuviera que aconsejar a alguien cómo vestir, probablemente sería a Leire Pajín». Reconozco que la primera impresión que te llevas de Costa es que se trata de un tipo frívolo y con una cara de cemento armado. Pero a medida que fue pasando el tiempo, y viendo el curso de los acontecimientos judiciales y políticos, creo que su comportamiento fue bastante menos frívolo que el de Camps, más digno y bastante más hábil. Y que él sí intentó controlar más o menos lo que estaba pasando, frente a la desesperación y el histerismo del ex presidente de la Generalitat valenciana.

El culebrón valenciano, que voy a contar a continuación, es casi con toda seguridad uno de los episodios más retorcidos, surrealistas y chocantes que me ha tocado vivir desde que cubro información política para La Sexta. No se pudo hacer peor. Y duró demasiado, quizá porque el presidente del PP era Mariano Rajoy, y ya sabemos de su frialdad y de sus tiempos a la hora de detener las hemorragias.

Por aquella época, a finales del verano de 2009 más o menos, en Madrid intuíamos que se iban a cargar a Ricardo Costa antes de que tanto él como Camps lo admitieran seriamente como posibilidad. Pronto tuvimos claro que iba a ser la cabeza de turco; no porque supiéramos más que los demás, sino porque era fácil leer entre líneas las intenciones de los dirigentes del PP nacional y sus declaraciones en las ruedas de prensa de Génova, en plena vorágine de los trajes. Me parece que Camps cometió un error de cálculo y se creyó más fuerte de lo que era. Pensó que podría aguantar el chaparrón, porque su apoyo a Rajoy fue decisivo en el Congreso de Valencia de 2008, como él se encargaba de recordar una y otra vez. Pero ya se ha visto que no.

Podemos situar el punto de inflexión en los últimos días de septiembre cuando, además del asunto de los regalos, la Brigada Policial de Blanqueo apuntó a la financiación ilegal del PP valenciano, a través de facturas falsas y doble contabilidad. Entonces Rajoy dijo en Punto Radio que esperaba que el PP valenciano explicara «bien» lo que estaba pasando, y Cospedal compareció para exigir a Camps un gesto «contundente». Y esto, qué quieren que les diga, traducido en política viene a ser una orden, sin matices: Génova estaba exigiendo al *president* un golpe de efecto que rebajara el escándalo. Pero Camps no lo hizo.

El 30 de septiembre se produjo una cita entre Rajoy y Camps en el Parador de Alarcón (Cuenca), que iba a ser secreta hasta que dejó de serlo. Según algunos medios, el presidente valenciano le dijo: «Si caigo yo, tú también puedes caer». Pero allí nadie caía y nadie hacía nada. Llegó el Día de la Comunitat Valenciana, el 9 de octubre, y Esteban González Pons se plantó ante los medios de comunicación y dijo: «Ha llegado el momento de hacer algo o de hacer algo. La fiesta en Valencia se acaba a las cuatro de la tarde». Y, efectivamente, la fiesta se acababa. O eso creíamos. Horas más tarde, se filtró que el PP nacional proponía el cese de Ricardo Costa.

Pero Costa se fue de puente. Desapareció del mapa hasta el lunes 13 de octubre, día en que citó a los medios de comunicación a media mañana en la sede del PP autonómico. Yo me fui a Valencia. Aquel día, el todavía secretario general del partido leyó un comunicado muy estudiado y cargado de mensajes para todos, que a mí me pareció buenísimo. A grandes rasgos, vino a decir que no pensaba dimitir porque nunca había actuado al margen de las directrices de Camps. Revelaba que, cuando él llegó al cargo, ya se trabajaba con la empresa de Álvaro Pérez, «El Bigotes», y que a él, desde Madrid, nunca nadie le pidió que cortara con Orange Market. Reprochaba a Génova que le quisieran echar sin haberle llamado ni una sola vez para pedir aclaraciones sobre su actuación, y les retaba a abrirle una investigación interna. Y por último, pero no menos importante, pedía disculpas dos veces por el contenido de las grabaciones telefónicas con «El Bigotes» («Me he avergonzado profundamente») y aseguraba que comprarse un coche de lujo «en un momento difícil para muchas personas» era «un error». «Y lo lamento», concluía. Costa no se iba.

El mismo día por la tarde, Camps había convocado una reunión de la dirección del PP autonómico para responder a las presiones de Génova. Allí aparecieron Pons y Federico Trillo, cuyo papel de intermediario dicen que fue decisivo para el desastre general. Se reunieron a puerta cerrada y, en lugar de cesar a Costa como esperaba el PP nacional, emitieron un comunicado respaldando su gestión y explicando que, sólo si Madrid abría una investigación interna sobre su comportamiento, se apartaría temporalmente de la Secretaría General del PPCV. Costa no se iba. Menudo órdago. La cara de Trillo al abandonar la reunión era tremenda: le salía humo por la nariz. Fíjense si fue rocambolesca la noche que, pocos minutos después, el PP nacional emitía un comunicado diciendo que Costa estaba «suspendido» y que ya no ocupaba su cargo. ¿A qué estaba jugando Camps? ¿Por qué no había seguido las directrices del PP nacional? ¿Cómo puede ser que Génova no fuera capaz de doblegar al *president* y de evitar el ridículo de decir una cosa mientras en Valencia decían la contraria? El espectáculo fue tan emocionante como grotesco.

Terminó siendo ridículo para la dirección nacional porque, a la mañana siguiente, Costa casi se marchó. Casi. Se produjo una reunión del grupo parlamentario en las Cortes valencianas; Camps se sentó con el secretario general y le dijo que ya no podía asumir esta situación. Parecía que era ya un asunto zanjado, pero no. Todavía no. Casi dos semanas después, el 29 de octubre, Costa declaró que, «como militante y como secretario general», lamentaba que nadie de la dirección le hubiera citado para aclarar las irregularidades que pesaban sobre él, para escucharle y, según dijo, para ratificar su honradez. Y fue en este momento cuando se le inflaron las narices a Cospedal y Costa fue suspendido de militancia fulminantemente. Y en este punto ya no hubo marcha atrás. Pero, amigos, el culebrón no había acabado todavía. Aún nos quedaba mucho bochorno que padecer.

En aquellos días de octubre, cuando Rajoy todavía no imponía límite de preguntas, hubo una rueda de prensa en la sede del PP. En ella, el presidente del partido nos explicó que se habían cepillado a Costa porque «el nivel de exigencia de un secretario general es mayor que el nivel de exigencia de un militante de base». Cuando me dio la palabra, le pregunté por algo que a mí me parecía escandalosamente incoherente:

—Usted dice que el secretario general tiene que tener un plus de responsabilidad y exigencia. Pero ¿cuál es el plus de responsabilidad que cabe esperar del presidente de la Generalitat, que era amigo de «El Bigotes» y no cortó su relación con Orange Market?

—Una vez archivado el caso de Camps, después de que Fiscalía ocultara datos que beneficiaban a Camps, no hay elementos nuevos que afecten a Camps ni actuación política que ponga en duda que Camps tiene que seguir —respondió Rajoy.

Es decir, que Camps, que había toreado a la dirección nacional y sobre el que pesaban las mismas acusaciones que contra Costa, podía seguir. Es más, Rajoy aseguró que Camps no le había mentado, que mantenía su confianza en él y que su voluntad era «que siga siendo presidente y candidato». ¿Ustedes lo entienden? Yo tampoco.

Pero no se vayan todavía, que aún hay más esperpento en este espectáculo. Cuando creíamos que lo habíamos visto todo, resulta que faltaba la traca final, la *mascletà*, que tuvo lugar en el Tribunal Superior de Justicia el 20 de julio de 2011. El PP había pasado horas presionando a los cuatro acusados en el caso de los trajes para que se declararan culpables y acabaran con el proceso de una vez por todas, a pesar de que ellos llevaban años diciendo que eran inocentes.

Camps se había decidido y estaba dispuesto porque, según aseguraba en privado, el partido le había prometido que, si lo hacía, seguiría en el cargo. Costa, mucho más astuto, intentaba convencerle de que eso no iba a pasar, que tan pronto como se declarara culpable, se lo quitarían de encima sin miramientos. Al parecer, fueron Cospedal y Trillo los encargados de hablar con ellos en aquellas horas. Al final, Costa le dijo a Camps: «Ve tú al Tribunal, y luego voy yo».

De modo que aquel 20 de julio, Campos y Betoret, los otros dos acusados, se personaron ante el juez a primera hora, plegándose a los deseos de Génova, y se declararon culpables de cohecho. Pero Camps no aparecía. Y Costa le decía: «Estoy esperando. Ya me dirás». Pero Camps no aparecía. Y nunca apareció. Mis fuentes del PP valenciano piensan que debió de caer en la cuenta in extremis de que, efectivamente, se lo iban a cepillar. Así que, en un nuevo desafío a la dirección nacional, no se autoinculpó y tampoco lo hizo Costa.

En el juicio posterior que se celebró, ambos fueron declarados «no culpables». Es decir, que una vez más, Génova fue incapaz de evitar el bochornoso espectáculo. Dos

acusados admitieron su culpabilidad, mientras los otros dos iban a juicio y conseguían salir ilesos. Un festival que, no obstante, acabó con la carrera política de Francisco Camps. Me hace gracia que actualmente el PP utilice muchas veces este caso de absolución para reivindicar la presunción de inocencia. Si tan inocente es Camps, y así le ven en Génova, ¿por qué no le han rehabilitado después dándole algún cargo de responsabilidad?

El comportamiento del ex presidente de la Generalitat durante todo aquel proceso podemos calificarlo cuando menos de llamativo y estridente. Asistimos en primera línea al proceso en el que iba despegándose paulatinamente de la realidad. A tal punto llegó su delirio que, en una de sus comparecencias públicas para rechazar las acusaciones, se puso delante del micrófono, en la sede del Gobierno, y mientras hablaba, movía los ojos, como si estuviera recorriendo a los asistentes. Con el pequeño inconveniente de que no los había. La prensa no estaba. Las imágenes fueron distribuidas posteriormente por la Generalitat. Estaba solo. Está solo y estuvo solo mucho tiempo, aunque él se diera cuenta demasiado tarde.

Una de sus últimas apariciones públicas se produjo en la revista *Telva*. Se fotografió subido en una barca, remando por la Albufera y asegurando que estaba «más preparado que nunca para ser presidente de la Generalitat o del Gobierno». En la entrevista sacaba pecho y definía su trayectoria como un «cursus honorum romano». Yo conozco a más de uno en el PP que está casi de acuerdo con Camps. Sólo les distancia una letra, porque su trayectoria, sobre todo al final, la ven más bien como un «cursus horrorum».

14

¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?



España pidió el rescate bancario un sábado soleado de junio de 2012. Yo, que tenía el día libre, me fui a las terrazas del barrio madrileño de La Latina a comer con algunos de mis compañeros de otros medios, sin saber la que se nos venía encima. Y quizá porque estaba relajada tomando vinos, croquetas y gin-tonics, y escuchando a un señor sin dientes que nos cantaba rumbas con su guitarra, puedo decir que, cuando a media tarde me llamaron para que fuera corriendo a la rueda de prensa de Luis de Guindos, me enfrenté a uno de mis días más complicados en la tele.

Entiéndanme. No es que llegara con hipo a la comparecencia, pero tengo por costumbre no beber absolutamente nada si sé que tengo que trabajar. Si además tomamos en consideración que me avisaron desde la redacción con quince minutos de antelación nada más, que llegué in extremis a la sala de prensa y que el ministro estaba empeñado en sustituir la palabra «rescate» por expresiones barrocas, pues qué les voy a contar...

Para cuando entré en la sala, ya no quedaba ni un sitio libre. Tuve que sentarme en el suelo que, como todo el mundo sabe, no es el mejor sitio para tomar notas. Y menos aún si se trata de algo tan complicado como un rescate financiero. A mí me gusta la economía y, cuando me toca cubrir algo de esa materia, intento explicarla lo mejor posible. Pero aquel día, entre los gin-tonics, el escorzo por los suelos para apuntar lo que decía el ministro y el agobio que yo llevaba encima, me pasó lo mismo que a Rajoy, que no entendía mi letra.

Me gustaría decir, en mi descargo, que los rodeos del ministro no eran fáciles de entender. A pesar de ello, entré varias veces en directo para el informativo procurando no meter la pata con aquellas cosas que me suscitaban dudas. Después de eso, me fui a La Moncloa para entrar en un especial de *Al rojo vivo*, con Antonio García Ferreras, que se prolongó hasta las dos de la madrugada. Lo que viene siendo terminar la fiesta por todo lo alto.

De todos modos, y volviendo a mi descargo, lo que intento decir es que un rescate bancario se puede entender perfectamente, incluso con un par de cañas, si llamas al pan, pan. Y al vino, vino. Pero, claro, como en lugar de llamarlo rescate, De Guindos habló de «crédito en condiciones muy favorables», «financiación europea para la recapitalización de los bancos» o «apoyo financiero», pues allí no se salvaban ni los abstemios. Por no hablar del hecho de que sólo unos meses antes, Zapatero nos había dicho que teníamos «el mejor sistema financiero del mundo». Cualquiera que hiciese el ejercicio de confrontar una y otra versión de la situación económica del país, creo que ese día encontró motivos suficientes para salir de allí y darse a la bebida. Fíjense si serían llamativas las expresiones empleadas por el ministro, que sólo unas horas más tarde la revista *Time* se mofó de los rodeos del Gobierno español con el siguiente titular: «Tú dices tomate y yo digo rescate».

De aquella rueda de prensa tampoco me quedó muy claro si el rescate se producía

a cambio de alguna condición y, de ser así, cuál era. Ni entendí bien si el dinero que recibirían los bancos iba a computar más adelante en el déficit o no. Después de mi introducción, es posible que ustedes sospechen que mi falta de comprensión se debía al estado en que acudí a esa comparecencia, pero lo cierto es que Rajoy decía una cosa, De Guindos otra y las autoridades europeas, otra distinta.

Pronto empezaron a arreciar las críticas al presidente del Gobierno por haber delegado semejante anuncio en el ministro de Economía. Sobre todo si tenemos en cuenta que Rajoy, que no había comparecido a pesar de la gravedad de la situación, tenía previsto marcharse al fútbol el domingo. A Polonia, nada menos, para asistir al debut de la selección española en la Eurocopa. No podía ser. Si ya resultaba feo que se marchara tranquilamente al fútbol con la que estaba cayendo, que lo hiciera sin comparecer ante los españoles era directamente horrible.

En el especial de *Al rojo vivo*, aquel sábado de madrugada, yo pronostiqué que, al final, Rajoy daría la cara antes del partido. Y así fue. Sin embargo, esa mañana tampoco conseguimos que el presidente hablara de rescate. Llegó a referirse al dinero aprobado para los bancos como «lo de ayer». Pablo Montesinos, de Libertad Digital, se lo preguntó directamente y Rajoy contestó: «Mire, yo no voy a entrar en debates nominalistas. Los debates nominalistas no tienen el más mínimo sentido». Hombre, teniendo en cuenta que Rajoy es el presidente del mismo partido que, cuando gobernaba Zapatero, exigía al presidente —con razón— que pronunciara la palabra «crisis»...

También se criticó aquel día a Rajoy por sacar pecho con el rescate, negando así las presiones de Bruselas: «Se lo diré con meridiana claridad. Nadie me ha presionado. Es más, el que ha presionado he sido yo, para conseguir la línea de crédito aprobada ayer».

Por último, le preguntaron al presidente si no le parecía un gesto irresponsable largarse al fútbol, dadas las circunstancias. Él contestó que no: «Me voy al fútbol porque la selección española es la campeona del mundo y de Europa y creo que es bueno que el presidente de su país esté en el partido inaugural [...]. Me voy a las dos y vuelvo a las nueve. Si esta situación no estuviera resuelta o si esta petición no se hubiera hecho, no me iría. Creo que la selección española lo merece». Como era de esperar, al día siguiente, la imagen de portada era Rajoy celebrando efusivamente un gol de España. Lo malo es que iba acompañada de tétricos titulares sobre el rescate de miles de millones de euros para los bancos que, entre unos y otros, tendremos que devolver.

Siempre me han parecido una tomadura de pelo los eufemismos en el lenguaje político. En mi opinión, no deja de ser una forma de mentir. Pero viendo lo mucho que se emplean, empiezo a pensar que deben de ser más efectivos de lo que parecen...

Este Gobierno, como todos, tiene muchos ejemplos y gloriosos. Algunos ya los hemos visto en las páginas de este libro. Bárcenas fue durante mucho tiempo «esa persona a la que usted se refiere», y lo que hubo en la sede del PP no fue un registro, sino que, según Rajoy, pasó lo siguiente: «Se nos ha pedido colaboración y se les ha dado». La lista podría ser infinita. Por ejemplo, cuando escuche hablar a Luis de Guindos de «crecimiento negativo», debe usted saber que la economía se está despeñando. Si Fátima Báñez le habla de «movilidad exterior», sepa que le han preguntado por la fuga de cerebros. Cuando se refiera a «flexibilizar el mercado laboral», tenga claro que su empresa podrá despedirle por cuatro duros. Y donde usted ve un banco nacionalizado, el Gobierno ve un banco «participado», «provisionado», donde el Estado tiene «titularidad indirecta». Por último, si usted oye hablar a Rajoy de «ese asunto», no piense en Bárcenas ni en sus papeles. Tiene que saber que se refiere a la ley del aborto impulsada por Gallardón. ¿Les parece una broma? Pues sepan que en la única rueda de prensa sin límite de preguntas que dio en España en todo 2013, en el mes de diciembre, fue preguntado cuatro o cinco veces por el aborto, de maneras distintas. Pero él, fiel a su expresión, aludió sistemáticamente a la interrupción del embarazo como «ese asunto». ¿Ustedes lo comprenden? Yo tampoco. ¿Y qué entienden mejor: «procedimiento de ejecución hipotecaria» o desahucio? Lo dicho: podríamos estar así hasta el infinito.

Quizá Cristóbal Montoro es el que ha protagonizado algunos de los mejores quiebros dialécticos. Fíjense en el cachondeo que rezuma el que utilizó para encubrir la amnistía fiscal: «medidas excepcionales para incentivar la tributación de rentas no declaradas». Para que luego digan que los políticos no hablan idiomas...

Yo diría que uno de los más logrados es aquel que le soltó en el Congreso a Cayo Lara: «Los salarios no bajan, señoría, los salarios moderan su subida». Se puede estar atinado, poco atinado, desafortunado, muy desafortunado y, luego ya, como su señoría, Cristóbal Montoro. Me detengo en esta frase porque creo que fue muy hiriente para los ciudadanos. Demostró una falta de sensibilidad y de olfato político sorprendente, sobre todo en alguien que lleva tanto tiempo dedicándose a esto. Pero es que Cristóbal Montoro ha alcanzado tan altas cotas de incorrección lingüística, que casi podríamos decir que el ministro de Hacienda ha creado un lenguaje propio, que consiste en hablar y provocar un incendio al mismo tiempo.

Ya hemos comprobado que la crisis, o más bien, la imperiosa necesidad política de neutralizarla, está detrás de la mayor parte de esta antología del disparate aquí reunida. Pero en el caso concreto de Montoro, su empeño ha ido tan lejos que para mí, con perdón, su imagen es ya indisociable de la de Carol Anne, la niña de la película *Poltergeist*. Y es que se ha pasado el mandato yendo hacia la luz, porque dice que la ve. Un día nos cuenta que estamos viendo la luz al final del túnel. Al día siguiente intenta convencernos de que ya estamos casi al final del túnel. Y venga a

avanzar por el túnel. Su desenfrenada carrera hacia la luz, que simboliza la desaparición de la crisis, ha contrastado en los primeros años de legislatura con el discurso metafórico también, en ocasiones, pero en general mucho más moderado y realista del ministro de Economía. Estoy segura de que tiene que haber un término medio entre el estrambótico rodeo para no decir que los salarios bajan y las bombas que ha soltado Montoro después.

De hecho, no siempre ha salido indemne de sus ocurrencias y alguna vez ha tenido que pedir perdón. Puede que con la boca pequeña, pero ha tenido que hacerlo. Por ejemplo, cuando cargó contra la calidad del cine español. Varios de sus compañeros de Gobierno le desautorizaron y, finalmente, el ministro se disculpó. Pero como no deja de meter la pata, concedió una entrevista a la Cadena SER, alabó el trabajo de Almodóvar y decidió que su película favorita se llamaba «Todo para mi madre».

La última disculpa suya que recuerdo es de diciembre de 2013. Se celebraba en el Congreso el trigésimo quinto aniversario de la Constitución. Después de los discursos, hay una recepción informal en la que los periodistas hablamos con los políticos sin cámaras ni grabadoras. Pues bien, según algunos de los presentes, en uno de aquellos corrillos Montoro justificó los cambios en cascada de la Agencia Tributaria porque «estaba llena de socialistas». Horas después, Graciano Palomo publicaba un reportaje sobre el ministro en el diario *El Mundo* basado en una extensa charla que había tenido con él. Y también allí Montoro decía: «Yo no sabía que Hacienda estaba trufada de gentes del PSOE». Parece que aquello debió de sentarle mal al ministro porque, pocos días después, amenazó a los medios de comunicación desde la tribuna del Congreso. Dijo que publicaban mentiras, a pesar de que muchos le llamaban porque tenían problemas con el fisco. Y añadió que los medios que tenían deudas no deberían atacar a las instituciones. Faltó que entraran en el hemiciclo Los Intocables de Eliot Ness. Cómo sería, que hasta Luis de Guindos, que habitualmente sólo se mete en lo suyo, intervino para corregir a Montoro. «Yo respeto a la prensa — dijo el titular de Economía—. Es esencial para la democracia». Claro que, pocas semanas después, a De Guindos le pilló una cámara en Bruselas mandando «a tomar por el culo» a los periodistas. No le gustó una pregunta acerca de si iban a subir los impuestos sobre la gasolina en España. También pidió perdón. Como Montoro, que unas semanas después demostró que es compatible perder las formas y seguir siendo ministro. Y lo de perder los papeles no es que lo diga yo. Hace poco hablé con un presidente autonómico del PP que bromeaba sobre este asunto y me preguntó: «¿Qué le habéis hecho a Cristóbal Montoro, que está irreconocible?».

Al menos puedo decir que he sacado muchas lecciones de esto. He aprendido, por ejemplo, que es mejor no beber antes de trabajar porque si no, no hay quien se aclare. La situación actual exige estar muy despierto. No se puede ir de cualquier manera a

una rueda de prensa sobre el rescate bancario. Eso sí: también he aprendido que, al final del día, y dependiendo del acto que te haya tocado cubrir, es otro cantar.

Si llevamos a la práctica las enseñanzas del Gobierno, podríamos decir que al finalizar nuestra jornada laboral, dedicaremos cierto tiempo a la ingesta de un cuerpo cuyas moléculas tienen menor cohesión que la de los sólidos y mayor que la de los gases, procedente de la destilación de productos de fermentación de sustancias azucaradas o feculentas combinado con un refrigerio, para saciar la sed y refrescarse. Pero a quién queremos engañar. Antes de que el ministro de turno terminara la frase, el resto de los mortales ya habríamos acabado con la ginebra del local.

15

Como te digo una cosa, te digo la otra



Éste es mi programa electoral. Si no le gusta, tengo otro. Si le gusta, se aguanta, porque voy a aplicar otro que tengo. Y así.

Así es como ha transcurrido básicamente la legislatura de Rajoy. Aquí en España, desde que yo tengo uso de razón, los partidos políticos casi nunca han sentido el programa con el que se presentan a las elecciones como de obligado cumplimiento. Además, en la mayoría de las ocasiones, los enunciados son tan vagos que les sirven para una cosa y la contraria.

Puede ser comprensible que un partido político no haga campaña admitiendo que, si gana, va a subirnos los impuestos a todos los ciudadanos. Porque, entonces, no gana. Pero de ahí a lo que hizo el PP en las elecciones de 2011, hay un trecho.

El PP se presentó entonces con un tocho impresionante de promesas y recordando que ellos, con Aznar, habían sido los autores del milagro económico español y que, por lo tanto, sabían lo que había que hacer para sacarnos de ésta. Y lo acompañó con la cantinela de que, por culpa de la política de Zapatero, estábamos intervenidos en la práctica por las autoridades europeas. Rajoy, en un debate durante la campaña, incluso le dijo a Rubalcaba: «Yo no soy como usted. Yo lo que no llevo en mi programa no lo hago».

La frase más repetida por los dirigentes populares en los mítines era aquella de «Nosotros vamos a meter la tijera a todo, salvo a las pensiones, la educación y la sanidad». Y después, en el debate de investidura, Rajoy reiteró que no tenía intención de subir los impuestos. Fue ganar las elecciones, y el PP se negó a sí mismo una y otra vez. Y así fue como se instaló en el pensamiento popular eso de felicitar al presidente por su cumpleaños, porque eso significa que al menos una vez al año cumple algo.

Lo primero que pasó en cuanto ganó Rajoy fue que ya no estábamos intervenidos. Así, como por arte de magia, de un día para otro. A continuación se nos dijo que Zapatero, en el traspaso de poderes, les había ocultado la realidad económica de España. Si esto fuera así, que parece que sí, lo que no entiendo entonces es por qué los partidos —todos— se hincharon a prometer cosas que desconocían si podrían cumplir. En fin. Cómo no recordar a Esteban González Pons, en noviembre de 2011, diciendo que aspiraban a crear tres millones y medio de puestos de trabajo en esta legislatura. Así, ¿cómo no se van a encomendar a la Virgen del Rocío nada más llegar al Gobierno?

No fue necesario esperar mucho para saber la que se nos venía encima. En uno de los primeros Consejos de Ministros presididos por Rajoy, se apareció la vicepresidenta con cara de circunstancias para anunciar una subida de impuestos. Era 30 de diciembre de 2011. Feliz Navidad, feliz sablazo y feliz entrada en la legislatura de «la herencia recibida».

Según dijo Sáenz de Santamaría, el déficit resultó ser mucho más alto de lo que

había reconocido Zapatero. Así que subieron el IRPF, con la promesa de que sería una medida temporal, para dos años. Ahora sabemos que será para toda la legislatura, porque lo último que han prometido es que lo bajarán en 2015. Y eso sí me lo creo: es año electoral y hay que volver a ganar.

Subieron el IBI, el impuesto de bienes inmuebles, que en algunas ciudades ha llegado a superar el pago de la letra mensual por el piso. Después le tocó el turno al IVA porque, aunque el Gobierno decía que no estábamos intervenidos, la Unión Europea nos obligaba. Es más, Montoro ha llegado a admitir sin tapujos que no puede bajarlo porque no puede saltarse «el guión» de Bruselas. Vaya. Qué lejos quedaba en su memoria la campaña contra la subida del IVA de Zapatero que organizó el PP cuando estaba en la oposición. ¿La recuerdan? Recogieron firmas bajo el lema «No más IVA». Y cómo olvidar a Rajoy, en aquel multitudinario mitin de Dos Hermanas (Sevilla) en 2009, criticando la subida de impuestos del PSOE: «Empobrece a España, la liquida como país». Y añadía, aprovechando la presencia de un crío en el escenario: «Zapatero va a subir hasta el IVA de los chuches». Los chuches. Qué tiempos aquellos en los que parecía que, con Rajoy, los chuches iban a caer del cielo. Total, que no. Tanto el presidente como el ministro de Hacienda, para justificarse, repetían una y otra vez: «¿Alguien cree que a nosotros nos gusta subir los impuestos?». Ya, ya. Pero a nosotros tampoco nos gusta que nos los suban. Sobre todo, cuando nos habían prometido que no lo harían.

Las pensiones fueron el siguiente punto en el programa alternativo del PP. Primero no se revalorizaron, y al año siguiente las subieron un 0,25 % al margen del IPC, con la consiguiente pérdida de poder adquisitivo. Acto seguido llegó la revisión de la edad de jubilación. Y, más tarde, los recortes en Educación, seguidos del pago, repago y copago en la Sanidad. Los funcionarios no se libraron de la tijera y vieron eliminada su paga de la Navidad, y después se congeló el salario mínimo. Y así, un montón de medidas que cada vez casaban peor con el discurso triunfalista del Gobierno de que ya estábamos viendo la luz al final del túnel. También nos habían dicho por activa y por pasiva que íbamos a cumplir los objetivos de déficit, hasta que Bruselas nos tuvo que dar más tiempo para conseguirlo.

Es evidente que, si la confianza de los ciudadanos en las promesas políticas ya era baja, el PP ha contribuido a dejarla por los suelos. Y no sólo eso, sino que cada viernes la sola mención de la reunión de Consejo de Ministros nos hacía temblar. «¿Qué tocará hoy?», pensábamos.

Visto lo visto, resulta muy curioso que el Gobierno haya impulsado la controvertida reforma de la ley del aborto alegando que estaba en el programa electoral. A ver, pero ¿cuándo ha empezado a importarles el programa, que no nos hemos enterado?

En cualquier caso, incluso la afirmación del PP de que con la ley del aborto

cumple lo prometido es una verdad a medias. Ellos prometieron «una ley de protección a la maternidad con medidas de apoyo a las mujeres embarazadas». Y añadían: «Cambiamos el modelo de la actual regulación para reforzar la protección del derecho a la vida, así como de las menores». El programa electoral no decía que obligarían a las mujeres a tener hijos con malformaciones graves, por ejemplo.

Cuando Ruiz-Gallardón presentó esta reforma y empezaron a surgir voces críticas dentro del PP, el presidente del Congreso, Jesús Posada, declaró que estaba tranquilo, que no habría problemas en la votación, porque, según dijo, si consiguieron permanecer unidos durante la guerra en Irak, esto era pan comido. La dirección del partido también insistió en que no habría fisuras porque «los diputados están obligados a defender el programa electoral con el que se han presentado y que recoge la reforma». Ah.

En primer lugar, no la recoge tal cual. El enunciado es genérico. Y en segundo lugar, ¿nos están diciendo que los diputados sí hubieran podido saltarse la disciplina de voto en todas aquellas medidas que no estaban en el programa? Venga ya. Esto tampoco se lo cree nadie. Me resulta incluso cómico que el Gobierno argumente que quiere una ley del aborto consensuada, no como Zapatero, que la reformó «y no estaba en su programa electoral», dicen. ¿Y qué hacemos con todo lo que ha aprobado Rajoy sin estar en el programa? ¿Qué hacemos?

La opinión más extendida entre miembros del PP y periodistas concedores del asunto es que el Gobierno decidió impulsar una reforma tan regresiva del aborto con la intención de ganarse a los votantes más duros, más de derechas. A esos que se han enfadado, por ejemplo, con la derogación de la doctrina Parot y la excarcelación masiva de terroristas y violadores. A esos que podrían terminar votando a VOX, el partido que han fundado Ortega Lara y Santiago Abascal, y al que ya se ha sumado algún que otro miembro del PP, como Aleix Vidal-Quadras.

Ni siquiera han esperado a que el Tribunal Constitucional se pronunciara sobre el recurso que ellos mismos presentaron contra la norma de interrupción del embarazo aprobada por Zapatero. En mi opinión, esta ley del aborto es la prueba de que han cumplido el programa electoral cuando le ha interesado al partido, no cuando lo demandaban los ciudadanos. Y en caso de que no haya cambios sustanciales durante la tramitación parlamentaria, veremos a ver si no se convierte en un error estratégico colosal, en una «cagada», que es como me definió la ley de Gallardón un destacado diputado de su partido. Hay quien cree incluso que el ministro de Justicia ha enterrado con esta ley todas sus posibilidades de aspirar a la sucesión de Rajoy. Creo que Gallardón se equivocó sobre todo cuando, en una entrevista, declaró que él tendría un hijo con malformaciones graves «por convicción personal». Se equivocó porque los demás no tenemos por qué compartir sus convicciones personales ni tenemos por qué vivir en función de las mismas.

Los barones del PP se han zurrado en público con la excusa del aborto en un tono deplorable. Alberto Fabra llegó a acusar al presidente de Extremadura de opinar en función de lo que quieren sus socios de gobierno, los de Izquierda Unida, sin pensar en sus votantes. Y Monago, que no se corta un pelo, sentenció: «A ver si resulta que el único centrado que hay en el PP soy yo y los demás están un poco confusos en el tema del aborto». En definitiva, que se han dedicado a ponerse a parir, nunca mejor dicho. Y qué quieren que les diga, si éste va a ser el panorama cada vez que presumen de cumplir su programa, apaga y vámonos.

Veremos si al final no pasan también de esta ley. Porque empezaron diciendo que estaba muy bien, luego que bueno, que estaban dispuestos a hablar, luego que sí, que había que buscar un consenso, para que al final saliera el presidente del Gobierno a admitir que había «controversias» y que hablarían de la reforma de la ley del aborto «con delicadeza». Me veo que delicadamente terminarán por aprobar un texto que no lo conozca ni la madre que lo parió. En este caso, el padre.

Durante esta legislatura he llegado a la conclusión de que lo peor que le puede pasar a un político es que nadie le crea. Perder la confianza. Que su palabra no valga absolutamente nada. Porque además crea un efecto rebote que provoca una desconfianza generalizada hacia todos los partidos. Hacia los que cumplen y hacia los que no.

A Mariano Rajoy se le ha preguntado muchas veces por qué ha pisoteado su programa electoral. Y sus respuestas han sido sorprendentes. Podría haber pedido perdón, haber dicho que siente muchísimo el fraude a los ciudadanos, que nunca más volverá a prometer lo que cree que no puede cumplir, que le ha hecho sentir muy mal no poder ser fiel a su palabra... Y no, no. Para nada. Por ejemplo, en mayo de 2012, se lo preguntó Carlos Herrera en Onda Cero. Y Rajoy contestó: «Haré cualquier cosa que sea necesaria para sacar a España de esta situación, aunque no me guste y aunque haya dicho que no la iba a hacer». Más tarde, en septiembre de 2012, evitó una vez más hacer autocrítica y soltó en *ABC*: «Quien me ha impedido cumplir mi programa electoral es la realidad». Y se quedó más ancho que largo culpando a la realidad, a la misma realidad que propició su victoria electoral... Y en otra ocasión más reciente, en febrero de 2013, el presidente dijo en *The Economist*: «He incumplido mis promesas, pero al menos creo que he cumplido con mi deber». No sé, no lo veo claro. Que me expliquen si su deber no es cumplir las promesas con las que fue elegido presidente...

El día que la Policía registró la sede del PP en busca de indicios de contabilidad B, asunto del que nadie ha dado explicaciones a pesar de que también parece que forma parte del deber de los gobernantes, le leí algo muy divertido, a la vez que ácido, al periodista Manuel Jabois. «Termina el registro de 14 horas en la sede del PP sin rastro del programa electoral», escribía. El PSOE también vinculó ambas cosas,

asegurando que Rajoy se había presentado a las elecciones con un programa en A y otro en B, que es el que está aplicando. Y el día que Rajoy llegó al ecuador de la legislatura, yo escribí que él sólo llevaba un par de años, pero su programa electoral ya había sido catalogado como incunable.

Y es que, entre el descrédito del PP, el escándalo del caso Bárcenas y el resto de los problemas que les acompañan en el Gobierno, algunas reuniones internas de Génova se han convertido en un velatorio. Carlos Floriano recibió en octubre de 2013 a puerta cerrada a decenas de cargos públicos del PP de Madrid. Hablaban de asuntos como los recortes, las inversiones previstas en los Presupuestos Generales del Estado o de la política de comunicación del PP. En un momento dado, los testigos cuentan que tomó la palabra el alcalde de Robledo de Chavela y le espetó a Floriano: «Así no nos va a votar ni mi mujer. Somos un partido valiente pero, según vamos, no nos vota ni mi mujer». Es posible que a su mujer, como a tantos otros ciudadanos que todos conocemos, no le guste que le prometan algo, le creen una expectativa, y luego le dejen con un palmo de narices.

Todos deberíamos aprender, también los periodistas, que vivimos un momento en el que la sociedad exige un plus de honestidad, que nos hemos hecho adultos y estamos preparados para asumir la realidad, aunque duela. Y por eso mismo, seguramente lo más efectivo en este momento sea adoptar un discurso sencillo y sincero.

Zapatero explicó, una vez fuera del Gobierno, que él pensaba que contar las cosas con optimismo generaría optimismo. Pero yo tengo la impresión de que, al final, lo que provoca es una gran desilusión.

De modo que ante futuras citas electorales, nos interesa aprender a todos de la sabiduría popular cuando dice: la lengua larga es señal de mano escasa. Porque si no, dadas las circunstancias, no veo por qué no puedo terminar yo este capítulo asegurándoles que, si han comprado este libro y han llegado leyendo hasta aquí, les regalaremos una casa en la playa, un viaje al Caribe y unos chuches. Prometido.

16
La wertborrea



José Ignacio Wert es, sin duda, uno de los miembros más controvertidos del Gobierno de Rajoy. Es un polemista nato, que confesó en RNE: «A veces me sorprendo de las frases que he llegado a pronunciar». Y nosotros, ministro. Y nosotros.

No es sencillo ser ministro de esa cartera en un país que, desde 1970, ha aprobado la friolera de doce leyes orgánicas sobre educación. El Gobierno del PP no quiso ser menos y encomendó a Wert cambiar la ley otra vez. Es una tarea muy complicada porque, como ya hemos visto, es una materia que rara vez ha concitado la unanimidad o el aplauso del resto de los grupos parlamentarios y de toda la comunidad educativa.

Lo que no conocíamos cuando le nombraron era su afición a meterse en todos los charcos y chapotear alegremente de manera temeraria. Tanto es así que, más de una vez, cuando se había mojado de pies a cabeza en la defensa de sus políticas, encontrándose ya completamente empapado, ha tenido que rectificar.

Recuerdo aquel día que el Ministerio de Educación decidió que iba a elevar la nota para obtener becas generales de estudio del 5,5 al 6,5. La comunidad educativa puso el grito en el cielo. Y el PP, también. En todo este tiempo he aprendido que si uno ve al portavoz en el Congreso, Alfonso Alonso, opinando sobre algo, hay que tomárselo en serio. No es un bocazas. Es una voz autorizada que no va por libre. De modo que cuando Alonso salió públicamente a decir que había que garantizar la igualdad de oportunidades, al margen de que también se primara el esfuerzo, quedó patente que Wert tendría que dar marcha atrás. También hubo barones, como Monago en Extremadura, que desafiaron al ministro y anunciaron que darían una beca compensatoria a todos aquellos estudiantes que no llegaran al 6,5. Al margen del desgaste que le supuso a Wert esta polémica, sus declaraciones al respecto le causaron más de un disgusto.

Después de todo lo que llevan ustedes leído, me gustaría que esto no sonara a reproche, pero es que Wert habla demasiado claro. Se le entiende todo. Y como no estamos acostumbrados a que los ministros sean políticamente incorrectos, su verborrea nos provoca sobresaltos.

En aquellos días, el ministro argumentó su postura diciendo que un estudiante que no llega al 6,5 no está «bien encaminado». Yo no sé si estará bien encaminado o no. Lo que sí sé es que, dependiendo de qué carrera estudies, hay factores a tener en cuenta. Por ejemplo, en Periodismo, que es algo que yo conozco, es muy importante hacer prácticas. Al menos, en mi opinión. Yo no necesité una beca para estudiar pero, por exponer mi caso, en 3.º de carrera trabajaba por las mañanas en Onda Cero Pamplona e iba a clase por las tardes. Y el 4.º curso lo terminé a distancia porque ya me habían contratado en la Cadena COPE. Seguramente, mi nota media podría haber sido más alta si no hubiera simultaneado los estudios con las prácticas; pero es que lo segundo me parecía casi más importante que lo primero. Así que desde mi punto de

vista, Wert se equivocaba en su juicio, ya que personas que estuvieran en una situación similar a la mía, dedicando tiempo al aprendizaje práctico de su profesión, podrían poner en peligro su beca sin ser unos vagos y, precisamente, por buscar la forma más directa de encaminar su futuro.

Tres cuartos de lo mismo le pasó con el periplo parlamentario de la Ley de Educación. Entre otros muchos episodios que nos ha dejado esta ley, voy a detenerme en el más polémico de los que yo viví.

Por regla general, en La Sexta, los asuntos de este ministro corresponden a la sección de Sociedad, no a la de Nacional, que es en la que yo trabajo. Pero las sesiones de control en el Congreso sí las seguimos nosotros, los redactores de Política. Aquel día de principios de octubre de 2012, un diputado del PSC le preguntaba a Wert si de verdad creía que el auge del independentismo procedía de la educación que se imparte en Cataluña. Y añadía: «En Cataluña, no se adoctrina. Se educa». Además, acusó al ministro de «dividir entre catalanes y españoles, entre buenos y malos». Y ahí es cuando Wert, lenguaraz, respondió: «Nuestro interés es españolizar a los niños catalanes. Que los niños catalanes se sientan tan orgullosos de ser catalanes como de ser españoles».

Españolizar. ¿Puede existir una palabra más fea, más rancia y menos diplomática, tratándose de un ministro que quiere convencer? ¿No se puede decir lo mismo de otra manera más elegante? Españolizar sonaba a imposición, cuando se supone que una de las dotes de un ministro debería ser la persuasión. CiU le llamó «neofranquista», le acusaron de tener «una visión preconstitucional de España», otros partidos catalanes tildaron su discurso de «salvajada», el PSOE opinó que sus palabras daban miedo y definió al ministro como «segregador», y las asociaciones de padres de alumnos llegaron a decir que Wert tenía «nostalgia de la dictadura franquista».

Por si esto no fuera suficiente, lo peor para Wert estaba por llegar. Rajoy fue preguntado por esta metedura de pata en una comparecencia en Francia. Y respondió: «Hay que volcar todas las energías en la solución de la crisis y no crear más problemas». No crear más problemas. Suficiente para que se entendiera como un tirón de orejas al ministro. Pero a la desafortunada aseveración de Wert aún le quedaba un tortuoso camino por recorrer. Un calvario. El 12 de octubre, en el desfile de la Fiesta Nacional, el rey expresó su malestar ante las cámaras. El desfile es a media mañana y no nos dio tiempo a verlo para el informativo del mediodía. Sin embargo, por la tarde, sí. En las imágenes se apreciaba cómo el rey llegaba al desfile, saludaba a todos los ministros, se paraba a hablar un poco con Wert y, al término del acto, se acercaba a Rajoy. Y se le podían leer los labios cuando decía: «... españolizar a los catalanes del pobre Wert...». Tres minutos de conversación entre el monarca y el presidente, en los que don Juan Carlos también le comentaba: «Ya se lo he dicho. Está muy mal lo que ha hecho». La Casa Real desmintió todo esto después, pero la

verdad es que se veía con bastante claridad.

De todos modos, ni siquiera la amonestación del rey sirvió para que Wert se bajara de la burra. Pocos días después, concedió una entrevista al diario *El Mundo* en la que aseguraba que no rectificaba «ni una coma» de sus palabras sobre «españolizar a los niños catalanes». Por aquellos días, y dado el desapego y la moral tan baja que tienen los ciudadanos españoles con respecto a casi todo lo relacionado con este país, yo me preguntaba si Wert no se habría quedado corto y debería haberse fijado un objetivo más ambicioso: españolizar a los ciudadanos españoles.

Otro de los patinazos más sonados de Wert sucedió con las becas Erasmus. De pronto, y con el curso ya empezado, el ministro no tuvo otra idea mejor que endurecer los requisitos de acceso a esas ayudas. Para colmo, nos enteramos porque apareció en el Boletín Oficial del Estado el 29 de octubre de 2013. Allí se decía que para recibir el dinero de la beca europea, había que ser beneficiario de una beca general española, lo que significaba que el presupuesto se reducía de sopetón casi a la mitad. Traducido a economía básica, era un recorte en Educación como la copa de un pino, de esos que el PP en campaña dijo que no iba a hacer.

Al día siguiente de que trascendiera la noticia, Wert la defendió con entusiasmo en la COPE: «Les estamos pidiendo un sacrificio a las familias con más recursos para dar a otras personas una oportunidad de movilidad». De inmediato, todo el partido se puso en contra de Wert. Incluso las Nuevas Generaciones se desmarcaron. Pero, inasequible al desaliento, el ministro erre que erre defendía el recorte. Y siguió haciéndolo hasta pocos minutos antes de rectificar, sin admitir que estaba rectificando, claro. La rueda de prensa de la marcha atrás se produjo en el Senado, a las cuatro de la tarde. Dos horas antes, la secretaria de Estado de Educación aún estaba defendiendo el recorte en una entrevista radiofónica.

Wert compareció, admitió que había estado hablando durante toda la mañana con Rajoy, con la vicepresidenta y con el ministro de Hacienda y que, durante el curso que estaba en marcha, se iban a mantener las becas Erasmus tal y como estaban. Lo que viene siendo una rectificación en toda regla. Pero, a pesar de ello, Wert intentó convencernos de que no lo era en absoluto, que no le habían obligado a dar un paso atrás, que se trataba de una «iniciativa» de su departamento. El ministro se había quedado solo, una vez más.

Wert no está muy bien visto en el PP. Y no creo que sea sólo por su gestión, que también, sino porque no es un hombre de partido, no es de los que ha estado toda la vida allí, y en Génova no se le considera «uno de los nuestros». Lo mismo le pasa a De Guindos, con la diferencia de que el ministro de Economía es bastante más discreto y eficaz.

No contento con su último desastre, Wert la lio de nuevo cuando su departamento dijo que la UE sí se estaba replanteando cambiar el sistema de reparto de becas para

el curso siguiente, y que con ello iba a perjudicar a España. La Comisión Europea salió al paso calificando de «basura» esa información. Con todo este panorama, Wert fue preguntado en diciembre de 2013 si había pensado alguna vez en tirar la toalla. Y contestó: «Yo sólo tiro la toalla, con cierto desorden, al salir de la ducha». Ay. ¡No, por favor! ¿Era necesario ser tan gráfico? Pues vale. Con la toalla, ya sabemos qué hace. Y con la manta también, liársela a la cabeza.

En enero de 2014, Wert estuvo con Ana Pastor en *El objetivo*, en La Sexta. Y dijo, con evidente cara de satisfacción, que en el curso siguiente se iban a mantener las becas Erasmus. No había terminado el mes cuando el ministro ya tenía otro discurso: para ahorrar, se iba a reducir el tiempo de estancia en el extranjero. Cuando este libro vea la luz, es posible que Wert haya cambiado de idea otra vez. Pero entiendan que, si espero al ministro para actualizar el capítulo de las Erasmus, nunca lo publicaré.

En una entrevista en Antena 3, le preguntaron al ministro por el tono de sus intervenciones en el Congreso, tan impropio a veces de un miembro del Gobierno. «Yo en el Parlamento soy un portento de humildad, de educación», contestó humildemente Wert. Después le reconoció a Ana Pastor que era una ironía, pero evidentemente no se entendió así.

El portento de humildad y educación compareció sin aceptar preguntas en su día más grande: la sesión parlamentaria en la que salió adelante la Ley de Educación sin el apoyo de ningún grupo, ninguno. Después de la votación, se situó ante el micrófono del Congreso, habló durante dos minutos y se marchó a todo correr. Dicen que tenía catarro. Bueno, aceptamos tos como animal de compañía. Y evitaremos pensar que todos los miembros silentes del Gobierno, cuando salen corriendo, están aquejados de una pulmonía. En todo caso, y dado que fue una huida bastante excepcional en Wert, no les puedo negar que, a estas alturas, la incontinencia verbal del titular de Educación le convierte en alguien muy interesante para la prensa.

Aunque mucho me temo que el interés no es recíproco. De hecho, un día, saliendo del Congreso, numerosos periodistas le rodearon para preguntarle por la huelga de estudiantes que estaba teniendo lugar en España en ese momento. Y una cámara captó a Wert diciendo: «Esto es una jungla y yo sin machete». No hace falta dejar volar mucho la imaginación para saber el amor que, al menos en ese momento, sentía el ministro hacia la prensa. Y eso que su hijo ejerce como periodista, aunque creo que está especializado en cine. En cine.

Parece ser que al ministro Wert también le apasiona, sin embargo llegó la gala de los Goya y dio la espantada. Alegó «problemas de agenda» y se montó una reunión de trabajo en Londres. El ministro de Cultura no tenía tiempo para estar en la cita más importante del cine español. Problemas de agenda, no sé. Un papelón, seguro que sí. Dio la sensación de que Wert huía de los abucheos y las posibles críticas a su gestión

por parte de los actores. Aunque con todas las pitadas que le caen allá por donde pisa, yo pensaba que ya tendría callo.

Y miren, les voy a recordar una cosa más sobre Wert. Quizá sea casualidad, pero menuda casualidad... A mediados de diciembre de 2013, se votó en el Congreso una petición del PSOE para reprobar al ministro de Educación. PP y Unión del Pueblo Navarro se opusieron. La anécdota la protagonizó la vicepresidenta del Gobierno que, a la hora de darle al botón, votó sí a la reprobación de Wert. Nunca hemos sabido por qué Soraya Sáenz de Santamaría, tan eficaz y tan perfeccionista, se equivocó aquel día. Eso nos dijeron, que había sido un error. A estas alturas de la película, yo ya no sé qué pensar. Y respuesta para esto no tengo: puede resultar sorprendente, pero aquel viernes en La Moncloa tampoco me dejaron preguntar.

No se vayan, que ahora vuelvo: tengo que ir a asegurarme de que, mientras escribía este párrafo, no ha habido ninguna novedad sobre las becas Erasmus.

17

Bla, bla, bla



La Real Academia Española, en su diccionario, define como bocazas a aquella persona que habla más de lo debido o acostumbra a decir indiscreciones. Creo que tarde o temprano incluirán una segunda acepción que diga «véase Jorge Fernández Díaz».

A lo largo de este libro he lamentado numerosas veces la falta de explicaciones por parte del PP en asuntos clave. Así que ahora puede parecer contradictorio que me queje porque Wert o el ministro del Interior hablan mucho. Pero el problema en su caso es la diferencia poco sutil que existe entre hablar mucho y hablar demasiado. Sirva a modo de ejemplo de esto que digo el caso de un dirigente político capaz de anunciar que hay varios detenidos por su relación con ETA antes de que los guardias civiles responsables de la operación hayan salido siquiera del cuartel.

Esto le pasó a Fernández Díaz en enero de 2014. El Ministerio del Interior lanzó una nota informativa con el resultado de una operación contra los abogados de los presos etarras. Pasados unos minutos, pidió a los medios que la anularan, a pesar de que algunos ya se habían hecho eco de los arrestos. En ese momento, los agentes ni siquiera se habían puesto en marcha. Es decir, un desastre mayúsculo. Hubo ocho detenidos y las Fuerzas de Seguridad del Estado se incautaron de abundante material. Aun así, el juez de la Audiencia Nacional, Eloy Velasco, dijo que los arrestados habían tenido tiempo de destruir pruebas. Lo explicaba con todo lujo de detalles en el auto en el que les mandaba a prisión. Algo muy grave, en mi opinión.

Esa misma tarde, Fernández Díaz compareció para sacar pecho y presumir de que se había dado un paso más en la disolución de la banda terrorista ETA. No admitió preguntas y, por lo tanto, no tuvo que responder por el error garrafal que había cometido Interior. No dio explicaciones ni ese día ni esa semana. Bueno, sí. La conclusión a la que llegó el ministerio, y así nos lo hizo saber a los medios, es que había sido un «error humano». Pues muchas gracias, ya imaginábamos que había sido un error cometido por una persona y no por un elfo. Pero Fernández Díaz seguía sin dar la cara. La Fiscalía abrió una investigación para saber qué había pasado y la cerró en 24 horas. Fernández Díaz seguía sin dar la cara. Y de pronto, dos días después, echó a su jefe de prensa. Oh, ahí la teníamos: por fin la cabeza de turco, cortadita y expuesta como ejemplo de una depuración de responsabilidades drástica y ejemplar.

Debo decir que por lo que he visto en los años que llevo en esto y por los jefes de prensa de ministerios que conozco, estoy segura de que ninguno actúa sin recibir la orden o el permiso de su superior. Y menos aún tratándose de una información tan sumamente delicada. Así que me extraña que pudiera ser éste el caso: que un director de comunicación vea una nota con el balance de una operación antiterrorista y diga: «Mira, qué bonito esto y qué bien nos va a venir. Voy a mandárselo ahora mismo a los medios de comunicación». Fernández Díaz siguió sin dar la cara. Y los suyos la sacaron por él.

Los dirigentes del PP salieron en tromba a decir que lo más importante era el resultado, que varios colaboradores de ETA habían sido detenidos y que era en eso en lo que había que centrarse. Cuando estoy con el micrófono escuchando ese tipo de declaraciones, hay segundos que pienso: «¿Seré mema y resulta que este señor tiene razón cuando dice que me estoy desviando de lo verdaderamente trascendente? ¿Si repregunto sobre este escándalo este hombre se girará y me asesinará? ¿He perdido el criterio informativo? ¿Me está tomando el pelo o se me ha ido la pinza completamente y confundo lo importante con lo anecdótico?».

Y entonces, una alarma salta dentro de ti, recuerdas que el error del ministerio ha tenido consecuencias y recuperas lo que tú crees que es el sentido común. Y repreguntas, si puedes. También es útil, en medio de escándalos como éste, pararse a hacer memoria y pensar qué habría dicho el PP si estuviera en la oposición y el metepatas hubiera sido un ministro del Interior socialista. Es un ejercicio muy divertido: enseguida brotan las palabras irresponsable, dimisión, nos merecemos una explicación de por qué ha puesto en riesgo una operación policial y bla, bla, bla. Y así, con este doble rasero, van transcurriendo todas las legislaturas.

Pero es que además, y para más inri, Fernández Díaz es reincidente. En julio de 2012, en una entrevista radiofónica, decidió anunciar que a lo largo del día llegarían «buenas noticias desde Francia». El ministro estaba adelantando la detención de un etarra. Los sindicatos policiales calificaron esta indiscreción de «patinazo». A veces he llegado a pensar que lo de Fernández Díaz son entrañables homenajes a Gila. «Hola, ¿es el enemigo? Que se ponga. Mire, es que le vamos a detener. Sí, sí, espere un poco más. ¡Estamos llegando!»

En aquellas mismas fechas, el juez Gómez Bermúdez insinuó que el ministro había cometido un delito de revelación de secretos. Fernández Díaz había comparecido para informar de la detención de los posibles secuestradores de Publio Cordón y dio demasiados datos en rueda de prensa; datos protegidos por el secreto de sumario. Entre otras cosas, contó que el empresario zaragozano, secuestrado por los GRAPO en los noventa, había muerto quince o dieciséis días después de caer en manos de los terroristas. Tuvo un accidente cuando intentaba huir.

Pero, por favor, no se vayan todavía, porque aún hay más... Después del golpe policial contra la mafia china en España, liderada por un individuo llamado Gao Ping, Fernández Díaz se animó a hablar del tema en un viaje a Rumanía. Y ni corto ni perezoso, les dijo a los medios que próximamente habría nuevas detenciones y que «algún nombre» podría sorprender. A lo que añadió, tan contento, como presumiendo de su discreción: «No lo voy a decir, evidentemente, como pueden entender perfectamente». Pues mire, sí. Lo entendemos. La segunda parte la entendemos. La primera, no.

Hay otro aspecto muy destacado de la personalidad de Jorge Fernández Díaz y es

que es un hombre de profundas creencias religiosas. No lo oculta. En marzo de 2013 se posicionó contra el matrimonio gay: «Existen argumentos racionales que dicen que ese matrimonio no debe tener la misma protección por parte de los poderes públicos que el matrimonio natural. La pervivencia de la especie, por ejemplo, no estaría garantizada». ¿Y las parejas heterosexuales que no tienen hijos? ¿Qué hacemos? ¿Les impedimos que se casen si eso es lo que quieren con el argumento de que no garantizan la pervivencia de la especie? Si tengo que elegir, yo prefiero a las personas respetuosas que no hacen daño a nadie en su espacio personal, que a las que pretenden condicionar la vida privada de los otros con este tipo de argumentos tan de Atapuerca.

Debido a sus profundas convicciones religiosas, supongo, dice también cosas como que el aborto es comparable a ETA. Así, a lo loco. Lo hizo en mayo de 2013, cuando comparecía en rueda de prensa para dar cuenta de las últimas detenciones de terroristas. Le preguntaron por la reforma legislativa que estaba planeando Gallardón y contestó: «Primero hablamos de lo de hoy y luego de otras cosas, porque el aborto tiene poco que ver con ETA. Bueno, tiene algo que ver... Pero, en fin, no demasiado». Y, acto seguido, afirmó que estaba de acuerdo «de la A a la Z» con el ministro de Justicia. Tres horas después, Interior hizo pública una nota aclaratoria en la que señalaban que Fernández Díaz «en ningún momento» había querido «establecer una comparación entre las personas que deciden abortar y los terroristas etarras». ¡Será posible! ¡Si lo habíamos oído! Dijo que el aborto «tiene algo que ver» con ETA. Lo dijo. Está grabado. Otra vez un dirigente político pensando que somos lerdos. Y ya van...

A mí una de las cosas que más me sorprende de los miembros del Gobierno es cuando miran al cielo esperando el milagro. ¿Usted quiere un discurso de altura? ¿Alternativas? ¿Datos? ¿Hechos? Pues siéntese un momentito, que vamos a sacar el santoral y le vamos a dar una clase de catequesis. El propio Fernández Díaz nos dijo en enero de 2014 que está convencido de que santa Teresa de Jesús actúa de «intercesora» para España «en estos tiempos recios». Sí, le ha quedado preciosa la ley del aborto a santa Teresa; una reforma muy necesaria precisamente en estos tiempos recios.

Y luego está la ministra de Empleo, Fátima Báñez, que se encomendó en 2012 a la Virgen del Rocío. «De la Virgen, un capote siempre llega —declaró Báñez—. Esta aliada privilegiada y esta embajadora universal de Huelva, que es la Virgen del Rocío, y que nos ha hecho este regalo en nuestra salida de la crisis y en nuestra búsqueda de bienestar todos los días de los ciudadanos. Esto se merece un ¡Viva la Virgen del Rocío!». Viva, viva. Pero, oiga, qué poco piadosa es la Virgen del Rocío, que impulsa contratos precarios, inestables, con unos sueldos que ya ni mileuristas y que tiene a seis millones de personas en paro y a miles de hogares sin ingresos.

¿Cuánto de la gestión de Báñez corresponde a la Virgen y cuánto a ella? Porque, dependiendo de cuál sea la respuesta, que pongan a Rouco Varela de ministro de Empleo, que tiene más confianza con Dios...

A lo largo del libro hemos hecho un repaso por los episodios más destacados de incontinencia verbal protagonizados por miembros del Gobierno. Pero esa lista se quedaría incompleta si no incluyéramos a José Manuel Soria en ella. En diciembre de 2013 habló con excesiva alegría, y eso que el ministro de Industria tiene un perfil nada alegre y bastante discreto.

Sucedió a raíz de la subasta eléctrica que fijaba la subida de la factura de la luz para 2014 en el 11 %. Se trataba de un encarecimiento escandaloso desde cualquier punto de vista, pero si además te están vendiendo la moto de que 2014 va a ser el año de la recuperación económica, que lo vamos a notar y que ya queda menos para llegar al final del túnel, parece un sarcasmo.

Soria salió a la palestra para denunciar que en la subasta se había producido «una burda manipulación», pero no dijo de quién o quiénes, qué indicios tenía o qué había pasado. El Gobierno anuló la subasta, para tranquilidad de todos los ciudadanos. Sin embargo, tras el júbilo inicial, la pregunta inevitable era: ¿qué había pasado con las subastas anteriores? Y más. ¿Qué garantías teníamos de que siempre habían sido limpias? ¿Hasta dónde llegaba la indefensión de los españoles ante todos estos supuestos chanchullos? ¿Podía el Gobierno de España hablar de «una burda manipulación» y no dirigirse a los tribunales? En paralelo a la irrupción de este escándalo, Infolibre reveló que Soria había ocultado parcialmente a la opinión pública un informe de la Comisión Nacional del Mercado de la Competencia que cuestionaba las veinticinco subastas anteriores.

El último Consejo de Ministros de 2013 pasó olímpicamente del 11 % recomendado y aprobó una subida de la luz del 2,3 % para el primer trimestre del año. Las eléctricas montaron en cólera. Dijeron que su comportamiento había sido «absolutamente ético», recriminaron a Soria sus acusaciones y dejaron claro que no era «admisible» que un ministro se pronunciara en esos términos. Y en éstas nos encontrábamos cuando Competencia le enmendó la plana al Ministerio de Industria. En su informe admitían que sí habían detectado «circunstancias atípicas» en la subasta, pero no apreciaban «burda manipulación» por ningún lado y, por lo tanto, no iban a imponer ninguna sanción. Es obvio que si hubieran utilizado ese término estarían admitiendo la existencia de un delito... El Gobierno reaccionó anunciando que cambiaría el sistema de subastas para que fueran más transparentes y, por lo tanto, más justas. Pero Soria no rectificó sus acusaciones.

De hecho, en enero de 2014, a la entrada de un Comité Ejecutivo del PP, le preguntamos por las conclusiones de Competencia. El ministro evitó pronunciar la palabra «manipulación», pero insistió en que ese organismo le había dado la razón. Y

aquí paz y después, gloria. Pero tranquilidad, ninguna. Porque aquí seguimos ustedes y yo sin saber si llevamos meses o años pagando un sobrecoste por la electricidad. Qué oscuro está todo, ¿no?

18

¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?



Los que aún recuerden sus clases de literatura del colegio sabrán que la picaresca es un género que nació en España y que somos el país que dio a luz al Lazarillo de Tormes.

De modo que esto que les voy a contar a continuación es un clásico español: un personaje público es acusado de un comportamiento reprochable y su reacción inmediata es «Yo no sabía nada». Ésta es la respuesta más común, pero admite muchas variantes: se puede acusar al juez de persecución, involucrarse en la bandera y decir que es un ataque a todo el país, decir sencillamente que es mentira o el no va más: que, por eliminación, la culpa sólo pueda ser del chachachá.

Seamos claros. Hay casos para parar un tren. En todos los partidos e instituciones. Recuerden, por ejemplo, a Felipe González asegurando que él se había enterado de la existencia de los GAL por la prensa. Me asombra que intenten zanjar los temas con este tipo de respuestas porque, oiga, su responsabilidad también es estar al tanto de lo que pasa en su gobierno, que sus subordinados no actúen por libre. Si usted no se entera, tiene también parte de culpa.

Como periodista, yo he vivido de cerca dos historias: la de Ana Mato y la de la infanta Cristina. Y, curiosamente, ambas tienen algunas cosas en común. Sus maridos han sido acusados de corrupción y ellas, como principal línea de defensa, aseguran que nunca se enteraron de nada.

La ministra de Sanidad se vio salpicada por la relación de su ex marido con la trama Gürtel. A Mato no le constaba que Correa le hubiera regalado a su esposo un Jaguar, a pesar de que por aquel entonces todavía estaban oficialmente casados. Yo les confieso que si apareciera semejante cochazo en mi garaje protagonizaría un ataque de euforia desmedida, acompañada de gritos histéricos y seguramente tacos, pero después del subidón, me haría alguna pregunta. Pero ella no. Nada. A Mato no le constaba nada. Tampoco le constaba que, una vez separada, la red corrupta le costeara viajes para ella y para sus hijos a Eurodisney. Ni idea, oye. Quizá entre tanta fiesta y tanto viaje, no le quedaba tiempo para hacerse preguntas. El PP, en privado, es comprensivo con la ministra. Dicen que ella y Jesús Sepúlveda llevaban mucho tiempo sin convivir, pero que no lo habían reconocido abiertamente porque Ana Mato no quería dar un disgusto a su familia, que es muy tradicional. Por descontado, ésta es una cuestión muy personal y no debemos juzgarla. Pero lo que sí juzgo es la falta de explicaciones públicas de Mato frente a las acusaciones que relacionaban a su marido con Correa. Porque vamos a creer que ella no sabía nada. Vale. Eso no rebaja el hecho de que disfrutó de la generosidad de la trama, aunque fuera indirectamente. Y, por lo tanto, pienso que los españoles tienen derecho a conocer su versión en detalle sobre lo que ocurrió. Mato ha hablado del asunto dos o tres veces nada más, en canutazos ultrasónicos, en los que siempre ha mantenido que es su ex marido el que debe responder por lo que hizo. Y punto. Me parece insuficiente.

Yo diría que Mato es la ministra que menos ruedas de prensa ha dado en esta legislatura. Su entorno cuenta que Rajoy valora mucho su labor y la verdad es que Mato es una persona muy trabajadora. Al parecer, fue el presidente quien, en plena tormenta, le sugirió a la ministra que aplicara su estrategia estrella: no entrar a rebatir las acusaciones y esperar a que pasara el chaparrón. A Rajoy le ha dado buen resultado. A Mato, también. Y, sin embargo, la estrategia inversa le ha salido muy mal a Cospedal. Se ha pasado el chaparrón, pero no sé si Mato ha conseguido convencer con su imagen de esposa ignorante y engañada. Tengo serias dudas.

Algo parecido le pasó a la infanta Cristina. Su esposo tenía montadas sociedades a través de las que parece ser que desviaba dinero público para su uso y disfrute. En su comparecencia ante el juez declaró cientos de veces «Lo desconozco», «No me consta» y «No lo sé» o «En casa no hablábamos de negocios». Es decir, que ella no sabía nada. Con el agravante de que los duques de Palma sí estaban juntos, convivían y gastaban mucho dinero. ¿De dónde pensaba ella que salía la pasta? ¿Era directiva de las sociedades y no le interesaba nada de dónde procedían los ingresos? ¿Trabaja en La Caixa, pero lo ignora absolutamente todo de las finanzas domésticas? Igual no es un chiste, pero es muy gracioso. Las cosas como son.

A diferencia del caso Mato, aquí el Gobierno sí se ha mojado. Y de qué manera. En esta historia de la infanta me voy a detener, porque el Ejecutivo de Rajoy nos ha dejado grandes momentos para intentar parar el golpe y proteger a la Casa Real. Y es que éramos pocos y parió la abuela. Eso es lo que debió de pensar Zarzuela cuando, estando ya la hija del rey en el punto de mira del juez, los medios publicaron que, según Hacienda, doña Cristina había vendido trece propiedades por casi un millón y medio de euros en el año 2005.

Se trataba de fincas y tierras que presuntamente poseía en Alicante, Ciudad Real y Barcelona. La Agencia Tributaria le envió esta información al juez que instruye el caso Nóos. El entorno de la infanta aseguró que esa información era «falsa» y así es como el Gobierno se vio de pronto metido en otro follón en junio de 2013.

Para no variar las costumbres, pasaron tres días hasta que alguien dio una explicación. Entonces, el Ministerio de Hacienda emitió una nota en la que decía que se había producido un error con el DNI de la infanta, el 14Z, que, como todo el mundo sabe, es un número de identidad muy común... Tan común, que sólo la Familia Real tiene documentos de dos dígitos. Cuando suceden estos errores, uno se pregunta de inmediato cómo funcionan las cosas en Hacienda: porque si a la Agencia Tributaria le figuraba que doña Cristina había hecho ciertas operaciones económicas, entiendo yo que tendría que haber pagado impuestos. Ella o los lugareños que compraron y vendieron las fincas. Es lo que me dice el sentido común, sin ser experta en la materia. O sea que, en el momento en el que se efectuó la venta con el DNI 14Z, Hacienda tendría que haber reclamado a la propietaria su parte de los impuestos y, de

esa forma, la infanta se hubiera enterado de lo que estaba pasando, hubiera arrojado luz y no habrían necesitado tantos años para darse cuenta del error. ¿O es que nadie tributó por la compraventa de las fincas?

El departamento que dirige Cristóbal Montoro lanzó balones fuera y señaló en su comunicado a notarios y registradores como responsables del enredo. Es decir, que al rellenar el formulario en el que figuraban los pormenores de la operación, ellos se habían equivocado en la casilla del DNI. Ambos colectivos se apresuraron a negarlo, lo que aumentó las sospechas sobre la connivencia de Hacienda con la infanta. Al margen del comunicado oficial, lo único que pudimos sacar en aquel momento fue una imagen de Montoro dando la espantada en el Senado. No tenía nada que decir. Y la verdad es que teniendo en cuenta que el error o lo que fuera que estaba pasando se habría producido en la época de Zapatero, y por tanto no era del todo culpa suya, no entiendo su huida.

Pocos días después, en el Congreso, sí respondió a la prensa. Y declaró: «No vean fantasmas volando. Son errores puramente administrativos, que no perjudican la calidad del proceso judicial». Pero seguía sin ser capaz de explicar cómo había podido producirse un error tan grave. «Técnicamente, no sé qué ha pasado. Tengo que esperar a que termine la investigación», reiteraba Montoro, mientras señalaba que «la vida es así» y pedía disculpas una y otra vez a la Casa Real. Hombre, estarán conmigo en que el sainete era de tal calibre, que parecía muy fácil ver fantasmas volando.

Entonces compareció en la rueda de prensa posterior al Consejo de Ministros y, aunque aún no se conocían los resultados definitivos de la investigación interna en Hacienda, Montoro soltó: «Hay gente que entiende que su vida y su participación en la vida pública es equivalente a escribir novelas negras. Yo los vería mejor como escritores de novela negra que describiendo lo que en realidad ocurre». Muy divertido todo. O sea, él no sabía todavía con certeza qué había pasado, pero ya tenía claro que la prensa, por mostrar sus dudas al respecto, se estaba montando una novela negra.

Varios días después, ya de noche, Hacienda hizo públicas sus conclusiones definitivas. La Agencia Tributaria admitía errores en dos de las trece propiedades supuestamente vendidas por la infanta. Los otros once, insistían, eran culpa de notarios y registradores. Es decir, que todos los responsables de dejar constancia de la transacción, en mayor o menor medida, se habían equivocado, precisamente con el DNI de la hija del rey. Que no habían rellenado bien las casillas. Pero, eh, no vean fantasmas volando.

Lo que sí vimos volar fue la cabeza de la directora de la Agencia Tributaria, Beatriz Viana. La cabeza de turco recibió el tajo el último viernes de junio. Llegamos a la rueda de prensa del Consejo de Ministros, en la que comparecían la vicepresidenta y, nuevamente, el ministro de Hacienda. La presión sobre Montoro

seguía siendo bastante fuerte debido a la poca verosimilitud de la versión oficial. Soraya Sáenz de Santamaría, en su intervención inicial, sorprendió al anunciar que la directora de la Agencia Tributaria había decidido dejar el puesto de forma «voluntaria». Cuando comenzaron las preguntas, nos dirigimos a Montoro para que diera algún detalle más y, sobre todo, para que nos confirmara que la dimisión de Viana estaba relacionada con el esperpento del DNI 14Z. Y nada, que otra vez nos habló como si fuéramos párvulos. El ministro contestó: «Relacionarlo con ello no se entiende». Señor Montoro, lo que no se entiende es la cadena de equívocos con la infanta. Ninguno de los periodistas que estábamos en La Moncloa creímos íntegramente su versión.

Todos los medios vinculamos ambas cosas, claro que sí. Es más, con la dimisión o destitución o lo que fuera aquello, se rebajó considerablemente la presión sobre el ministro. Por lo tanto, objetivo conseguido. Es verdad que los inspectores de Hacienda siempre han cuestionado la versión oficial. Lo siguen haciendo aún hoy, porque consideran que el error no fue suficientemente investigado ni explicado. Pero Montoro estaba ya a otra cosa. No pasó mucho tiempo hasta que se le originó otro incendio relacionado con la infanta. Pero, eh, no vean fantasmas volando.

A finales de 2013, *El Mundo* reveló que Hacienda había decidido dar por buenas facturas de Aizoon que antes había considerado «ficticias», justo cuando la reimputación de la infanta estaba a punto de producirse. ¿Y qué significaba eso? Pues que de esta forma el juez Castro tenía complicado poder acusar a doña Cristina de un delito fiscal. Por resumir: con esas facturas que ahora la Agencia Tributaria consideraba verdaderas, la hija del rey no alcanzaba la barrera de los ciento veinte mil euros de fraude por ejercicio y, por lo tanto, no incurría en delito. Montoro nunca lo ha explicado.

El juez que instruye la causa contra Urdangarin ignoró las triquiñuelas de Hacienda, y en enero volvió a imputar a la infanta por delito fiscal y blanqueo de capitales. Castro no parece creerse a pies juntillas que ella no supiera nada y viviera gastando dinero a espuestas sin preguntarse de dónde salía. Por mucha fe en el matrimonio y mucho amor hacia su marido que tuviera, como argumentaron los abogados en defensa de doña Cristina.

Creo que el mejor resumen de lo que es el sentir del Gobierno hacia los problemas judiciales de la infanta lo hizo el ministro de Exteriores en los pasillos del Senado. Fue en mayo de 2013. El juez Castro había imputado por primera vez a la infanta, pero la Audiencia de Palma había revocado su decisión en una pirueta judicial poco frecuente. García-Margallo salía de la sesión de control, cuando le abordó María Llapart, la redactora de La Sexta que se encarga de la información parlamentaria.

—¿Qué le parece la decisión de la Audiencia de no imputar a la infanta?

—Es una magnífica noticia —respondió Margallo con entusiasmo.

—¿Por qué? —insistió la periodista.

—Porque es una infanta de España —zanjó el ministro.

Es decir, que como es infanta, que no la imputen. Como argumento me parece desalentador. Además, ¿no dejó claro el rey en su discurso navideño que la justicia debía ser igual para todos? Para todos los que no sean infantas, vino a decir el ministro de Exteriores. Margallo es monárquico desde los dieciséis años. Lo sabemos porque lo contó él. Y lo hizo en un episodio de la vida política española realmente cómico. En abril de 2012, el nieto del rey, Felipe Juan Froilán, tuvo un accidente con una escopeta y se disparó en el pie. El niño, que por aquel entonces tenía trece años, estaba con su padre en una finca de Soria y, en un descuido, se pegó un tiro y tuvo que ser ingresado, aunque se recuperó pronto y bien. Paralelamente, España tenía un conflicto con Argentina por la decisión del Gobierno del país de nacionalizar YPF. Y entonces se le preguntó por esto a Margallo y él no tuvo mejor ocurrencia que soltar: «Argentina se ha dado un tiro en el pie de estos que son realmente importantes».

Por la tarde, en una comparecencia parlamentaria, aprovechó para rectificar. Un senador del PSOE, con mucha sorna, le recordó que «hablar de tiros en el pie o de fracturas de cadera estos días, creo que no conviene a casi nadie». Y Margallo aclaró que no tenía ninguna segunda intención y que era monárquico desde la adolescencia. ¿Se puede ser monárquico y ecuánime? Después de haber escuchado la opinión del presidente del Gobierno, tengo mis dudas.

En enero de 2014, Rajoy concedió una entrevista a Gloria Lomana, directora de informativos de Antena 3. En ella, preguntado por los asuntos más diversos, dijo como media docena de veces que no iba a responder porque no quería adelantar acontecimientos. Hasta que Lomana le preguntó por la infanta y los adelantó. Sorpresa. Rajoy contestó lo siguiente: «Estoy absolutamente convencido de que le irá bien». Vaya, esto suena a adelantar acontecimientos... Y añadió: «Estoy convencido de su inocencia». Todavía no he entendido qué hacía un presidente de Gobierno augurando que a la hija del jefe del Estado le irán bien sus contenciosos con los tribunales. Es asombroso. Oiga, pues ya de paso, díganos qué tal le va a ir a Bárcenas. Ah, no, que de Bárcenas ya ha dicho todo lo que tenía que decir...

Además de Rajoy, hay otros dirigentes políticos que en los últimos tiempos han contribuido a demostrar lo difícil que resulta ser monárquico e imparcial. Concretamente, el ministro de Justicia. Cuando fue preguntado por doña Cristina en la Cadena COPE, Gallardón declaró: «Confío en que la Audiencia de Palma evite el paseíllo de la infanta». Minutos después, comparecía Esperanza Aguirre en rueda de prensa, en la sede del PP, y le saqué a colación este tema:

—Señora Aguirre, quiero preguntarle por unas declaraciones que acaba de hacer Gallardón. Dice que espera que la Audiencia evite el paseíllo de la infanta cuando

vaya a declarar ante el juez. ¿Usted también opina así o, por el contrario, cree que la justicia debe ser igual para todos?

—Mire, la Ley de Enjuiciamiento Criminal, hasta ahora, no impone la pena de paseíllos. Hasta ahora. Todos somos iguales ante la ley, pero no ante los medios de comunicación. Así que si hay un garaje en la Audiencia de Palma, me parecerá estupendamente que la infanta entre por el garaje —zanjó Aguirre.

Tiene razón Aguirre en que la imagen de una persona entrando en un tribunal es muy dañina, entre otras cosas, porque tiene connotaciones de culpabilidad cuando esa persona luego puede ser declarada inocente. Eso es cierto. Pero es dañina para todas las personas, no sólo para la infanta. Por lo tanto, creo que el PP —no así la oposición— estaba proponiendo salvaguardar a la hija del rey, sólo o especialmente a la hija del rey, de una imagen perjudicial. También en aquellos días hubo algunos opinadores que decían que entrar andando a un tribunal da igual cuando no tienes nada que ocultar. Al final, el juez dio a la infanta la posibilidad de entrar en coche. Y no sólo eso, sino que decidió que la declaración se grabaría únicamente en audio. No obstante, la picaresca permitió que circularan imágenes de la infanta sentada en el banquillo.

Yo, en este asunto, tengo sensaciones encontradas. No tengo una opinión del todo clara al respecto. Es verdad que la pena del paseíllo puede ser injusta por su dimensión y trascendencia. Las imágenes quedan ahí para siempre, aunque luego los jueces te exoneren de toda responsabilidad.

Pero, claro, luego tenemos que ver a ciertas personas de todo tipo y condición, que no han tenido ningún reparo a la hora de desviar dinero público o cometer atrocidades varias, reaccionar como doncellas mancilladas por el hecho de tener que hacer el paseíllo. Mi abuela Martina era muy sabia y una de las personas más prácticas que yo he conocido. Cuando de pequeña le decía que algo me daba vergüenza, me contestaba: «¿Vergüenza? Vergüenza pa' robar». Y pienso que tenía mucha razón.

19

¿Quiere usted que Cataluña sea un Estado?



Es un tema complejo, nadie lo duda. Aunque a menudo nuestros dirigentes se empeñen en abordar las cuestiones territoriales desde la simplificación más absoluta.

Y para muestra, un botón (dos en realidad), ambos protagonizados por Mariano Rajoy. Gracias a su participación en un Congreso del PP en Andalucía en julio de 2012, supimos que «España tiene, sobre todo, españoles». Olé. Y unos meses más tarde, en noviembre, a través de unos vídeos que llevaban por título «Nos gusta Cataluña» nos enteramos de la opinión que le merecían los catalanes, pues en uno de ellos decía: «Me gustan los catalanes porque son emprendedores, hacen cosas...». Hacen cosas. Fantástico.

A pesar de que obviedades como éstas no sirvan de mucho a la hora de enfocar los problemas territoriales, tengo bastante claro que Mariano Rajoy no quiere que Cataluña sea un Estado. Lo que aún no tengo claro es qué va a hacer el Gobierno para impedirlo.

Lo impediré, creo, pero no sabemos todavía cómo, más allá de recurrir quizá al Tribunal Constitucional. Y no será porque no se lo hayamos preguntado al presidente y a todos sus ministros, pero no ha habido forma de que desvelaran alguna de sus cartas.

Ha llovido mucho desde que José María Aznar dijo aquello de que hablaba catalán en la intimidad, como una manera de justificar y reforzar sus pactos con CiU. Ese clima se acabó. En este capítulo, como he intentado hacer en todos, quiero hablar de episodios que he vivido yo. No estoy en Cataluña y, por lo tanto, no puedo hablar con total conocimiento de causa de lo que está pasando en torno a la independencia. Pero sí creo que el testimonio de lo que percibo como periodista que sigue la información sobre el presidente del Gobierno en Madrid puede ser útil para entender cómo han ido cambiando las cosas por aquí.

La primera vez que recuerdo haber cubierto algún acto relevante de Artur Mas fue en febrero de 2012. Vino a ver a Rajoy a La Moncloa y había tensión, pero el ambiente era algo más respirable que ahora. De hecho, mientras se intercambiaban saludos en las escalinatas del palacio y se preguntaban qué tal y esas formalidades, se oyó cómo el presidente del Gobierno le decía sonriente: «Vivo en el lío», en alusión a sus primeros días en el cargo. Pues aquello no era nada con respecto a lo que iba a vivir después.

Por ejemplo, en septiembre de ese mismo año, sin ir más lejos. Mas volvió a La Moncloa para reivindicar el pacto fiscal. Pedía, entre otras cosas, que Cataluña tuviera plena autonomía para recaudar sus impuestos y, de este modo, se repararía la injusticia que existe a juicio de la Generalitat y que consiste en que ellos dan demasiado dinero al Estado frente a lo que reciben. Es decir, que Cataluña podría ser mucho más rica si pudiera autogestionarse y no tuviera que aportar tanto dinero para compensar los problemas de otras comunidades autónomas más pobres. Para algunos,

éste es el significado de la solidaridad. Para otros, es un sistema perjudicial.

Rajoy, en aquella reunión de septiembre que duró dos horas, le dijo que no al pacto fiscal. Y Artur Mas sugirió que se vería abocado a convocar elecciones anticipadas. La frialdad entre ambos quedó clarísima. Rajoy no bajó las escaleras para recibirle y, después, solventó la información del encuentro con una nota. Mientras, el presidente de la Generalitat quiso escenificar su distanciamiento del Gobierno negándose a comparecer en La Moncloa y se marchó a la sede de la Generalitat en Madrid, al Centro Cultural Blanquerna.

Con ese detalle, que seguramente a Rajoy le da igual, Mas provocó un montón de inconvenientes para la prensa. Los periodistas agradeceríamos que a veces se pensara un poco en nosotros, ya que al fin y al cabo somos los que trasladamos después su mensaje. Blanquerna es un sitio muy bonito, pero muy pequeño para la expectación que había generado la reunión. Los periodistas no cabían y tuvieron que trabajar en condiciones lamentables. Cómo sería la situación, que Mas tuvo que esperar varios minutos antes de empezar la rueda de prensa. Y ante el desorden imperante, dijo: «Mi función no es organizar la sala, porque bastante trabajo tengo. Sólo les digo que no hay prisa. Ustedes hagan su trabajo lo mejor que puedan». Con su colaboración, si puede ser...

La incomodidad se multiplicó cuando el presidente de la Generalitat hizo en primer lugar su intervención en catalán. Al tratarse de Madrid, la mayoría de los medios de comunicación allí presentes no entendían su lengua. Yo sí, porque en el pueblo de mi padre, al que he ido mucho desde pequeña, se habla lo que ahora los políticos han decidido bautizar como LAPAO. Y los corresponsales de los medios catalanes o valencianos, también. Pero el resto, que es mayoría, no. Es un detalle menor, pero sí me gustaría decir que pienso que en las formas no acertó. Sencillamente porque no estaba en Barcelona, sino en Madrid. Estoy segura de que fue un gesto buscado y soy consciente de que la política se compone fundamentalmente de ellos. Entiendo que se trató de un acto simbólico muy eficaz para lanzar un mensaje de fuerza, para transmitir que le estaba haciendo un corte de mangas al Gobierno de España. No lo dudo, porque creo que Mas es un comunicador muy, muy hábil. Mucho. Pero para alguien como yo, que soy una persona desarraigada y sin apegos entusiastas a las banderas, ese tipo de gestos tan potentes en el corto plazo reflejan algo de miopía.

Poco después, Artur Mas adelantó las elecciones, que se celebraron en noviembre de 2012. CiU perdió doce escaños. Se dice pronto. Perseguía la mayoría absoluta y se quedó lejísimos. ¿Debe un político que adelanta los comicios con grandes expectativas dimitir en caso de que su partido se pegue un batacazo? Mas consideró que no. Yo pienso que sí. ERC subió muchísimo. Ellos eran los que tenían un discurso más claro y comprensible en favor de la independencia. Los socialistas

también sufrieron un serio varapalo. Supongo que los electores castigan la ambigüedad, la indefinición, el querer soplar y sorber al mismo tiempo. Y así están ahora en el PSC, unos soplando y otros sorbiendo.

Artur Mas tuvo que pactar. Empezó a gobernar con el apoyo de ERC y el Gobierno de Rajoy tuvo claro lo que venía: un endurecimiento de la postura de la Generalitat. Pero el Ejecutivo, en general, optó en ese momento por respuestas de perfil bajo. Al menos en público. Porque sabemos que, desde entonces, Rajoy y Mas se han visto en privado, sin convocar a los medios de comunicación y sin decírselo ni siquiera a la presidenta del PP en Cataluña, Alicia Sánchez-Camacho. Ella llegó incluso a pedirle a Rajoy, en un Comité Ejecutivo, que no celebrara más reuniones secretas.

La verdad es que el papel de Sánchez-Camacho en este asunto está siendo aparentemente gris. A ojos de sus compañeros del PP, ha quedado muy tocada por el escándalo del espionaje de la hiperactiva agencia Método 3. En Madrid se preocuparon mucho. Ella lo zanjó pactando con los espías a cambio de una suculenta indemnización. Extrañísimo. El sentido común me dice que si alguien te ha vigilado, te agarras un cabreo muy grande y vas a muerte a por su condena. Salvo que no quieras que se sepa lo que hay en esas conversaciones interceptadas... Esto, insisto, perjudicó la imagen interna de Sánchez-Camacho. También su propuesta de limitar la solidaridad de Cataluña con el resto de España en el nuevo sistema de financiación. Los barones del PP pusieron el grito en el cielo y ella tuvo que rectificar. Cuando hablo del perfil bajo del Gobierno o de la soledad del partido en Cataluña, me refiero, por ejemplo, a esas manifestaciones que ha apoyado el PP autonómico a favor de la unidad de España y a las que no ha asistido ningún dirigente nacional.

El discurso de Rajoy ha sido repetitivo. Yo estoy dispuesto a dialogar, pero la consulta no se va a celebrar porque no cabe en la Constitución. Siempre algo así, más o menos. No se salió de ese carril ni siquiera el día en que conocimos las preguntas de la Generalitat para el referéndum. Nunca he entendido por qué los políticos no van al grano. Oiga, ¿quiere usted que Cataluña se independice de España? Y punto. Una pregunta apta para todos los coeficientes intelectuales. Pero, no. Mas eligió dos preguntas:

- 1) *¿Quiere que Cataluña sea un Estado?*
- 2) *En caso afirmativo, ¿quiere que sea independiente?*

A mí me parecen tramposas, enrevesadas, y pienso que CiU ha jugado al «amarrategui», a no perder, porque sólo con que los catalanes votaran mayoritariamente que sí a la primera, Artur Mas ya podrá decir que ha triunfado, cuando me parece que su verdadero objetivo es que gane el sí en la segunda. Lo

demás volvería a ser, en mi opinión, su fracaso; tan grande como la copa de un pino.

Aquel día el Gobierno volvió a repetir que la consulta no se iba a celebrar, porque no era legal. Yo he llegado a pensar que en el PP hay un reparto de papeles a la hora de abordar el tema de Cataluña. Me explico. Por un lado está Rajoy con su forma de ser, de no inmutarse, no perder los nervios, mantenerse frío como un témpano, ignorar el asunto y no decir prácticamente nada hasta que el de enfrente se tira de los pelos de pura desesperación.

Lo más lejos que creo que ha llegado fue en un Comité Ejecutivo del PP en enero de 2014, cuando les dijo a los suyos que Artur Mas estaba haciendo «el ridículo» enviando cartas a los líderes europeos para pedirles apoyo al referéndum. Pero, ojo, lo dijo a puerta cerrada. No existe ese testimonio y no me parece más contundente que las advertencias que llegan diariamente desde Bruselas alertando de que Cataluña quedaría fuera de la Unión Europea.

Hasta ahora, la única vez que hemos conseguido que Rajoy diera públicamente un pasito más fue cuando el *Parlament* aprobó pedir al Congreso el traspaso de competencias para celebrar el referéndum. El presidente del Gobierno, en una rueda de prensa en La Moncloa, declaró: «Siempre he estado abierto al diálogo. Es mi forma de ser. Pero yo veo un continuo proceso de toma de decisiones unilaterales. Y así es imposible dialogar». En sus comparecencias posteriores se ha limitado a decir que, mientras él sea presidente, «la consulta no se va a celebrar y España no se va a fragmentar». Siempre esboza la teoría de que la soberanía nacional es un asunto de todos y, por lo tanto, todos deberíamos votar en un hipotético referéndum de Cataluña. En los últimos tiempos, cuando he hablado con catalanes que apoyan la consulta, te dicen que les da igual que se les pregunte sobre la independencia a todos los españoles, como proponen algunos. A ellos lo que les importa es el resultado que salga allí.

En relación con el referéndum y su posible resultado, el ex presidente de Extremadura, el socialista Rodríguez Ibarra, alertaba un día en *Al rojo vivo* de que podría darse la absurda situación de que en Cataluña ganara el no a la independencia y en el resto de España, fruto del hartazgo, lo hiciera el sí. Yo creo que, por fortuna, no llegará ese día. Pero si es a eso a lo que vamos, que paren el mundo, que yo me bajo.

Y éste es el papel que básicamente está desempeñando Rajoy: prudente, pero sin ofrecer alternativas. Y tengo la sensación de que está buscando discretamente complicidades con la cabeza visible de Unió Democràtica de Catalunya en Madrid, Duran i Lleida.

Antes hablaba de un reparto de papeles y, aparte del perfil bajo de Rajoy, luego están los que entran en el asunto como elefante en cacharrería. El líder de ERC, Oriol Junqueras, dijo en un mitin que el PP y el PSOE son «una fábrica de

independentistas». Seguro que Junqueras sabe que la fábrica no está trabajando a todo trapo, porque las declaraciones del Gobierno podrían haber sido mucho más duras. Y, de momento, los líderes de estos partidos no han llegado a pedir que se suspenda la autonomía, como se ha hecho, por ejemplo, desde UPyD. Pero, claro, hay excepciones. Y qué excepciones, madre mía de mi vida.

Jorge Moragas, director de gabinete de Rajoy y catalán, estaba en enero de 2014 en la Convención del PP en Barcelona defendiendo que hay que abrirse al extranjero y que no hay que mirarse el ombligo. Vale. Y entonces Moragas añadió: «Hay que desarrollar ese espíritu cosmopolita, frente a esos intentos de convertir Cataluña en un país de hobbits». Discurso provocador. En esa misma Convención, Cospedal acusó a Mas de querer romper España «a machetazos». Discurso agresivo, que desconozco qué ventajas tiene, salvo dar argumentos para el victimismo. Y a las pruebas me remito: Mas tardó minutos en salir a la palestra para decir que esta cita del PP estaba siendo «un festival de amenazas, no de ideas».

Y, por último, recuerdo también cuando Fernández Díaz acusó a la Generalitat de provocar «fracturas» entre familiares y amigos en Cataluña. Su proyecto, dijo el ministro del Interior, «está contaminando la convivencia». ¿No les parece exagerado? Yo no vivo allí y quizá por eso me puedo equivocar, pero como navarra que soy, les aseguro que no voy preguntando a mis amigos a quién votan o si creen que deberíamos formar parte de eso que se ha dado en llamar Euskal-Herria. Y en mi casa discutimos de política, por supuesto, pero nos queremos igual y no se me ocurre levantarme de la mesa a la mitad, tirando la servilleta sobre el plato y diciendo: «Me voy porque sois unos cavernícolas y creo que soy adoptada». De todas formas, y sin obviar el hecho de que en Cataluña hay un debate social, una división de opiniones, tampoco hace falta que alguien amenace con convocar un referéndum para que surjan los problemas domésticos. Les recomiendo leer el libro de Gerald Durrell *Mi familia y otros animales*. Me consta que Durrell no conocía a Artur Mas.

Y no quiero que esto parezca una condena de lo que hace el PP frente a la Generalitat. Desde luego que el PP no lo hace todo mal ni la Generalitat, todo bien. En absoluto. Hay de todo en todas partes. Creo, por ejemplo, que Artur Mas se aprovecha de la situación. Se pasa el día envuelto en la bandera y cuando recibe críticas que son para él o para su gestión, las convierte en ataques hacia todos los catalanes. Y eso no es verdad. Puede ser un discurso muy eficaz, pero torticero. Yo critico al presidente de la Generalitat y, al mismo tiempo, soy profundamente respetuosa con el sentimiento de los catalanes que quieren ser otra cosa. Y quiero que alguien encauce este asunto con cabeza fría, argumentos y mano izquierda. Sin chorradas de hobbits.

En diciembre de 2013, en la copa de Navidad que La Moncloa ofrece a los periodistas, hablamos de Cataluña con Rajoy. Él nos dijo que su posición era

conocida e inamovible. Y entonces le pregunté:

—Presidente, pero si su posición es inamovible y la de Artur Mas también, ¿qué hacemos?

—Esa es una muy buena pregunta —me contestó Rajoy.

No era la primera vez que me respondía algo así. Es decir, nada. Su pachorra es una cualidad positiva en algunos casos, como cuando sorteó la presión del rescate de España. Pero es una forma de ser no apta para personas ansiosas por encontrar soluciones. No tengo ni la más remota idea de si esta vez también le saldrá bien y vencerá a Artur Mas por agotamiento. Lo que sí sé es que éste es un problema pendiente desde hace muchos años.

Nadie ha conseguido zanjarlo de forma definitiva. Y no me extraña, porque me parece muy complicado. Yo tampoco sé qué es lo mejor para todos. Porque les garantizo que si lo tuviera claro fundaría un partido político, que parece que ahora se lleva mucho, y me presentaría a las elecciones generales. Y al menos esa promesa (o milagro, según se mire) sí la cumpliría.

20

«It's very difficult todo esto»



Mucho nos hemos reído en los últimos tiempos gracias a la incapacidad de los políticos españoles para los idiomas. Pero permítanme que les cuente una experiencia personal, que me ha provocado siempre sentimientos encontrados a la hora de cachondearme de alguien por cómo habla en otra lengua.

Mi padre es de Maella, un pequeño pueblo del Bajo Aragón. Procede de una familia muy humilde y es un hombre hecho a sí mismo. Es autodidacta en muchos terrenos. No fueron los profesores los que le enseñaron a tocar la guitarra y el piano, sino su tenacidad. Y nadie le ha enseñado a entenderse en francés, en italiano y en alemán o a dar conferencias en inglés. Lo hace gracias a su tenacidad. Y yo, cuando era adolescente, esto no lo valoraba.

Mis padres intentaron que nosotros tuviéramos en casa más de lo que ellos habían tenido de jóvenes y nos llevaron a un colegio en el que estudiábamos inglés y francés. Tanto mis hermanos como yo hicimos varios intercambios con alumnos de otros países. Durante una o dos semanas, nosotros salíamos de España y luego ellos venían a nuestra casa en Pamplona.

Antes de que nos fuéramos a convivir con aquellas familias de extraños, mi padre siempre les llamaba para intentar que, gracias a su simpatía natural, nos trataran bien. En uno de los viajes que iba a hacer yo a Francia, me senté al lado del teléfono mientras mi padre marcaba el número de los señores que me iban a recibir. Y en el momento en el que empezó a hablar en francés, con evidente esfuerzo y concentración, a mí me entró un descojone monumental. Él se hartó, se giró y me dio una colleja con el mismo esfuerzo que estaba poniendo en entenderse con aquella gente. Tenía razón.

Hace poco, éramos ya más mayores, mis padres organizaron un viaje familiar a Jordania. Cuando llegamos al hotel, uno de mis hermanos necesitó conectarse a internet un momento por motivos laborales. Y al día siguiente, al ir a pagar las habitaciones, a mi padre le incluyeron el coste de la conexión. No recuerdo el precio, pero tampoco era nada exorbitante. El caso es que mi padre le soltó a la recepcionista: «Jodo, to use internet is more expensive than go to the moon». Traducido: jodo, usar internet es más caro que ir a la luna. No se puede decir que el inglés, para mi padre, sea lengua madre. En eso estamos de acuerdo. Pero créanme si les digo que la mujer de recepción le entendió perfectamente e incluso soltó una carcajada. Eso, al menos, intuimos el resto de los miembros de la familia mientras nos doblábamos de la risa. Es muy meritorio hacer humor, más todavía si es en otro idioma... ¿Por qué les cuento esto? Porque creo que es importante no perder de vista el esfuerzo que hacen las personas para comunicarse en otra lengua, con más o menos habilidad.

Dicho lo cual, quiero que sepan que mi padre ha aprendido un inglés suficiente para dar conferencias sobre medicina y pienso que los políticos deberían hacer lo

mismo, como mínimo, para salir del paso en sus reuniones con mandatarios extranjeros. Sabemos que, en algunos casos, lo han hecho. Y cada vez más. Pero otros han dejado testimonios muy cómicos de sus intervenciones en otros idiomas. Tanto, que a veces es muy difícil no reírse, sobre todo teniendo en cuenta que ellos no se van a dar la vuelta para pegarte una colleja. Eso es así.

Yo no llegué a vivir en primera persona como periodista de calle los primeros pasos de José María Aznar con el inglés. Sí le escuché hablar por la tele con acento texano, claro. Las crónicas de la época también cuentan que en 2001, en la finca del Estado en Quintos de Mora (Toledo), Aznar recibió la visita de George W. Bush. Y, cuando posaban para los fotógrafos, se le oyó al presidente decirle al americano, mientras señalaba las montañas en el horizonte: «One mountain... Another mountain...». Ya imagino a Bush fingiendo un gran interés y pensando: «Igual este tío se cree que yo no he visto una montaña en mi vida...». Hablaba yo de los primeros pasos de Aznar con el inglés porque me consta que, cuando dejó de ser presidente del Gobierno, dio clases cuatro horas todos los días. Y, aunque nos parezca muy divertido su acento o su forma de hablar, es evidente que ahora ya sí tiene un vocabulario amplio. Más vale tarde que nunca.

A Zapatero apenas le oímos hablar o balbucear nada en ningún idioma. Se ve que confiaba en el poder de su sonrisa. Y en los traductores, claro. Una vez una periodista le pidió en inglés que contestara en ese idioma. El presidente entendió la pregunta, pero contestó: «No, thank you». Y ante la insistencia de la mujer, él aclaró: «Hablo en español». Y otro día, paseando por los jardines de La Moncloa con el ex canciller alemán Schroeder y el ex presidente francés Chirac, Zapatero les dijo: «In the last time of the government, every day, all day, bonsáis». Supongo que se refería a que a uno de los anteriores inquilinos del palacio, a Felipe González, le gustaba tener bonsáis. Pero sonó a «Yo, Tarzán; tú, Chita». Es muy triste, pero muy cachondo a la vez.

Y por lo que se refiere a Rajoy, lo ha intentado pero, de momento, lo que le sale es un popurrí que puede servir para hablar con la recepcionista de un hotel de Jordania, pero no con un primer ministro extranjero con el que te juegas los cuartos. Eso es exactamente lo que le pasó con su homólogo británico, David Cameron, en Bruselas, en una cumbre decisiva en la que se tenían que cerrar los Presupuestos para la Unión Europea.

Era un día de finales de noviembre de 2012. Yo estaba en la redacción de La Sexta, esperando a que me llegara el material sobre la cumbre de Bruselas. Nosotros no estábamos allí. A media tarde recibimos las imágenes de Atlas, la agencia de Telecinco. Y le di al play para ver qué había. Aparecía Rajoy, caminando por un pasillo, rumbo a una sala en la que le esperaba Cameron. Se sentaban en un sofá separados por el traductor y, justo en ese momento, el presidente español, en alusión a

la negociación de los Presupuestos comunitarios, le decía:

—It's very difficult todo esto.

—¿Pudiste dormir anoche? —preguntó Cameron en inglés.

El traductor lo repitió en español y Rajoy contestó:

—Sí, sí, sí. Five hours.

Aquella tarde, esa conversación sólo la emitió La Sexta. Me parece meritorio, dado que las imágenes ni siquiera eran nuestras, porque no habíamos viajado a Bruselas. No sé si nadie más las vio o, directamente, no les pareció interesante el *spanGLISH* de Rajoy. En el mismo envío de agencia, aparecía el presidente en otra reunión con el francés Hollande. La conversación fue la siguiente:

—Tenemos que estar unidos —decía Hollande en su idioma.

—C'est très important pour l'Espagne —contestaba Rajoy.

Creo recordar que a Rajoy, en el programa de TVE *Tengo una pregunta para usted*, le sacaron el tema de los idiomas cuando aún era líder de la oposición. Y dijo que no sabía hablar inglés, porque él era «de la generación del francés». Bueno, tras el visionado de esta cinta, podemos decir que al llegar al Gobierno no dominaba ninguno de los dos.

En las últimas reuniones que ha tenido en La Moncloa se le ha visto algo más suelto. Pero, vamos, que aún nos queda mucho camino por recorrer. Es más: Rajoy consiguió cerrar una reunión con Obama en la Casa Blanca, después de encontrarse y hablar con él en el gimnasio de un hotel de Sudáfrica, durante el funeral de Estado por Nelson Mandela. Si el presidente no hubiera estado acompañado por una persona de su equipo que hablaba inglés, no sé si hubieran encontrado fecha para la visita... De los ministros de Rajoy, sabemos que Luis de Guindos habla inglés mucho y bien. También Margallo, Cañete o Wert. Y me han contado que hay alguno que, escarmentado por las risas que provoca la pronunciación ante la ciudadanía, no se atreve a hacerlo en público, pero sí se entiende perfectamente con sus homólogos en privado.

En todo caso, si algo nos ha parecido hilarante en los últimos tiempos fue todo lo que pasó en Buenos Aires cuando presentamos la candidatura de Madrid para los Juegos Olímpicos. Es que era un despropósito detrás de otro. Es que El Príncipe Gitano chapurreando la canción de «In the ghetto» tiene un verbo fluido al lado de lo que íbamos diciendo nosotros por aquellas tierras. Y tenemos que dar gracias: los testigos del «inglesicidio» afirman que lo de Ana Botella en los ensayos era todavía peor, si cabe.

En mi opinión, controvertida seguro, el problema de la alcaldesa no fue tanto la pronunciación —que creo que podría ser peor— sino, fundamentalmente, el contenido y la puesta en escena. Ambas cosas fueron terribles. Las candidaturas anteriores las había liderado el ayuntamiento. En esta ocasión, se encargaba el Comité

Olímpico Español. Digo esto porque tengo la certeza de que Alberto Ruiz-Gallardón, siendo alcalde, en su vida hubiera hecho el discurso de Ana Botella.

Pero a ella sí le debió de parecer bien y decidió poner toda la carne en el asador. Y, sinceramente, fue muy cómico todo. Cómo decía que en Madrid «you feel at hooooome», porque Madrid «is fuuuuuuun». Traducido vendría a ser que en Madrid te sientes como en caaaasaaaa, porque Madrid es muy diveeeeertiiiiidaaaa. ¡Y cómo vendía que no había nada como un «relaxing cup of café con leche in Plaza Mayor» o la «romantic dinner en el Madrid de los Austrias»! Con razón hubo quien dijo que el café y la cena, en esa zona de la ciudad, deja de ser relaxing cuando te traen la cuenta...

Se hicieron miles de montajes y burlas. Musicales y de imágenes. A mí me encantó uno que alguien hizo con el cartel de una película. Ana Botella, sentada en una cama con bata y zapatillas, bajo el título *Lost in translation*. Enorme. Pero al margen del cachondeo que circuló por la red, es evidente que hicimos el ridículo en el ámbito internacional. De hecho, a finales de 2013, la revista *Time* elaboró una lista sobre las mayores meteduras de pata del año. Y ahí estaba Ana Botella, en la séptima posición. La publicación calificaba su intervención ante el COI de «batiburrillo» y señalaba que «su discurso —y su pelea con el inglés— fue muy criticado por los medios locales». Medios locales. Qué generosos. ¡Lo criticó medio mundo! La alcaldesa participó en un desayuno con periodistas días después de que Madrid cayera eliminada ante Tokyo. Y creo que magistralmente aconsejada, decidió reírse de sí misma también. Empezó su discurso así: «Espero que les hayan servido a todos un café con leche...».

Y esto ya es masoquismo, pero no quiero dejar pasar otro gran éxito ibérico allí en Buenos Aires. Aunque Alejandro Blanco, presidente del Comité Olímpico Español, no alcanzó las cumbres de comicidad que tuvo la intervención de la alcaldesa, su papel en la rueda de prensa previa a la eliminación de Madrid parecía anticipar lo que oiríamos a continuación. Estaba flanqueado por Ana Botella e Ignacio González cuando le dirigieron una pregunta y, como no la entendía, dijo: «No listen the ask». Se ve que es como Rajoy, de la generación del francés. Mucho me temo que el problema que tenemos en España con los idiomas no es sólo que no entendamos «the ask», que también, sino que ni siquiera somos capaces de articular the answer. Eso sí, nos reímos un egg.

21

Humores que matan



«Pardito, hemos tenido reunión de la Asociación de Periodistas Parlamentarios y les he propuesto que hagas un monólogo ácido sobre actualidad en la cena de Navidad con los diputados». Quien así hablaba era mi amigo Antonio Montilla, de la agencia Colpisa, al otro lado del teléfono en diciembre de 2012. «¿Qué? Pero ¡qué dices! ¿Yo voy a saber hacer eso?», le contesté.

En ese momento no tenía claro si me apetecía, ni qué es lo que esperaban exactamente, ni cómo iba a apañármelas para dejar en evidencia a los diputados y, después, salir ilesa de la sala. Nunca le agradeceré lo suficiente a Monti aquella propuesta. Es una de las cosas más divertidas que he hecho en mi vida. Me siento muy orgullosa y, en fin, ante mí se abrió todo un mundo de ensoñaciones profesionales, no precisamente relacionadas con la información en tono serio de formatos serios...

No resulta fácil hacer una crítica ácida que, al mismo tiempo, resulte admisible. Es un ejercicio muy estimulante. Creo sinceramente que el juicio más efectivo, el más demoleedor, es el que va cubierto de ironía, de tono jocoso o como lo quieran llamar. Mucho más que un insulto o un comentario áspero y duro. Escribí folio y medio acordándome de todos los partidos y, para saber qué efecto podía provocar, utilicé como cobayas a mis jefes y a algunos de mis compañeros. Vi que se reían varias veces y allá que me fui al evento con mi folio dobladito dentro del bolso.

Recuerdo que estaba muy inquieta, porque no sabía cómo iban a reaccionar los políticos. No supe ante quién tendría que hablar hasta que no estuve allí. Había portavoces de todos los grupos parlamentarios. Estaban también el presidente del Congreso, Pérez Rubalcaba y la vicepresidenta del Gobierno, Sáenz de Santamaría.

En esa cena, los periodistas reparten premios desde hace muchísimos años: al mejor orador, a los que peor y mejor tratan a la prensa, al azote de la oposición o al diputado desconocido. Yo articulé mi discurso en torno a uno de esos premios, el de la pregunta del millón.

No recuerdo quién lo recibió esa Navidad, pero consiste en premiar la pregunta más original que han formulado los grupos al Gobierno. Las elegidas suelen ser preguntas de formulación eterna y retorcida sobre temas de lo más estrambóticos. María Rey, de Antena 3, era la maestra de ceremonias. Y, justo después del premio a la pregunta del millón, me llamó a la tribuna diciendo: «... porque la profesión estará mal, pero hay algunos que se están aguzando el ingenio para dedicarse a lo que haga falta. Cristina Pardo, sube aquí y demuéstranos de lo que eres capaz». Y subí. ¡Qué presión!

Hola, buenas noches. A mí me pidieron un discurso ácido sin ser yo nada de eso, como saben todos los que no me conocen. A mí me gustaría que esto fuera hoy un mitin, porque así sé que diga lo que diga, cualquier cosita, me iban a aplaudir con fervor. También quiero que el público se ría mucho y, desde ese punto de vista, debo

decir que echo mucho de menos al señor Montoro hoy aquí. En todo caso, estoy muy tranquila porque sé que, tal y como se han puesto las tasas judiciales, nadie me va a demandar. Y además, si ustedes o yo terminamos molestos, nos podemos atener a las recomendaciones de la diputada Andrea Fabra.

Según los mayas, faltan tres días para que se acabe el mundo y yo no me quiero morir sin hacer mis preguntas del millón. En mi nombre y creo que en el de mis compañeros. Así que vamos allá:

1) ¿Conoce el Gobierno las características de las actuaciones que está llevando a cabo la Virgen del Rocío con el fin de crear puestos de trabajo?

2) ¿Qué medidas piensan adoptar sus señorías para evitar que, cuando se equivocan, su reacción sea decir que se les ha malinterpretado?

3) ¿Conocen los grupos parlamentarios el grado de satisfacción que tienen los españoles al entender que, según el Papa, los Reyes vienen de Andalucía teniendo en cuenta que hasta ahora hemos pensado que venían de Botsuana?

4) ¿Alguien sabe si Rubalcaba —hola— ha dejado la política para sustituirla por Twitter?

5) Si, según Rubalcaba, Dios dirá si debe presentarse a las primarias, ¿creen los grupos parlamentarios que podría decirnos también cuál es el modelo de Estado del PSOE o temen que no lo sepa ni Dios?

6) ¿Conoce el Gobierno en qué momento encontraron la puerta los diputados de IU que estuvieron varios días rodeando el Congreso?

7) ¿Con quién piensan cenar el próximo año si la reforma laboral sigue dando sus frutos y no detiene los despidos en las empresas periodísticas?

8) Y para terminar, en relación con el programa electoral del PP, ¿conoce el Gobierno en qué momento se lo dieron a la restauradora del Ecce Homo, Cecilia de Borja, para que al final terminara convirtiéndose en una cosa tan diferente a la original?

Es probable que estas preguntas no obtengan respuesta. Preguntas. No sé si se acuerdan de lo que son. No nos hagan más la cobra. La agilidad de algunos diputados por los pasillos del Congreso no tiene límites [...]. No he querido hablar mucho de los diputados de CiU y ERC. Perdónenme. Pero es que yo soy experta en información nacional, no en internacional [...]. Termino. Confío en que estén disfrutando de este menú. Hubiéramos querido poner unos chuches, pero están muy caros. Que tengan mucha suerte en la Lotería. Espero que hayan comprado el mismo número que Carlos Fabra. Y ahora ya sí termino. No se tomen en serio nada de lo que he dicho, porque trabajo en La Sexta... Trabajo en La Sexta y vengo de la COPE. Buenas noches.

El momento que más jaleo y risas provocó fue la comparación del programa electoral del PP con el *Ecce Homo* de Cecilia de Borja. Esa noche, diputados de todos los partidos aplaudieron las críticas. Al día siguiente, según me contaron, el Gobierno y el PP consideraban que había sido ácido, pero ecuánime. Tengo que decir que vi a Rubalcaba reírse a carcajadas varias veces. La vicepresidenta sonreía, pero estaba más comedida. Y yo, qué quieren que les diga, estaba tan nerviosa que me pegué todo el discurso tocándome la nariz, pero me fui contenta porque había logrado mi objetivo: denunciar su actuación en un tono desenfadado. Me siento muy identificada con esa forma de enfocar la actualidad. Aquella noche, por cierto, después de la cena, fue la primera vez que le dije al responsable de prensa de Sáenz de Santamaría, aprovechando que le había gustado mi discurso, que me dejaran preguntar alguna vez en La Moncloa, que no muerdo... Fue la primera vez que lo pedí y, como ya saben de sobra, no la última.

En diciembre de 2013 fue Patricia de Arce, de la Agencia Efe, la que me escribió para decirme que contaban conmigo otra vez para intervenir en la cena de la Asociación de Periodistas Parlamentarios. Me hizo muchísima ilusión que me dejaran repetir. Así que aquella noche de diciembre, un año después, volví a subir a la tribuna.

Hola. Muchas gracias a mis compañeros por proponerme intervenir de nuevo en esta cena. Ya puedo decir que he superado a Rajoy porque he hablado ante los periodistas, de forma más o menos extensa, dos veces en un año. Si el año pasado estaba tranquila porque sabía que con las tasas judiciales no me iban a demandar por lo que pudiera decir, este año todavía más. Porque con la nueva Ley de Seguridad Ciudadana no les saldría barato hacerme un escrache tan cerca del Congreso [...].

Veo que están los líderes de casi todos los partidos. En ese sentido, me extraña que no esté aquí Susana Díaz. También me sorprende que los diputados del PP hayan venido con hambre, después de haberse comido con patatas el programa electoral. Y, en el capítulo de las ausencias, lo que no me ha sorprendido es que falte Cristóbal Montoro. Lo entiendo, porque esto está lleno de socialistas.

Tengo que decirles que me parece admirable que año tras año haya material para mantener el premio a la pregunta del millón. Incluso me parece admirable que los periodistas sigamos preguntándoles a ustedes. Lo digo porque, a estas alturas, da igual lo que preguntemos. Ustedes y nosotros. Y a quién. Verán:

1) Si la pregunta es para el PP, suponiendo que admita preguntas, la respuesta está clara: no me consta. Incluso si están inspirados podemos conseguir otra interesantísima respuesta: sobre eso que me pregunta, ya he dicho todo lo que tenía

que decir.

2) Si la pregunta es para el PSOE, aprovechen ahora que el PSOE ha vuelto, lo primero que deben saber ustedes es que la culpa es de la juez Alaya. El resto de la respuesta será lo que diga Rubalcaba en su Facebook, matizado después por el PSC, que a su vez será desmentido por Soraya Rodríguez y, al final, a ver qué dice Susana Díaz.

3) Si es para la Izquierda Plural, todavía no saben qué les vas a preguntar, pero se oponen. Y en todo caso, sea cual sea la pregunta, seguro que ya ha respondido Gaspar Llamazares.

4) Si la pregunta es para ERC, lo más aconsejable en este momento es hacer dos preguntas. Y seguramente, en alguna de sus dos respuestas, aprovecharán para denunciar que están ustedes oprimiendo al pueblo catalán y que quieren entrar con tanques por la Diagonal.

5) Si la pregunta es para UPyD, la respuesta puede llegar a través del Twitter de Toni Cantó. Con el riesgo que eso conlleva...

6) Si la pregunta es para el Grupo Mixto, ya no quedan diputados en el hemiciclo. Pero, además, quién le va a hacer una pregunta al Grupo Mixto con los que son y el poco tiempo que tenemos.

7) Me falta CiU. No es que me haya olvidado. ¡Con lo que le gustan a este partido las preguntas! Está muy claro qué responderán: Unió dirá sí a la primera pregunta y no a la segunda. Y Convergència contestará que sí a las dos.

8) Y, por último, Rajoy. Si quiere usted dirigirse al presidente del Gobierno, tiene que apuntarse en una lista. Después, Moncloa elegirá cuándo es buen día para que usted pregunte. Posdata: dependiendo de en qué medio de comunicación trabaje, espere sentado. Postada 2: si lo que quiere es dirigirse al ministro de Hacienda, asegúrese de estar al día con el fisco.

Voy terminando. Espero que estén disfrutando de esta cena, aunque sé que podría ser mejor. Podría haber salido gratis si la Asociación de Periodistas Parlamentarios supiera cómo hay que usar el dinero de los cursos de formación. Les deseo que tengan un buen 2014; tan bueno como éste, en el que los salarios no han bajado, sino que, al parecer, han moderado su subida. Terminamos el 2013 con Bruselas presionando para que haya nuevos recortes y más rapidez en las reformas. Yo quiero aprovechar para mandar desde aquí un mensaje al ministro de Economía: Luis, sé fuerte. Fin de la cita.

Y ya sí que termino. El año pasado les pedí que no se tomaran en serio todo lo que digo porque, como ya comenté, trabajo en La Sexta y vengo de la COPE. Este año les voy a pedir lo mismo, con más razón. Porque no sólo trabajo en La Sexta y vengo de la COPE, sino que este año soy a la vez de Antena 3. Muchas gracias.

El momento que más risas despertó en la sala fue el que hacía referencia al SMS de Rajoy a Bárcenas, pero aplicado a otro Luis, el ministro de Economía. En general, creo que la gente se lo pasó mejor.

Pero con este discurso me sucedieron varias cosas raras. La primera es que creo que a Rubalcaba no le gustó mucho. En cuanto hice la primera referencia a Susana Díaz, se puso serio casi hasta el final. Este año, con la líder del PSOE andaluz haciéndole sombra, no le vi con muchas ganas de cachondeo.

Y algo que también me dejó patidifusa fue la queja de los diputados del PNV, porque no les había mencionado en el discurso. Sinceramente, no pensaba yo que fuera tan importante aludir a todos. El contenido del discurso lo vivo más como una diversión que como una obligación. Pero bueno, para otro año, si se me brinda la oportunidad, ya sé que tengo que criticar también al Partido Nacionalista Vasco. Lo haré, lo haré. Vaya que sí lo haré. Hay que ver qué cosas tan raras pide la gente.

22

Regreso al futuro



En la ya mítica película *Regreso al futuro*, cuando Doc, el excéntrico científico, construye su particular máquina del tiempo, a Marty McFly le extraña que lo haga con un DeLorean. A lo que Doc le responde: «En mi opinión, si vas a hacer algo como esto, hazlo con estilo».

Todavía no sé cómo ni con quién viajaremos al mañana del PP. Sé que Rajoy llegó al futuro con un estilo que muchos consideran poco depurado: siguiendo el dedo de José María Aznar. Y además, si hacemos caso a las memorias del ex presidente del Gobierno, fue el segundo plato. Primero se lo ofreció a Rodrigo Rato y, como él le dijo que no, apostó por Rajoy. No sé si se arrepiente. A veces parece que sí. Su relación personal se ha torcido bastante en los últimos años y Aznar no lo oculta. Yo he cubierto algún acto político en el que, sin comerlo ni beberlo, el ex presidente le sacudía a Rajoy a base de bien. Estabas tranquilamente siguiendo el discurso y, de repente, ¡plas! con la mano abierta.

Recuerdo un Congreso de las Nuevas Generaciones en Madrid en 2008 cuando, de pronto, Aznar dijo: «En política no se está ni para empatar ni para heredar. Se está para ganar». Lo de «heredar» no dejaba espacio para la duda. Le estaba pidiendo a Rajoy más energía y entusiasmo a la hora de hacer oposición y de dirigir el partido.

También me acuerdo de la entrevista de Aznar en Antena 3, en mayo de 2013. La situación económica era malísima. La credibilidad del PP, nula. El caso Bárcenas, en plena ebullición. Y allá que salió el presidente de honor del PP para cuestionar todas las decisiones que estaba tomando el Gobierno y para abrir la puerta de su vuelta a la política. Estas declaraciones montaron mucho revuelo en Génova. Pregunté a varios diputados qué les había parecido la actitud de Aznar y, a diferencia de otras ocasiones, no fueron nada ambiguos en su respuesta. «Acojonante», te decían.

Otro desencuentro reciente fue la presentación de sus memorias. En el primer volumen, a finales de 2012, estuvieron todos: Rajoy, Rato, Mayor Oreja... En el segundo, en noviembre de 2013, ningún alto dirigente del PP o del Gobierno. Ninguno. La reacción de Aznar al día siguiente evidenciaba que le había sentado fatal. «Si lo que se ha querido mandar es un mensaje de escenificación de una ruptura, tomo nota», dijo. Y añadió: «Los ausentes sabrán por qué estuvieron ausentes». Y desde luego que tomó nota. En febrero de 2014, Aznar dejó tirado a última hora al PP en la Convención Nacional de Valladolid. A saber qué haría ahora con su dedo si pudiera regresar al pasado...

Tampoco sabemos qué hará Rajoy con el suyo cuando llegue el momento. En su partido hay quien considera que, si puede y gana las elecciones, no estará sólo dos mandatos. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que le costó llegar a La Moncloa... El actual presidente del Gobierno se ha definido a sí mismo muchas veces como un hombre «previsible», pero yo creo que no lo es en absoluto. Lo único previsible es que es imprevisible.

Ya he explicado que yo le veo un tipo hermético, gélido, que aguanta carros y carretas sin despeinarse y con una acción de gobierno que se basa muchas veces en no hacer nada hasta que las crisis se desinflan. En todo caso, y aunque aún falta tiempo, hay candidatos claros a la sucesión. Pululan a su alrededor casi desde el primer día. Algunos son presente, otros son pasado, pero todos aspiran a ser futuro, según la gente del PP.

Su mano derecha, su sombra, es Soraya Sáenz de Santamaría. La vicepresidenta es muy trabajadora, como una hormiga. Considero que su principal virtud es que no se mete en ningún charco. No crea problemas. Y lo consigue, pienso yo, porque es hábil en sus comparecencias y porque evita opinar casi de todo. Por ejemplo, con la controvertida ley del aborto. Le hemos preguntado por ello varias veces. Un día nos dijo que, con la reforma de Gallardón, estaba igual de cómoda que con la ley de 1985. Ojo, porque son distintas. Y además, ¿eso qué significa? ¿Cómo de cómoda está? ¿Muy cómoda? ¿Poco cómoda? Tampoco hemos conseguido nunca que opine o explique aspectos relacionados con Bárcenas. Siempre contesta que eso es un asunto del partido. Ya, ya, del partido que sustenta al Gobierno. En fin, no me parece una respuesta convincente. En el PP respetan a Sáenz de Santamaría. Es joven, así que tiene mucho futuro político por delante, y la consideran una mujer muy capaz y de la máxima confianza de Rajoy, por lo tanto, poderosa.

Algunos aseguran que su rivalidad con María Dolores de Cospedal nace de esa ambición que ambas tienen por contar en el futuro. No sé qué grado de enemistad hay. En el PP, todo el mundo da por hecho que existe. Fíjense, como anécdota les contaré que en los archivos de la tele es casi imposible encontrar una imagen, más o menos distendida, de ellas dos juntas.

Cospedal ha tenido en estos últimos tiempos varios puntos débiles. El primero, compaginar la Secretaría General del PP con la Presidencia de Castilla-La Mancha. Hay quien cree en Génova que por eso la casa está sin barrer, que no se ha podido volcar del todo con el partido. El segundo punto débil es su gestión del caso Bárcenas. Ella ha dado la cara, sí, pero algunos creen que con ello sólo ha conseguido que se la partan. Y más de una vez, ya se lo he contado en este libro. A este respecto, habría que ver de quién es verdaderamente la estrategia, si es suya o de Rajoy... Independientemente de quién sea el autor intelectual del desaguisado en comunicación, ella ha sido la autora material, la que ha tenido que comparecer. Eso es así. Y esa gestión de los asuntos más delicados es la que ha provocado su pérdida de autoridad interna.

El último episodio que ha dejado tocada su imagen ha sido la elección del candidato andaluz. Todos los medios interpretaron que, con la elección de Juanma Moreno por parte de Rajoy, ella había perdido una batalla. Tardó una semana en llamarle para darle la enhorabuena, evidenciando así su malestar. Y coincidiendo con

el revuelo interno que se formó, Cospedal dijo en febrero de 2014 en una entrevista en Telecinco: «Yo no tengo tiempo para intrigas». Es decir, que admitía que había intrigas cuando un par de semanas antes había asegurado que «el PP es un partido fuerte, sólido y unido». Me lo expliquen. A pesar de todo esto, en política, como en otras facetas de la vida, es evidente que cuando las cosas te van bien, todos se arriman. Cuando te van mal, lapidación. Y la vida da muchas vueltas.

Al que las cosas no le van demasiado bien actualmente es a Ruiz-Gallardón. Siempre se ha dicho del ministro de Justicia que tiene una ambición desmedida por llegar a lo más alto. Y eso sale del propio PP, no se lo inventan los periodistas. Él ha llegado a decir varias veces que, cuando termine su etapa de Gobierno, se retirará. Lo repite en público y en privado. Pero en Génova nadie se lo cree. Nadie. Personalmente, me parece un tipo inteligentísimo, un gran conversador, buen comunicador y con mucho sentido del humor. Pero su gestión política, que se ha visto sobre todo empañada por la reforma de la ley del aborto, sí está siendo discutida y discutible. Es algo que le perseguirá durante mucho tiempo, seguro. A mí no me gusta nada su ley. Pero también me parece tremendo que pocos días después de su aprobación en Consejo de Ministros, los miembros del Gobierno, incluido el presidente, hayan dado la espantada viendo la que se ha liado y le hayan abandonado a su suerte, dejando la puerta abierta a cambiar el texto. Me han contado incluso que hay gente del PP que le llama para felicitarle por su propuesta y luego, ante las cámaras, dicen que bueno, que hay que hablar, que hay que buscar el consenso... Al final, mi conclusión es que si sale la reforma del aborto tal y como la ha presentado Gallardón, será considerado por muchos un hombre del Medievo. Y si en la tramitación parlamentaria cambian, por ejemplo, la imposibilidad de abortar en caso de malformaciones, él quedará desautorizado. Es decir, ley venenosa. Para alegría, supongo, de sus enemigos.

Otra política del PP a la que siempre se le presupone una grandísima ambición es a Esperanza Aguirre. Mi opinión es que ya se le ha pasado el arroz para ser presidenta del Gobierno en caso de que quisiera, que tengo mis dudas. Amagó con presentarse antes del Congreso de Valencia de 2008. Ella es un referente para muchas personas en el PP, pero no las suficientes. Para la prensa, es muy agradecida. Nos ha dado mañanas, tardes y noches de gloria, porque le encanta hacer declaraciones y enredar. Casi siempre admite preguntas. Es más, sus ruedas de prensa están muy organizadas. Cada periodista formula una pregunta. Y, cuando ya han intervenido todos, puedes formular una segunda, una tercera... Las que quieras. Recuerdo la primera vez que estuve en una de sus comparecencias que, cuando ya habían preguntado todos mis compañeros, le dije:

—Presidenta, ¿se puede repetir?

—Hombre, claro que se puede repetir. Esto no engorda... —respondió

provocando las risas de todos.

Es, en sus comparecencias ante la prensa, la antítesis de muchos dirigentes del PP. No sé si lo lleva en la sangre o también es para diferenciarse de los que huyen permanentemente de la exposición pública. Cuentan las malas lenguas del partido que se retiró de la primera línea de la política, aparte de por el cáncer que padeció, porque venían tiempos muy duros y no quería sufrir el desgaste de los recortes o los abucheos. Dice que no quiere volver ni siquiera al ayuntamiento de la capital, donde podría obtener buenos resultados para el PP. Veremos. A Aguirre le rozó la trama Gürtel en Madrid, porque parece que en su Comunidad tenían el chiringuito bien implantado. No se le ha implicado en nada, pero de ahí a decir aquello de «Yo destapé la trama Gürtel»... En fin, a eso yo no lo llamaría exageración, sino lo siguiente. La trama la destapó el juez, gracias a unas grabaciones telefónicas de un señor de Majadahonda. Es verdad que ella ha sido más contundente que otros en el PP a la hora de atajar la corrupción, sobre todo si el implicado le cae mal... Si no que se lo pregunten a Francisco Granados, que fue su hombre de confianza hasta que dejó de serlo, y cuando salió a la luz que había tenido una cuenta en Suiza, Granados dimitió y Aguirre sentenció: «Eso es que no ha podido demostrar su inocencia». ¡Plas!

Desde que se ha marchado de la Presidencia de la Comunidad, en sus discursos siempre va un paso por delante de Rajoy. Que si más medidas contra la corrupción, que si hay que bajar impuestos, que si hay que endurecer la política antiterrorista, que si hay que cumplir el programa... Siempre inoportuna para el PP. Siempre donde más duele. La más reciente tiene que ver con la elección del candidato en Andalucía. En pleno debate interno, Aguirre rechazó «el dedo divino», olvidando que fue su dedo el que situó a Ignacio González al frente de la Comunidad de Madrid. Pero, en definitiva, a mí su capacidad de liderazgo me parece indiscutible. Su carisma y su populismo, también. Esperanza Aguirre es como Pepito Grillo. Y si no habla y marca la diferencia, revienta.

Creo que este repaso estaría incompleto si no hablara en él de otra persona a la que siempre le han augurado un gran futuro dentro del PP. Es Alberto Núñez Feijóo. Al presidente de la Xunta de Galicia le avala el gran respaldo electoral que obtuvo en un momento muy complicado para el PP. Es quizá al que menos he visto, por razones geográficas. Pero por las veces que he coincidido con él en algún acto en Madrid o en alguna entrevista, creo que tiene una gran personalidad; suficiente para desmarcarse sin complejos de la línea oficial cuando no está de acuerdo. Hace poco sufrió un serio tropezón: su amistad con el narcotraficante Marcial Dorado en los años noventa. Por aquel entonces dicen que Dorado era popular en Galicia por sus actividades en el contrabando de tabaco. Feijóo tenía treinta y cuatro años cuando se conocieron y era número dos de la Consejería de Sanidad. Hicieron escapadas, excursiones y, en fin,

que eran amigos. Así de claro. Lo pudimos comprobar en las fotos de aquella época que publicó *El País*. Cuando el escándalo salió a la luz, el presidente de la Xunta no se escondió. Compareció en rueda de prensa, contestó a todas las preguntas, intentó argumentar por qué la polémica carecía de importancia a estas alturas y pidió disculpas. Amistades peligrosas. Cuando alguna vez se le ha preguntado por la sucesión, echa balones fuera. Pero en el PP gusta Feijóo, lo tengo claro.

Entre todos ellos hay un líder de futuro para nuestro país, según dicen en el Partido Popular. Algunos señalan también al portavoz en el Congreso, Alfonso Alonso, como un hombre llamado a desempeñar en algún momento un papel importante. El de ministro, en esta legislatura, va a ser complicado. Para él y para todos. Rajoy ha dicho que, si puede, no hará ningún cambio en el Gobierno en los dos años que le quedan. Sería inédito en democracia. Pero, claro, también sería de las primeras veces que Rajoy dice una cosa y se cumple... En todo caso, me parece una afirmación osada por parte del presidente, porque es como decir que a sus ministros no les va a pasar factura ningún error. Es como negar que alguno pueda estar equivocado, desgastado, amortizado, quemado o totalmente desprestigiado ante la opinión pública. Rajoy argumenta que son políticos con coraje y que han trabajado en condiciones muy difíciles. Sin duda, eso puede sumar. Aunque a mí me parece más importante la gestión que el coraje. Si sólo cuenta el coraje, no me cabe ni la menor duda de que Rafa Nadal se merecería un ministerio...

Rajoy nos auguró en enero de 2014 «un mañana colmado de días azules y soleados». Ojalá. Aunque, como en todos los aspectos de la vida, para eso hace falta coraje, vale, pero también acierto y sensibilidad. Aspiro a que los políticos se ganen la confianza en el presente, día a día. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado en estos últimos años, prefiero no fiarme a ciegas de los que hacen pronósticos de futuro. Bueno, con una excepción: creeré a aquel que me diga que el mañana va a estar colmado de días azules y soleados sólo si acaba de bajarse de un DeLorean... y admite preguntas.

Agradecimientos

A mi padre, por el sentido del humor.

A mi madre, por el sentido común.

A mis jefes de La Sexta, Antonio García Ferreras y César González Antón, por darme la oportunidad de ser feliz trabajando en lo que me gusta.

A mi segunda familia, los periodistas que cubren la información del PP en otros medios de comunicación. En especial, a María Dabán, Antonio Montilla, Pablo Montesinos, Carmen Remírez de Ganuza y Teresa Fernández-Cuesta. Y a Elena Marín y Ángel Alonso, que estuvieron mucho tiempo con nosotros, pero nos abandonaron para irse «al otro lado». Todos ellos son compañeros y, sin embargo, grandes amigos. Sencillamente, hacen que mi vida sea mucho mejor.

A los jefes de prensa que facilitan nuestro trabajo.

Y, por último, a los dos intrépidos que hicieron posible que cumpliera el sueño de escribir: el economista José Carlos Díez, que fue el primero que me animó, y mi editora Virginia Fernández, agradable, ingeniosa y paciente, la persona que un día pensó que yo era capaz de hacer esto que he hecho.